D18015L

RSM
M863.2
ALT.c
1869

IGNACIO MANUEL ALTAMIRANO

CUENTOS DE INVIERNO

CLEMENCIA

BIBLIOTECA NACIONAL
MEXICO

MÉXICO
F. DIAZ DE LEON Y SANTIAGO WHITE, EDITORES,
Segunda de la Monterilla núm. 12.

M.DCCC.LXIX

FONDO RAFAEL H VALLE

19 SEP. 77
37177

PROPIEDAD DE LOS EDITORES.

Señora Doña Isabel Prieto de Landázuri.

Acababa yo de escribir esta pobre novelita cuando llegó Vd. á México, y desde luego resolví dedicársela, sintiendo solamente no poder ofrecerle cosa menos escasa de valor.

Recíbala Vd., Isabel, no viendo en ella, sino la muestra de la admiracion y afecto que me inspiran los talentos de Vd.

Ygnacio M°. Altamirano.

México.—Octubre 1° —1869.

BIBLIOTECA NACIONAL
MEXICO

CLEMENCIA

I

Dos citas de los cuentos de Hoffmann.

Una noche de Diciembre, mientras que el viento penetrante del invierno, acompañado de una lluvia menuda y glacial, ahuyentaba de las calles á los paseantes, varios amigos del doctor L..... tomábamos el té, cómodamente abrigados en una pieza confortable de su linda aunque modesta casa.

Cuando nos levantamos de la mesa, el doctor, despues de ir á asomarse á una de las ventanas, que se apresuró á cerrar en seguida, vino á decirnos:

BIBLIOTECA NACIONAL
MEXICO

—Caballeros, sigue lloviendo y creo que cae nieve; seria una atrocidad que vdes. salieran con este tiempo endiablado, si es que desean partir. Me parece que harian vdes. mejor en permanecer aquí un rato mas; lo pasaremos entretenidos charlando, que para eso son las noches de invierno. Vendrán vdes. á mi gabinete, que es al mismo tiempo mi salon, y verán buenos libros y algunos objetos de arte.

Consentimos de buen grado y seguimos al doctor á su gabinete. Es este una pieza amplia y elegante, en donde pensábamos encontrarnos uno ó dos de esos espantosos esqueletos que forman el mas rico adorno del estudio de un médico; pero con sumo placer notamos la ausencia de tan lúgubres huéspedes, no viendo allí mas que preciosos estantes de madera de rosa, de una forma moderna y enteramente sencilla, que estaban llenos de libros ricamente encuadernados, y que tapizaban, por decirlo así, las paredes.

Arriba de los estantes, porque apenas tendrian dos varas y media de altura, y en los huecos que dejaban, habia colgados grabados bellísimos y raros, así como retratos de familia.

Sobre las mesas se veian algunos libros, mas exquisitos todavía por su edicion y encuadernacion.

El doctor L....., que es un guapo jóven de treinta años y soltero, ha servido en el Cuerpo Médico-militar y ha adquirido algun crédito en su profesion; pero sus estudios especiales no le han quitado su apasionada propension á la bella literatura. Es un literato instruido y amable, un hombre de mundo, algo desencantado de la vida, pero lleno de sentimiento y de nobles y elevadas ideas.

No gusta de escribir, pero estimula á sus amigos, les aconseja, y de ser rico, bien sabemos nosotros que la juventud contaria con un Mecenas, nosotros con un poderoso auxiliar, y sobre todo, los desgraciados con un padre, porque el doctor desempeña su santa mision como un filántropo, como un sacerdote.

Eso mas que todo nos ha hecho quererle y buscar su amistad como un tesoro inapreciable.

Pero dejando aparte la enumeracion de sus cualidades que, lo confesamos, no importa gran cosa para entender esta humilde leyenda, y que solo hacemos aquí como un justo elogio á tan excelente sugeto, continuaremos la narracion.

El doctor pidió á su criado una ponchera y lo necesario para prepararnos un ponche, que en noche semejante necesitábamos grandemente, y mien-

tras que él se ocupaba en hacer la mezcla del *kirschwasser* con el té y el jarabe, y en remover los pedazos de limon entre las llamas azuladas, nosotros examinábamos, ora un cuadro, ora un libro, ó repasábamos los mil retratos que tenia coleccionados en media docena de *álbums* de diferentes tamaños y formas.

Nosotros, con una lámpara en la mano, pasábamos revista á los grabados que habia en las paredes, cuando de repente descubrimos en un rinconcito un cuadro pequeño, con marco negro y finamente tallado, que no contenia mas que un papel á manera de carta. Era, en efecto, un papel blanco con algunos renglones que procuramos descifrar. La letra era pequeña, elegante, y parecia de mujer. Con auxilio de la luz vimos que estos renglones decian:

> « Ningun sér puede amarme, porque nada hay en mí de simpático ni de dulce. »
>
> HOFFMANN.—*El corazon de Agata.*

> « Ahora que es ya muy tarde para volver al pasado, pidamos á Dios para nosotros la paciencia y el reposo. »
>
> HOFFMANN.—*La cadena de los Destinados.*

—Doctor, le dijimos, ¿será indiscreto preguntar á vd. qué significa este papel con dos citas de los cuentos de Hoffmann?

—¡Ah, amigo mio! ¿ya descubrió vd. eso?

—Acabo de leerlo, y me llama la atencion.

—Pues no hay indiscrecion en la pregunta. Cuando mas es dolorosa para mí, pero no es ni imprudente ni imposible de contestar. Ese papel tiene una historia de amor y de desgracia, y si vdes. gustan, la referiré mientras que saborean mi famoso *punch*. Hé aquí, caballeros, mi famoso *punch* de *kirsch*, que los pondrá á vdes. blindados no solo contra el miserable frio de México, sino contra el de Rusia.

—Sí, doctor, la historia, venga la historia con el *punch*.

El doctor sirvió á cada uno su respetable dósis de la caliente y sabrosa mixtura, gustó con voluptuosidad los primeros tragos de su copa, y viéndonos atentos é impacientes, comenzó su narracion.

II

El mes de Diciembre de 1863.

Estábamos á fines del año de 1863, año desgraciado en que, como vdes. recordarán, ocupó el ejército frances á México y se fué extendiendo poco á poco, ensanchando el círculo de su dominacion. Comenzó por los Estados centrales de la República, que ocupó tambien sin quemar un solo cartucho, porque nuestra táctica consistia solo en retirar para tomar posiciones en los Estados lejanos y preparar en ellos la defensa. Nuestros generales no pensaban en otra cosa, y quizás tenian razon. Estábamos en nuestros dias nefastos, la desgracia nos perseguia, y cada batalla que hubiéramos presentado

en semejante época, habria sido para nosotros un nuevo desastre.

Así, pues, retirábamos, y las legiones francesas acompañadas de sus aliados mexicanos avanzaban sobre poblaciones inermes que muchas veces se veian, obligadas por el terror, á recibirlos con arcos triunfales, y puede decirse que nuestros enemigos marchaban guiados por las columnas de polvo de nuestro ejército que se replegaba delante de ellos.

De esta manera las tres divisiones del ejército franco-mexicano mandadas por Douay, Berthier y Mejía, salidas en los meses de Octubre y Noviembre de México en diferentes direcciones, á fin de envolver al ejército nacional y apoderarse de las mejores plazas del Interior, ocuparon sucesivamente Toluca, Querétaro, Morelia, Guanajuato y San Luis Potosí.

Como el general Comonfort habia sido asesinado en Chamacuero por los Troncosos, precisamente cuando venia á ponerse á la cabeza del ejército nacional, su segundo el general Uraga quedó con el mando en gefe de nuestras tropas.

Uraga determinó evacuar las plazas que ocupaba, seguramente con el designio de caer despues sobre cualquiera de ellas que hubiese tomado el enemigo,

y salió de Querétaro con el grueso del ejército, ordenando al general Berriozábal, gobernador de Michoacan, que desocupase á Morelia y se retirase á Uruapam para reunírsele despues.

Los franceses entonces se apoderaron de Querétaro y Morelia. El grueso de nuestro ejército, con Uraga á la cabeza, se dirigió á la Piedad, en el Estado de Michoacan. Pocos dias despues Doblado evacuó á Guanajuato y se dirigió á Lagos y á Zacatecas. El Gobierno nacional tambien se retiró de San Luis Potosí, que ocupó Mejía, y se dirigió al Saltillo despues del desastre que sufrió la division de Negrete al intentar el asalto de aquella plaza.

Así, pues, en pocos dias, en dos meses escasos el invasor se habia extendido en el corazon del país, sin encontrar resistencia. Faltábale ocupar á Zacatecas y á Guadalajara. Esto se hizo un poco mas tarde, y todo el círculo que se habia conquistado quedó libre cuando Uraga, despues de haber sido rechazado de la plaza de Morelia defendida por Márquez, se vió obligado á dirigirse al Sur de Jalisco, donde aun pensó fortificarse en las Barrancas y resistir. Cuando Uraga tomó esta direccion, el general Arteaga evacuó tambien Guadalajara con las tropas que allí tenia y se retiró á Sayula, incorpo-

rándose despues á Uraga. Bazaine, general en gefe del ejército frances, ocupó la capital de Jalisco.

Debo volver ahora un poco atrás, á los dias en que nuestro ejército se dirigia á la Piedad en el mes de Noviembre, para decir á vdes. que yo, bastante enfermo y sin colocacion en el Cuerpo Médico-militar, conseguí licencia del cuartel general para dirigirme á Guadalajara, y aproveché la salida de un pequeño cuerpo de caballería que el general envió á Arteaga, para incorporarme á él. Este cuerpo escoltaba un convoy de vestuario y armamento que se juzgó conveniente mandar á Guadalajara, donde el general Arteaga podia utilizarle.

Marchamos, pues, los soldados de ese cuerpo y yo, grandemente contrariados por no poder asistir á las funciones de armas que evidentemente iban á verificarse dentro de muy pocos dias.

III

El comandante Enrique Flores.

Debo cesar aquí en el fastidioso relato histórico que me he visto obligado á hacer, primero por esa inclinacion que tenemos los que hemos servido en el ejército, á hablar de movimientos, maniobras y campañas, y además para establecer los hechos, fijar los lugares y marcar la época precisa de los acontecimientos.

Ahora comienzo mi novela, que por cierto no va á ser una novela militar, quiero decir, un libro de guerra con episodios de combates, etc., sino una historia de sentimiento, historia íntima, ni yo puedo hacer otra cosa, pues carezco de imaginacion para

urdir tramas y para preparar golpes teatrales. Lo que voy á referir es verdadero; si no fuera así, no lo conservaria tan fresco, por desgracia, en el libro fiel de mi memoria.

El coronel del cuerpo de que acabo de hablar era un guapísimo oficial: llamémosle X..... los nombres no hacen al caso, y prefiero cambiarlos, porque tendria que nombrar á personas que viven aún, lo cual seria, por lo menos, mortificante para mí.

Mandaba uno de los escuadrones otro oficial, el comandante Enrique Flores, jóven perteneciente á una familia de magnífica posicion, gallardo, buen mozo, de maneras distinguidas, y que á las prendas de que acabo de hablar agregaba una no menos valiosa, y era la de ser absolutamente simpático. Era de esos hombres cuyos ojos parecen ejercer desde luego en la persona en quien se fijan un dominio irresistible y grato.

Tal vez por esto el comandante Flores era idolatrado por sus soldados, muy querido de sus compañeros y el favorito de su gefe, porque el coronel no tenia otra voluntad que la de Enrique. De modo que era el árbitro en su cuerpo, y los generales á cuyas órdenes habia militado, conociendo la influencia que ejercia sobre su gefe y su prestigio entre la

tropa, no perdian ocasion de halagarle, de colmarle de atenciones y de hacerle entrever un próximo y honroso ascenso.

Como era la época en que se franqueaban los escalones de los mas altos empleos mas fácilmente que nunca, susurrábase que el coronel seria ascendido á general, y que entonces Flores quedaria con el mando de su cuerpo, quizás con el carácter que aquel tenia.

Además, y esto es de suponerse, Flores era peligroso para las mujeres, era irresistible, y mil relatos de aventuras galantes y que revelaban su increible fortuna en asuntos de amor, circulaban de boca en boca en el ejército.

Flores, por otra parte, no perdia oportunidad de hacer uso de sus relevantes prendas; y aunque el ejército, en aquel tiempo, no hacia mas que marchar en opuestas direcciones y cruzar rápidamente por las ciudades, el comandante, sin descuidar sus deberes, encontraba momentos á propósito para galantear á las mas hermosas jóvenes de los lugares que tocaba, no siendo nada difícil para él concluir una conquista en breves dias, y á veces en horas.

El hecho es que no salia de una ciudad un poco importante, sin llevar consigo dulces y gratos re-

cuerdos de ella, ni dejaban de verter lágrimas por él los ojos mas hermosos de una poblacion.

Ya se sabia; tan luego como se tocaba la botasilla para prepararse á salir, tan luego como se oian los toques de marcha, mientras que los demas pasábamos indiferentes por los pueblos y las ciudades y solo nos ocupábamos en hacer nuestras maletas y comprar provisiones, Enrique, despues de dar las órdenes necesarias á sus capitanes, siempre tenia que escribir un pequeño billete de despedida, siempre se apartaba un momento de la columna para galopar en uno de sus soberbios caballos en direccion de la casa de sus amadas de un dia, para estrecharles la mano, y recibir, en cambio de tiernas miradas, un pañuelo húmedo de lágrimas, un rizo de cabellos, un retrato ó una sortija.

¡Qué dicha de hombre!

No: y debo confesar á vdes. que Flores era seductor: su fisonomía era tan varonil como bella; tenia grandes ojos azules, grandes bigotes rubios, era hercúleo, bien formado, y tenia fama de valiente.

Tocaba el piano con habilidad y buen gusto, era elegante por instinto, todo lo que él se ponia le caia maravillosamente, de modo que era el *dandy* por excelencia del ejército.

Gastador, garboso, alegre, burlon, altivo y aun algo vanidoso, tenia justamente todas las cualidades y todos los defectos que aman las mujeres y que son eficaces para cautivarlas.

Por eso las muchachas mas guapas de Querétaro primero, y despues de Guadalajara, se morian por bailar con él, gustaban de apoyarse en su brazo y saboreaban con delicia su conversacion chispeante de gracia, salpicada de agudezas ingeniosas y sobre todo, galante.

Enrique era el tipo completo del *lion* parisiense en su mas elegante expresion, y se desprendia de él, si me es permitida esta figura, ese delicado perfume de distincion que caracteriza á las gentes de buen tono.

Todavía mas: Flores era jugador, y por una excepcion de la conocida regla, ganaba mucho. No parecia sino que un genio tutelar velaba por este jóven y le abria siempre risueño las puertas del santuario del amor, del placer y de la fortuna. Era seguro que cuando nosotros estábamos en quiebra, Flores tenia en su bolsillo algunos centenares de onzas de oro y ricas joyas que valian un tesoro en aquellos tiempos.

Flores no esquivaba jamás la ocasion de prestar

un servicio, y sus amigos le adoraban por su generosidad.

Me he detenido en la descripcion del carácter del primero de mis personajes, porque tengo en ello mi idea, deseo que vdes. le conozcan perfectamente y comprendan de antemano la razon de varios sucesos que tengo de narrar.

Tal era el comandante Enrique Flores.

IV

El comandante Fernando Valle.

Habia tambien en el mismo cuerpo, y mandando el segundo escuadron, un jóven comandante que se llamaba Fernando Valle.

Era justamente lo contrario de Flores, el reverso del simpático y amable carácter que acabo de pintar á largas pinceladas.

Valle era un muchacho de veinticinco años como Flores, pero de cuerpo raquítico y endeble; moreno, pero tampoco de ese moreno agradable de los españoles, ni de ese moreno oscuro de los mestizos, sino de ese color pálido y enfermizo que revela ó una enfermedad crónica ó costumbres desordenadas.

Tenia ojos pardos y regulares, nariz un poco águileña, bigote pequeño y negro, cabellos lacios, oscuros y cortos, manos flacas y trémulas. Su boca regular tenia á veces un pliegue que daba á su semblante un aire de altivez desdeñosa que ofendia, que hacia mal.

Taciturno, siempre sumido en profundas cavilaciones, distraido, metódico, sumiso con sus superiores, aunque traicionaba su aparente humildad el pliegue altanero de sus labios, severo y rigoroso con sus inferiores, económico, laborioso, reservado, frio, este jóven tenia aspecto repugnante, y en efecto era antipático para todo el mundo.

Sus gefes le soportaban, y se veian obligados á tenerle consideracion porque mas de una vez en la campaña de Puebla, primera que habia hecho en su vida, habia dado pruebas de un valor temerario, de un arrojo que parecia inspirado por un ardiente deseo de elevarse pronto ó de acabar, sucumbiendo, con algun dolor secreto que torturaba su corazon.

Hubiérase dicho que desafiando á la muerte habia querido humillar á sus gefes que combatian con la prudencia del valor reposado y experto.

En el ejército era un advenedizo, porque habia aparecido como soldado raso en las filas el año de

1862, ascendiendo luego á cabo por su aplicacion, despues á sargento en las Cumbres de Acultzingo, á subteniente (servia entonces en un cuerpo de infantería), luego á teniente despues del 5 de Mayo, y por último á capitan.

Como tal habia tomado parte en la defensa de la plaza de Puebla en 1863, sirviendo entonces en el batallon mixto de Querétaro, á las órdenes del valiente y malogrado Herrera y Cairo.

No cayó prisionero, sino que pudo evadirse de la ciudad y se presentó al gobierno en México, que le ascendió á comandante y le destinó á servir en el cuerpo de caballería en que se hallaba actualmente.

Aplicado con asiduidad á esta para él nueva arma, habia aprovechado tanto su tiempo, que se le citaba como al oficial mas inteligente y mas capaz, por lo cual y por su carácter frio y reservado, sus compañeros le profesaban un odio reconcentrado y mortal.

—Evidentemente este muchacho escondia un proyecto siniestro, estaba inspirado por una ambicion colosal, andaba su camino, y quién sabe..... él queria subir, y aparentaba servir á la República como un medio de llegar á su objeto.

No era, pues, un patriota, sino un ambicioso, un malvado encubierto.

Esto se decian los oficiales en voz alta, esto se decia el coronel, esto se decia el mismo Flores, y mas de una vez Valle tuvo que sufrir los sangrientos sarcasmos de todos, y los devoró en silencio y palideciendo de rabia.

—El no es cobarde, el sufre nuestros insultos y evita toda pendencia; luego abriga una mira particular á cuya realizacion sacrifica hasta su amor propio.

Esto añadian en coro los oficiales.

Además, Valle ni pedia un servicio á nadie ni lo hacia. Guardaba su poco dinero, gastábale con parsimonia y evitaba toda ocasion de comprometerse á pagar en un convite la comida y el vino de sus compañeros, por lo cual regularmente comia aparte ó en diferente fonda, siempre solitario y siempre económico.

Esta sobriedad calculada, su falta de buen humor, su aversion á los vicios á que es inclinada la juventud militar, le daban un aire de gazmoñería que no podia menos de atraerle la enemistad de las gentes.

Así cuando algun oficial, porque todos los demas se amaban fraternalmente, estaba enfermo ó metido en algun apuro, todo el mundo volaba á su socorro,

se le prodigaban los cuidados mas solícitos, se velaba á la cabecera de su cama, se le facilitaba dinero, se le asistia, en fin, como en familia.

Pero cuando Valle, que tenia, á pesar de su aparente raquitismo, una salud robusta, solia estar achacoso, ó herido, como acababa de sucederle á consecuencia de una escaramuza, nadie le hacia el menor caso, se le trataba como á un perro, y el orgulloso comandante tenia que preparar sus hilas con una sola mano y que tomar sus tisanas y beber agua en su jarro con infinitos trabajos, porque rehusaba hasta los servicios de un viejo soldado que le servia, quien por otra parte le queria poco.

Francamente, hasta nosotros los médicos, hombres de caridad y que no consultamos nuestras simpatías para ser útiles á los que sufren, hasta nosotros, digo, repugnábamos acercarnos á él, porque sentiamos una invencible antipatía viendo á ese pequeño oficial con su mirada ceñuda, su color pálido é impuro y su boca despreciativa.

—La tisana que me recetó vd., doctor, no me ha hecho provecho alguno, me dijo un dia en Querétaro cuando estaba atacado de fiebre á consecuencia de la herida.

—Díjome estas palabras con tal desden, con tal

acento, que en un arranque de cólera le repliqué:

—Pues si no le hace á vd. provecho, arrójela.

Él me miró fijamente con sus ojos hundidos, y temblando por la calentura, se levantó, tomó su jarro de agua fria, bebió hasta hartarse y se volvió del lado de la pared.

Indignado yo de tamaña insolencia, salí refunfuñando.

—¡Qué me importa que te lleve el diablo, oficialillo grosero!

Creí que se pondria peor y avisé á alguno de mis compañeros para que fuese á asistirle; él me manifestó que le seria desagradable, y no fué á verle.

Al dia siguiente salimos de Querétaro.

—Una camilla para el comandante herido! pidió en el patio del hospital el gefe del Cuerpo-Médico, viendo que nadie se habia acordado de Valle.

Pero los soldados estaban demasiado atareados con su equipo, nosotros ocupados en nuestros aprestos de viaje, los soldados de ambulancia se encogian de hombros, y el comandante quedó abandonado.

Ibamos acordándonos de él, ya en la columna de camino y en marcha, cuando le vimos á la cabeza de su escuadron, sereno, callado, cejijunto y llevando el brazo envuelto y colgado del cuello.

—Realmente hay algo de misterioso en la fuerza de espíritu de este muchacho, nos dijimos.

—¿Será un héroe futuro?

—Bah! tiene mas aspecto de traidor que de héroe; él medita algo, no hay duda, se me contestó.

Y así continuamos hasta que él sanó sin necesitar de mas asistencia de facultativo.

V

Llegada á Guadalajara.

Por lo demas, excusado es decir que el pobre comandante ni tenia aventuras de amor, ni aunque las tuviera serian del carácter de las de Flores.

Era profundamente antipático para las mujeres, y él, que lo conocia, no las frecuentaba.

Siempre vestido con su uniforme cuidadosamente aseado, pero sin lujo, cuando asistia á algun baile, que era pocas veces y obligado por el coronel, se mantenia en un rincon y se retiraba á poco tiempo.

Así pues, ni una triste cualidad tenia mi comandante. Era un pobre diablo, bien seco, bien fastidioso, bien repulsivo.

Pero al dia siguiente de aquel en que llegamos á Guadalajara, le vimos trasformarse; lo que nos hizo pensar mucho.

En la mañana se peinó, se vistió esmeradamente y salió del cuartel, dirigiéndose á una de las calles centrales.

En la tarde volvió muy contento, trayendo en la mano un pequeño ramillete de eliótropos.

Alguno le dijo chanceándose:

—Parece que viene vd. contento, comandante: cosa rara! trae vd. flores, cosa mas rara todavía. ¿Qué milagro es este?

—¡Oh! es una cosa muy sencilla, respondió; hace tanto tiempo que no veo á ninguno de mis deudos, que me alegro de encontrar uno aquí!

—Hola! ¿tiene vd. aquí un deudo?

—Sí.

—¿Es uno, ó una?

—Una.... es una prima mia, contestó sonriendo y haciéndose comunicativo por la primera vez.

—Linda, eh, comandante?

—Sí, es guapa, muy guapa.

A estas palabras Enrique Flores se acercó al grupo que se habia formado en torno de Valle.

—Y bien, compañero, ¿conque tiene vd. primas

guapas? pues vea vd., yo creia que no tenia vd. parientes en este mundo.

—Si los tengo, respondió Valle, tengo muchos, mas de los que vd. cree, y en posicion que vd. no sospecha: solo que yo los detesto á casi todos.

—Es claro; vd. detesta á todo el mundo. Pero vamos á ver, ¿aborrece vd. tambien á la primita?

—No; á esa no, ni tengo motivo: ahora la conozco, y á primera vista creo que es una buena criatura.

—A primera vista, pícaro! eso quiere decir que es bella! Caballeros, hé aquí el prodigio, Valle enamorado, Valle el taciturno, Valle el huraño, Valle el enemigo de las pasiones, Valle el que se reia con desden de nuestras debilidades, héle aquí que se humaniza, que se hace accesible, que se apasiona.... ¡Mal negocio, compañero, mal negocio! va vd. á hacer mas locuras que nosotros, porque los empedernidos como vd., cuando resbalan, no paran hasta el abismo.

Valle recibió esta andanada que el burlon comandante le dirigió con su volubilidad y buen humor de costumbre, y se encogió de hombros.

—Conoceremos á la primita, por supuesto, añadió Flores: esto es si vd. no lo lleva á mal, si no se vuelve vd. un Otelo, porque tambien es otra gracia

de los taciturnos y de los castos; cuando se enamoran se hacen celosos como unos árabes.

—No hay inconveniente, replicó Valle. Vd. la conocerá si ella lo permite, que sí lo permitirá. Es una jóven amable y admirablemente educada, y que tendrá mucho placer en conocer á mis camaradas.

—Muy bien, concluyó Flores, vd. señalará el dia de nuestra presentacion, y que sea pronto, porque es preciso comenzar á hacer conocimientos en esta ciudad, que es un búcaro de rosas, que es un nido de ángeles.

Y dando un golpecito con familiaridad en el hombro de Valle, se retiró, haciendo nosotros lo mismo, no sin decir cada uno con malignidad:

—¡Pobre primita, con Enrique!

Ahora bien: faltábame decir á vdes. que el comandante no parecia querer á nadie en el cuerpo, mas que á Enrique. Sea que el carácter simpático de Flores hubiera ejercido su influencia de siempre en el ánimo de Valle, sea que este por miras secundarias tuviese necesidad de aparentarla, el hecho es que manifestaba frecuentemente una sincera afeccion hácia el comandante.

Le hablaba algunas veces sobre asuntos menos serios que los del servicio militar, le ayudaba en los

trabajos de su escuadron, particularmente á llevar su papelera, lo que hacia con facilidad y acierto; y algunas veces se propasó hasta regalarle alguna botella de exquisito vino, ó un ramillete para que obsequiase á sus queridas.

Flores, en cambio, le reñia por su carácter reservado, le encargaba comisiones enfadosas, manifestándole de este modo su predileccion, y aun solia pedirle consejo en asuntos del servicio.

Así, pues, se habia entablado entre ambos jóvenes, si no una amistad, al menos una relacion que no era la del odio.

Esto explica la amabilidad con que Valle prometió á Enrique llevarle á casa de su prima.

VI

Guadalajara de lejos.

Hallábase Guadalajara en aquellos dias llena de animacion.

A propósito, me parece conveniente hacer á vdes. la descripcion de esta hermosa ciudad que tal vez no conozcan.

Guadalajara, que á justo título puede llamarse la reina de Occidente, es sin duda alguna la primera ciudad del interior, pues si bien Leon tiene una poblacion mas numerosa, y Guanajuato la tiene casi igual, la circunstancia de ser la primera de estas dos ciudades muy pobre y escasa de monumentos, y de estar la segunda situada en un terreno áspero y

sinuoso, aunque rico en metales, hace que Guadalajara por su belleza, por su situacion topográfica, por su antigua importancia en tiempo de los Vireyes, la que no ha disminuido en tiempo de la República, sea considerada superior, no solo á las ciudades que he mencionado, sino á todas las de la República.

La antigua capital de la Nueva Galicia, que contaba en el año de 1738 mas de ochenta mil habitantes, segun afirma Mota Padilla, cronista de todos los pueblos de Occidente, ateniéndose á los padrones de su tiempo, razon por la cual me parece extraño que el célebre Baron de Humboldt no le haya concedido mas que diez y nueve mil, parece conservar una poblacion igual á la que tenia en el siglo pasado, aunque segun los datos estadísticos recientes, se afirma que disminuye.

Esto, y el hecho de ser el centro agrícola y comercial de los Estados occidentales, así como el haber representado siempre un papel importantísimo en nuestras guerras civiles, dan á Guadalajara un interés que no puede menos de inspirar la curiosidad mas grande á los viajeros mexicanos que la ven por primera vez.

Yo particularmente sentia un placer inmenso en ir acercándome instante por instante á la bella ciudad

que habia oido nombrar á menudo como la tierra de los hombres valientes y las mujeres hermosas, y esto me compensaba en parte de la contrariedad que sufria por verme alejado del círculo de los sucesos militares.

Guadalajara está separada del centro de la República por una faja de desierto que comienza en Lagos, y que con la única interrupcion de Tepatitlan, pequeño oasis famoso por la belleza de las *huríes* que le habitan, concluye á las puertas de la gran ciudad: de modo que esta se muestra al viajero que la divisa á lo lejos, mas orgullosa en su soledad, semejante á una mujer que dotada de una hermosura régia se separa del grupo que forman bellezas vulgares, para ostentarse con toda la majestad de sus soberbios encantos.

Por el lado de las poblaciones centrales de México, Guadalajara está defendida naturalmente por el caudaloso rio de Santiago, que nacido en la gran mesa del Anahuac, y despues de formar el lago de Chapala, va á desembocar en el mar Pacífico.

Por el Occidente se alza gigantesca y grandiosa una cadena de montañas cuyos picos azules se destacan del fondo de un cielo sereno y radiante.

Es la cadena de la Sierra Madre que atraviesa

serpenteando el Estado de Jalisco, y cuyos ramales toman los nombres de *Sierra de Mascota*, *Sierra de Alica*, y mas al Norte el de *Sierra del Nayarit*, yendo despues á formar las inmensas moles auríferas de Durango, hasta salir de la República para tomar en la América del Norte el nombre de *Montañas Pedregosas* (*Rocky mountains.*)

En el centro de este valle, trazado por el gran rio y por la gigantesca cordillera, se halla asentada Guadalajara.

Magnífico es el aspecto que presenta al que la ve, llegando por el lado del Oriente, y despues de trasponer las últimas colinas que bordan la ribera del Santiago por el paso de Tololotlan.

La vista no puede menos de quedar encantada al ver brotar de la llanura, como una vision mágica, á la bella capital de Jalisco, con sus soberbias y blancas torres y cúpulas, y sus elegantes edificios que brillan entre el fondo verde oscuro de sus dilatados jardines.

Todavía mas que Puebla, Guadalajara parece una ciudad oriental, pues rodeada como está de una llanura estéril y solitaria, encierra en su seno todas esas bellezas que traen á la memoria la imágen de las antiguas ciudades del desierto, tantas veces descritas en las poéticas leyendas de la Biblia.

Efectivamente, la llanura que rodea á la ciudad da un aspecto extraño al paisaje, que no se observa al aproximarse á ninguna de las otras ciudades de la República.

En las mañanas del estío, ó en los dias del otoño y del invierno, como en los que llegué por primera vez á Guadalajara, aquel valle es triste y severo; el cielo se presenta radioso y uniforme, pero el sol abrasa y parece derramar sobre la tierra sedienta torrentes de fuego.

La brisa es tibia y seca; y el suelo, pedregoso ó tapizado con una espesa alfombra de esa arena menuda y bermeja que los antiguos indios llamaron con el nombre genérico de *Xalli*, (*) de donde se deriva Jalisco, se asemeja á la rambla de un inmenso lago disecado, ó al relleno cráter de un volcan extinguido hace millares de siglos.

Esto, como he dicho, en los tiempos calurosos: pero en la estacion de aguas todo allí cambia de aspecto.

El cielo aparece siempre entoldado de nubes sombrías y tempestuosas; la cordillera no se distingue en el horizonte oscuro; la ciudad se envuelve en un manto de lluvia; silba el viento de la tempestad en la llanura desierta; se estremece el espacio á

(*) *Arena*, en lengua nahuatl.

cada instante con el estallido del rayo, y el valle todo aparece magníficamente ceñido con una corona de tormentas.

En pocos lugares de la República puede contemplarse el grandioso espectáculo que en Guadalajara, que pudiera llamarse la hija predilecta del trueno y de la tempestad.

Parece tambien que este cielo y esta atmósfera influyen en el alma de los hijos de la ciudad, pues hay algo de tempestuoso en sus sentimientos; y en sus amores, en sus odios y en sus venganzas se observa siempre la fuerza irresistible de los elementos desencadenados.

Pero volviendo al camino de Guadalajara, observaré que no se advierte al aproximarse á ella ese movimiento, esa animacion que anuncian la proximidad de una ciudad populosa.

Ni carros, ni caminantes, ni rebaños se divisan en aquellas cercanías.

Apenas atraviesa veloz uno que otro ginete por aquellos senderos arenosos y tristes. El silencio rodea por todas partes á la mas alegre y bulliciosa de las ciudades de Occidente.

Así avanzando, y cuando se camina absorto contemplando á lo lejos aquel cuadro de desolacion,

repentinamente una oleada de brisa fresca y balsámica anuncia al viajero que ha llegado por fin al suspirado oasis de Jalisco.

Casi sin apercibirse de ello toca uno en ese pueblecillo delicioso que se llama San Pedro, por el cual se entra á Guadalajara como por una portada de verdura y de flores.

San Pedro es un lugar de recreo con lindas casas de campo y bien cultivados jardines. Desde que se entra en sus callecitas alegres y risueñas, se comprende que el paraíso va á compensar á uno del fastidio del desierto.

Sobre las cercas, cubiertas con millares de parietarias, se asoman la oscura copa del nogal, el zapote de hojas brillantes, la magnolia con sus grandes y blancas flores, y el naranjo con sus pomas de oro.

Los árboles de diversas zonas se mezclan allí en admirable consorcio. El plátano confunde á veces sus anchos abanicos con los ramajes del albaricoque, y el chirimoyo se cubre de flores á la sombra de la higuera. El granado se cobija bajo las ramas del olivo, y el limonero y el manzano parecen alargarse mútuamente sus aromáticos frutos.

Se comprende, al ver esto, el por qué se ha dado á Jalisco el nombre de la *Andalucía de México*, y

por qué el buen Mota Padilla, hijo cariñoso de Guadalajara, haya dicho, al hablar de ella: *que está situada en país alegre, abastecido y regalado.*

No menos entusiasta que Mota Padilla, yo tambien me he difundido, señores, de una manera que parecerá fastidiosa á quien no estime aquella tierra, á la que me siento unido por la dulce cadena de los recuerdos.

Perdonen ustedes mi aficion á describir, y no la juzguen tan censurable mientras que ella sirva para dar á conocer las bellezas de la patria, tan ignoradas todavía.

VII

Guadalajara de cerca.

Por una calzada de hermosos fresnos se atraviesa en un instante la pequeña distancia que hay de San Pedro á Guadalajara.

Desde que se penetra en sus primeras calles hay algo que simpatiza profundamente; se ve algo semejante á la sonrisa de una familia hospitalaria: se diria que una mujer amable y buena le abre á uno los brazos y le estrecha contra su corazon.

Yo conozco muchas ciudades de la República, caballeros, y puedo asegurar á vdes. que al atravesar por primera vez el dintel de algunas de ellas, he sentido algo que me repelia, se me ha oprimido el

corazon como al penetrar en una ciudad enemiga ó en una cárcel.

En cada habitante que he encontrado en las calles me ha parecido ver un pícaro: cada casa me ha mirado con ceño, y la poblacion entera se me ha figurado que me hacia una mueca de odio y de insulto. Y aunque parezca singular, puedo añadir tambien que en cada una de estas poblaciones *chocantes* he tenido siempre jaqueca durante el tiempo que he permanecido en ellas, el cual he procurado abreviar para no morirme de tedio, deseando al alejarme, lo mismo que aquellos dos discípulos de Jesus al pasar por una ciudad que les cerraba sus puertas; esto es: que lloviera fuego del cielo para que las consumiera como á la antigua Sodoma.

Tengo esta debilidad, así como tengo la contraria, á saber: la de apasionarme de los lugares que á primera vista me son simpáticos.

Guadalajara lo fué.

En cada habitante que se detenia á ver pasar nuestra columna, creí ver un íntimo amigo, y ganas tuve mas de una vez de apearme del caballo para ir á abrazar á la primera vieja que se asomaba á su ventana, para sonreirnos con benevolencia, ó á la mucha-

cha del pueblo que fijaba en nosotros sus negros ojos con mil promesas de tierna confianza.

En Jalisco hay, como en todos los Estados de la República, *provincialismo:* pero no es ese provincialismo celoso y estúpido que cierra al extraño las puertas, y que le ve como á un animal feroz ó como al *gafo* de la Edad Media; sino ese sentimiento apasionado hácia todo lo que pertenece á la tierra natal, y que sin ser exclusivista procura embellecer lo propio á los ojos del extraño.

Así es que en Guadalajara, apenas llega un mexicano cuando veinte personas le rodean afectuosamente, le invitan á pasar á la casa, le brindan con la mas franca hospitalidad, le procuran relaciones, y le inician, por decirlo así, en todas las intimidades de aquella sociedad.

Se procura hacer deliciosa la mansion del viajero, se desea que encuentre el placer en todas partes, y se logra por fin que lleve de Guadalajara los recuerdos mas alegres y duraderos.

Se conocerá la diferencia que hay, por ejemplo, entre el carácter de Guadalajara y el carácter de Puebla, en lo siguiente:

En Puebla invitan al forastero á visitar las iglesias: en Guadalajara á visitar los establecimientos

de beneficencia: en Puebla, despues de infinitas pruebas parecidas á las que se exigen del profano antes de entrar en la masonería, los amigos, como una gran muestra de confianza, le ofrecen agua bendita y rezan con él un *via-crucis;* en Guadalajara, á los diez minutos de haber sido presentado le ofrecen un banquete y apuran en su compañía la copa de la amistad.

En otras partes las mujeres apenas asoman las narices por sus balcones para ver pasar al viajero, y se apresuran á esconderse para no ser examinadas de cerca.

En Guadalajara las mujeres se presentan francas y risueñas, comprendiendo muy bien que no es preciso ser mojigatas para ser virtuosas.

Decia yo que el provincialismo en Guadalajara consiste en querer aparecer bien á los ojos del extraño, y por este sentimiento, que es el orígen de todo patriotismo, no es raro oir encomiar en sus tertulias el valor de sus guerreros, el acierto de sus gobernantes, el talento de sus escritores y la belleza de sus mujeres.

Y á fé que tienen razon.

Jalisco es la tierra de Prisciliano Sanchez, de López Cotilla, de Otero, de Herrera y Cairo, de Cruz Aedo, y de Epitacio Jesus de los Rios; y bajo aquel

Jalisco es la Patria de muchos ilustres hijos que han resplandecido y figurado en todos los Gabinetes de Europa

cielo de fuego se ha templado la lira de esa Isabel Prieto, que nacida en España, se ha desarrollado desde su niñez bajo la influencia de nuestro sol, y nos pertenece por entero, como nuestro Alarcon pertenece á España.

El carácter de los jaliscienses es demasiado conocido para que tenga yo necesidad de detenerme en encomiarle.

En cuanto á las mujeres, en mi concepto, no solo son hermosas sino divinas, y tienen además de los encantos físicos, que el cielo les otorgó con mano pródiga, una cualidad que no es comun, que va siendo mas rara de dia en dia, que va á desaparecer del mundo si Dios no lo remedia:

El corazon, amigos mios, el corazon; lo que se llama hoy corazon; ¿entienden vdes.? No la entraña que yo, médico, no me atreveré á negar á ninguna mujer de la tierra, sino esa facultad que, como el verdadero talento, es un privilegio, y consiste en saber amar bien y cumplidamente, con ternura, con lealtad, sin interés, sin miras bastardas, sino en virtud de un sentimiento tan exaltado como puro.

Este culto del amor ya solo existe en algunos puntos del globo: él ha sido hasta aquí la religion del género humano, pero desgraciadamente va sustitu-

físicos los Torres los Mercenos, Villaseñores
Pinzas, otros mil como el Isabel Sahan
Vallarta, otros tantos enseñores como
como los Ortambros siendo [illegible]

yéndose con la horrible idolatría del becerro de oro, que se halla extendida por toda la tierra, que gana prosélitos á cada momento, y que parece estar cobijada bajo las alas poderosas de la civilizacion.

¡Blasfemia! diria cualquiera que me oyese hablar así. En efecto, blasfemia me parece tambien á mí, cuando me pongo á reflexionar en que la civilizacion es la propaganda de todo lo bello y de todo lo bueno, y no puede de ningun modo reputarse tal, esa infame codicia que mata las mas santas aspiraciones del alma.

Yo creo que esta especie de ateismo que se burla de los sentimientos, y que no hace caso sino del estúpido goce material, no es mas que el retroceso que toma una nueva forma, y que se envuelve y se mezcla entre las galas del progreso para emponzoñarle y destruirle, como un insecto que logra esconderse en el cáliz de una flor pomposa y perfumada para roerla y secarla.

Sea como fuere, nosotros advertimos, y esto es muy perceptible, que á medida que nuestro pueblo va contagiándose con las costumbres extranjeras, el culto del sentimiento disminuye, la adoracion del interés aumenta, y los grandes rasgos del corazon,

que en otro tiempo eran frecuentes, hoy parecen prodigiosos cuando los vemos una que otra vez.

Cuando el mundo está así, la poesía es imposible, la novela es difícil, y solo hay lugar para los cuentos de *cocottes* que hoy hacen la reputacion de los escritores franceses, ó para las sangrientas sátiras que no por disfrazarse con la elegancia moderna son menos terribles en la boca de los *Juvenal* del siglo XIX.

Leandro y Hero, Romeo y Julieta, Isabel Segura y Diego Marsilla, hoy serian dos tipos increibles.

Por eso amo á Guadalajara: allí todavía el amor tiene un santuario y adoradores fieles: allí se sabe amar; allí la civilizacion ha entrado, pero sin sus falaces arreos de codicia y de egoismo.

Algunas excepciones habrá, pero la mayoría de las mujeres permanece fiel á las leyes del corazon.

Y esto que digo de Guadalajara, debe considerarse dicho de todo el Estado de Jalisco.

Sí, señores; aquella es una tierra en que la naturaleza se ostenta pródiga en las bellezas físicas y en las bellezas morales.

A veces han pasado sobre ella los huracanes de la guerra, dejándola asolada, ó ha corroido sus entrañas el crímen. Pero la savia poderosa de su vida se ha sobrepuesto á estas crísis pasajeras, y Jalisco se

ha alzado de su abatimiento mas lozano, mas pomposo, mas bello que nunca.

Su pueblo será grande cuando sus hijos, olvidando sus rencillas domésticas, comprendan que es en la union donde encontrarán el secreto para hacer que vuelva su país á su preponderancia anterior; porque vdes. no ignoran, y nadie ignora én México, lo que ha pesado Jalisco en los destinos de la patria.

VIII

La Prima.

He disertado, tal vez con gran pesar de vdes., pero creí necesarias las observaciones que acabo de hacer, para que sea conocido el teatro en que van á representar mis personajes.

Ahora vuelvo á mi novela, que hace tiempo que la escena está sola y que no hago mas que poner decoraciones.

He dicho que Guadalajara, cuando llegamos, estaba llena de animacion y de ruido. Habia en ella, no ese aspecto sombrío y severo de una plaza que está próxima á defenderse, sino la alegría aturdidora de una ciudad que, no teniendo duda acerca

de la suerte que le espera, quiere al menos ahogar en la fiesta sus inquietudes y su desesperacion.

Mañana caeria en las garras del extranjero, y la familia liberal jalisciense, que lo sabia, procuraba gozar los últimos instantes, y darse, en medio de la locura del festin, los últimos *adioses*.

Eran las postreras alegrías del hogar.

De modo que si Guadalajara ocultaba en su seno todas las palpitaciones de la zozobra y el temor, hacia esfuerzos para disimularlas con su semblante risueño, con sus gritos de entusiasmo y con su indolente amor al placer.

El general Arteaga, gobernador entonces de Jalisco, habia reunido en la ciudad numerosas tropas que disciplinaba con empeño, esperando, como era de suponerse, que bien pronto tendria que hacer frente á las legiones invasoras.

Nuestra llegada aumentó la animacion: éramos mexicanos y jóvenes, es decir, gente alegre, bulliciosa y amante de divertirse hasta en vísperas de morir.

Nuestros oficiales eran todos bien educados, elegantes y amables. Nuestro cuerpo de caballería, y digo nuestro porque ya me consideraba perteneciente á él, era en este particular privilegiado.

El coronel era el tipo mas acabado del *gentleman*.

Habia querido que sus oficiales fuesen semejantes á él, y habia logrado reunir en su cuerpo una pléyade verdaderamente escogida de *dandys*.

El único con quien estaba descontento era Valle, y eso no porque careciera de modales finos, sino porque, como lo he dicho, no era comunicativo ni galante, ni gustaba de la francachela. Parecia *el mal pariente* de aquella familia militar; y como su conducta, su observancia rigorosa de las leyes del ejército, y su exactitud, eran un reproche constante para el coronel, que solia relajar la disciplina, este deseaba con toda su alma desembarazarse de tan incómodo subalterno.

He dicho antes que Valle prometió á su amigo Flores llevarle á casa de su prima.

El Don Juan, á quien pareció seductora la promesa, deseoso como estaba de conocer á las beldades de Jalisco, para quienes esperaba ser tan simpático como siempre, no perdió oportunidad de recordar á Valle su oferta; y al dia siguiente, despues de terminadas las ocupaciones militares del cuartel, los dos jóvenes se dirigieron á la plaza principal á practicar un reconocimiento, presumiendo, como era natural, que allí habria bellezas que contemplar y amigos que les sirvieran de *cicerones*.

Era domingo, y la mañana estaba hermosísima; pero en la plaza, cuyo cuadro está embellecido con una hilera de naranjos, no encontraron nada de particular, pues la reunion mas notable se hallaba en el atrio de la Catedral, en la que se celebraba la misa de doce.

Este atrio se halla limitado por una soberbia y magnífica reja de hierro.

Nuestros oficiales, llamando la atencion por su elegante uniforme, y particularmente Flores por su gallardo continente, atravesaron la puerta de la reja y penetraron al interior del templo, cuya magnificencia omito describir para no parecer fastidioso. Solo diré á vdes. que los jaliscienses se enorgullecen de poseer tan suntuoso edificio, obra del arquitecto Martin Casillas, *el maestro mas insigne que habia en aquellos tiempos*, segun ellos dicen.

Cuando los oficiales entraron, la misa estaba concluyéndose, y mientras que Valle, mas artista y mas observador, examinaba la fábrica del templo, la forma y riqueza de los altares, y se fijaba con curiosidad en los sombreros viejos de los obispos difuntos, que están pendientes de un hilo arriba de cada uno de los altares, y acerca de los cuales se cuentan muchas candorosas tradiciones que el jóven recordaba

sonriendo, Flores, mas inclinado á contemplar las bellezas humanas que las bellezas arquitectónicas y las antigüedades, recorria con admiracion los diversos grupos de encantadoras hijas de Guadalajara, que llenaban las naves de la Catedral y en derredor del altar en que se celebraba el Oficio Divino.

—Hombre, Valle, deje vd. de contemplar santos como un bobo, y mire los primores que hay aquí. Canario! que muchachas tan deliciosas tiene Guadalajara.

Valle miró y quedó asombrado. En efecto, habia allí un centenar de mujeres hermosas, hermosísimas, como las sueñan los poetas, como las pintan los enamorados.

Las naves resplandecian más que con el fulgor de los blandones y con los rayos de luz que penetraban por las ventanas, con el brillo de tantos ojos negros que parecian encendidos, no por el tibio fuego de la piedad, sino por la hoguera abrasadora del amor y del deseo.

La misa habia concluido: los oficiales vinieron á situarse en la puerta principal, y allí pasaron revista á todas las bellezas que acababan de ver en conjunto y de priesa.

Todas ellas se fijaban en los dos jóvenes, y con

especialidad en Flores, que estaba soberbio de belleza, de elegancia, y que tenia en su semblante y en su apostura ese no sé qué poderoso é irresistible que atrae infaliblemente las miradas y el corazon de las mujeres.

De repente se acercaron á ellos dos jóvenes gallardas y majestuosas como dos reinas. Una de ellas tenia cubierto el semblante con un espeso velo. La otra era hermosa como un ángel.

Rubia, de grandes ojos azules, de tez blanca y sonrosada, y alta y esbelta como un junco, esta jóven era una aparicion celestial.

Valle, al verla, se ruborizó cuanto era posible en su semblante pálido. Ella le dirigió una mirada y le saludó sonriendo ligeramente; pero al fijarse despues en Flores se detuvo un instante lo mismo que su compañera, como fascinada por la mirada audaz del bello seductor que estaba acostumbrado á imponer desde el primer instante, sobre las mujeres que veia, el despotismo de su influencia terrible.

Despues de esta detencion momentánea las dos damas salieron del templo con cierta precipitacion, atravesando el atrio entre una doble hilera de *liones* de Guadalajara que se inclinaron respetuosamente

para saludarlas. En este momento Valle murmuró al oido de Enrique estas dos palabras:

—¡Mi prima!

Enrique sonrió y se contentó con decir entre dientes:

—¡Deliciosa!

La rubia, al través de las rejas del atrio aun volvió una vez el semblante, y sin hacer caso de los pisaverdes cuyos ojos la seguian, dirigió una última mirada al gallardo compañero de su primo.

—Entiendo, dijo Flores á este, que tendrá vd. el buen gusto de seguir á su linda prima; y yo creo que es de mi deber acompañarle.

—Bueno, contestó Valle un poco contrariado: no sé si se dirigirá á su casa y si podrá recibirnos á esta hora; pero vamos, y ello dirá.

—Querido, replicó Enrique, estoy seguro de que una mujer linda y de buen sentido tendrá mucho placer en recibir á cualquier hora á dos muchachos de México como nosotros.

Diciendo esto siguieron á las encantadoras criaturas, que atravesando la plaza y algunas calles y encontrando en su camino miradas de amor y saludos cariñosos, se dirigieron á la calle del Cármen, deteniéndose á la entrada de una casita linda y ale-

gre como una jaula de canarios.—Allí, despues de volver todavía el rostro para cerciorarse de si eran seguidas, viendo á los oficiales que venian en pos de ellas á pasos rápidos, haciendo sonar en las baldosas sus acicates de oro, entraron y se dirigieron inmediatamente á la sala de recibir.

IX.

La presentacion.

Los dos jóvenes atravesaron alegremente los umbrales de la linda casita, luego un pequeño patio que parecia una gruta de verdura y de flores con un risueño surtidor de mármol, y bajo una cortina de enredaderas penetraron en el corredor y se detuvieron en la puerta de la antesala.

Ya los esperaban. La hermosa rubia se adelantó hácia ellos y les dijo con la mas dulce de las voces humanas.

—Pasen ustedes.

Y los introdujo en el pequeño y fresco salon, en donde se hallaban reclinadas en un sofá una señora

de cuarenta años y la jóven que antes se cubria el rostro con un velo, y que mostraba ahora el mas lindo semblante que hubiera podido soñar un poeta musulman.

Era blanca, de ojos y cabellos negros y labios de mirto.

Los jóvenes quedaron deslumbrados.

—Querida tia, dijo Valle á la señora mayor, tengo la honra de presentar á vd. á mi buen amigo Enrique Flores, comandante como yo en el ejército.

Flores se inclinó graciosamente y murmuró las palabras de cortesía sacramentales.

Despues Valle le presentó á su prima Isabel, que se ruborizó notablemente al encontrarse frente á frente del hermoso oficial.

—Ahora, como compensacion, dijo la señora, por el gusto que nos ha dado vd. presentándonos á su amigo, le presentaré á mi vez á la mejor amiga de Isabel y una de las señoritas mas distinguidas de Guadalajara. Querida Clemencia, mi sobrino Valle y su amigo.

Los dos se inclinaron respetuosamente.

Valle sintió, al encontrarse con la mirada de Clemencia, que se le oprimia el corazon. Evidentemente en los ojos negros y lánguidos de aquella hermosura

terrible habia algo mas que el brillo y la languidez. Habia un agüero, quién sabe si feliz ó desgraciado; y sea que tengamos todos una sibila en el alma que nos hace presentir la influencia que ejercerá en nuestro destino la persona á quien vemos por primera vez, ó sea que Valle, poco acostumbrado á acercarse á las mujeres bellas, se encontrase turbado y confuso, el hecho es que se estremeció visiblemente y que tuvo una sensacion de miedo y de dolor.

—¿Se pone vd. malo, hijo mio? preguntó la señora con interes á su sobrino.

—No, tia, no tengo nada.

—Está vd. muy pálido.

—Fernando tiene una apariencia enfermiza, dijo Flores; pero con ese cuerpo delicado que vdes. ven, disfruta de una salud robusta. Fué herido hace poco; pero eso pasó ya, quizá le ponga de este modo la agitacion del momento, el clima nuevo para nosotros, ó mas bien la timidez de su carácter, porque Valle es tímido de una manera rara.

—¿Tímido? replicó la señora; pues será una excepcion de su familia. Su padre y primo mio y sus hermanos no pecan por encogimiento. Al contrario, son la personificacion de la alegría y la franqueza. ¿Y por qué razon, añadió preguntando á Valle, se ha

dado la circunstancia de que cuando he estado en México y aun en Veracruz no he visto á vd. jamás en su casa? Siempre me decian que estaba vd. ausente.

—Señora, desde muy pequeño, contestó Valle, me alejé del lado de mi familia para estudiar; despues entré á servir en el ejército; apenas conozco á mis hermanos, y por muy poco tiempo he permanecido bajo el techo paterno.

—¡Qué triste es eso! Pero ni aun en las reuniones íntimas, en aquellas en que no hay costumbre de que falten los hijos, como por ejemplo, en los dias del papá ó de la mamá, he visto á vd. en su compañía. Y los otros hermanos habian venido unos desde Veracruz y otros desde el extranjero á ocupar su puesto en el banquete de la familia: solo vd. faltaba siempre.

—Estaba yo enfermo unas veces, otras llegaba algunos dias despues, por motivos independientes de mi voluntad; pero no habia otra causa .....

Esta conversacion hacia mal á Valle, y era perceptible que deseaba no se continuase. La señora lo comprendió así y se volvió para hablar con Flores.

El galante oficial, que primero habia observado rápidamente y á fuer de hombre conocedor á las dos

bellas jóvenes, pasaba de una á otra alternativamente los ojos, como en un estudio comparativo, y habia acabado por comprender que las dos rivalizaban en hermosura y encantos.

La una era blanca y rubia como una inglesa. La otra morena y pálida como una española. Los ojos azules de Isabel inspiraban una afeccion pura y tierna. Los ojos negros de Clemencia hacian estremecer de deleite.

La boca encarnada de la primera sonreía, con una sonrisa de ángel. La boca sensual de la segunda tenia la sonrisa de las huríes, sonrisa en que se adivinan el desmayo y la sed.

El cuello de alabastro de la rubia se inclinaba, como el de una vírgen orando. El cuello de la morena se erguia, como el de una reina.

Eran bellezas incomparables, y Flores, sin decidirse por ninguna de ellas, hizo lo que en semejantes casos tenia de costumbre, se dejó arrastrar por la mano del destino. Dejó á la suerte la eleccion, y como se habia de empezar por algo, se acercó á Isabel y entabló con ella una de esas conversaciones frívolas de primera visita, sobre la poblacion, el clima, la catedral, las señoras, la casa y las flores, y todo lo que presta un elemento para formar diá-

logo. Isabel se sentia turbada y feliz, Enrique la encantaba; aquel carácter ligero, agradable, risueño, aquellas palabras llenas de chispa y de agudeza le parecian sonar por primera vez en sus oidos y tenian todos los encantos de la novedad.

Por otra parte, hemos dicho que Flores era hermoso, é Isabel era de esas mujeres para quienes la forma es todo. Su pobre primo no podia sostener una comparacion fisica con el jóven y gallardo rubio.

Clemencia se parecia mucho en esto á su amiga. Adoraba la forma, creia que ella era la revelacion clara del alma, el sello que Dios ha puesto para que sea distinguida la belleza moral, y en sus amigas y amigos examinaba primero el tipo y concedia despues el afecto.

Y esto no da derecho á suponer que las dos jóvenes careciesen de talento y de criterio, no: la naturaleza habia sido pródiga con ellas en dones fisicos é intelectuales. Clemencia pasaba por tener una de las inteligencias mas elevadas del bello sexo de Guadalajara. Isabel era citada por su talento.

Ambas estaban dotadas del sentimiento mas exquisito. Eran mujeres de corazon.

Pero juzgaban como juzgan casi todas las mujeres, por elevadas que sean, y eso en virtud de su organiza-

cion especial. Aman lo bello y lo buscan antes en la materia que en el alma. Hay algo de sensual en su modo de ver las cosas. Particularmente las jóvenes no pueden prescindir de esta singularidad, solo las viejas escogen primero lo útil y lo anteponen á lo bello. Las jóvenes creen que en lo bello se encierra siempre lo bueno, y á fé que muchas veces tienen razon.

Así, pues, Clemencia, desde que llegaron los oficiales, por una inclinacion irresistible no cesó de dirigir frecuentes miradas para examinar á Flores que á su vez la hacia sentir el poder de sus ojos audaces é imperiosos.

El triste Valle continuó su conversacion con la tia y le habló de plantas y árboles frutales. Era algo botánico, y como estaba poco habituado á las conversaciones de sociedad, procuraba mezclar siempre sus pequeños conocimientos para no quedarse callado.

No por eso dejó de observar la impresion que su amigo habia causado en las dos hermosas muchachas, y mas de una vez se quedó distraido y contrariado.

¿Comenzaba á amar? Puede ser, y en ese caso, la pura, la virginal Isabel, la que inspiraba amores castos y buenos, debia ser el ídolo de su corazon.

El necesitaba un ángel, y su prima era un ángel que encerraba en su alma todos los consuelos, todas las esperanzas que podian cambiar el aspecto de su vida solitaria y triste.

Pero la rubia sonreía á Flores de una manera insinuante, era una esclava que se rendia sin combatir á su futuro señor.

Un momento despues, y con los cumplimientos de estilo, los jóvenes salieron de aquella casa; Valle taciturno, Flores alegre, decidor y risueño.

X

Las dos amigas.

—Clemencia, ¿qué te parece mi sobrino? preguntó la señora á la hermosa morena.

—Me parece un jóven instruido y bueno, algo encogido.

—Fernando debe estar enfermo, añadió Isabel con cierta compasion; su palidez no es natural, y ademas, ¿no has notado, mamá? sus manos tiemblan.

—Será nervioso, observó Clemencia.

—Es un muchacho raro, volvió á decir la tia, y en su vida debe ocultarse algun misterio. Hemos estado en México y en Veracruz, hemos visitado con frecuencia su casa; jamás le hemos visto. Al preguntar por él, pues sabíamos que á mas de los tres hi-

jos de mi primo que allí vimos, habia otro, siempre se nos contestó que estaba ausente; pero yo observaba cierto desagrado al hablar de él, lo que por otra parte se hacia de una manera breve y seca. Su familia, rica y de carácter alegre, daba fiestas á menudo, ya en sus salones de México, ya en sus haciendas del Estado de Veracruz, pero jamás parecia extrañar en ellas la falta de un hijo, jamás sus hermanas, que son muy lindas, le consagraban un recuerdo, jamás los amigos de la casa le nombraban: habia hasta cierto cuidado en evitar las conversaciones que pudieran recaer sobre su ausencia. En fin, yo supongo que este pobre jóven debe haber causado á sus padres, hace tiempo, algun profundo disgusto, ó ha cometido alguna gravísima falta, y que á consecuencia de eso ha incurrido en el desagrado de la familia y ha sido arrojado del hogar paterno. Tanto mas probable es mi suposicion, cuanto que su familia pertenece á un partido mortalmente enemigo de este en cuyas filas anda sirviendo mi sobrino. Verdaderamente estoy admirada de ver á Fernando con el uniforme liberal, cuando su padre es uno de los mas notables conservadores y ha prestado servicios á su partido, de gran consideracion, lo cual ha hecho que se le vea en él con mucho respeto.

Esto no puede explicarse sino existiendo una profunda division entre el padre y el hijo, pues de otro modo, creo que mi primo habria preferido matar á su hijo antes que verle de oficial en el ejército republicano.

Pero como vdes. supondrán, cualquiera que sea el orígen de semejante division entre Fernando y su padre, no puede uno tener buena idea de un hijo así, y hay que sospechar acerca de su conducta.

—Mamá, dijo la dulce Isabel, yo le confieso á vd. que veo en mi primo algo que me causa antipatía; y por Dios que mis ojos nunca me engañan, y que todo aquello que me disgusta á primera vista, resulta malo.

—Bien puede ser, replicó la señora; pero entretanto que averiguamos todo lo que hay en el asunto, tenemos que tratar á Fernando como á un pariente nuestro y que ocultarle nuestras sospechas, que bien podrian carecer de fundamento.

—Tal vez le condenan vdes. demasiado pronto, objetó Clemencia con aire de lástima. Yo no le veo nada repulsivo, como Isabel. No es agraciado, no es simpático, y además su encogimiento, que no parece ser propio de un mexicano, le perjudica mucho. Es muy serio; tal vez su carácter se haya agriado con

alguna enfermedad, porque en efecto está muy pálido, muy delgado, y ahora nos lo pareció mas, porque le comparábamos con su amigo que está brillante de salud y de frescura.

—¡Oh! en cuanto á ese, dijo Isabel, ruborizándose ligeramente, ¡qué simpático es! ¡qué guapo!

—¿Te agrada, Isabel? preguntó Clemencia con una imperceptible malicia.

—Sí, tiene mucha gracia, es muy fino.

—Es un jóven distinguido, y no hay duda que pertenece á una buena familia, observó la señora.

—No hay muchos oficiales así, dijo Clemencia; este es un modelo de elegancia y de caballerosidad. ¿Viste qué ojos tiene, Isabel?

—Y ¡qué bien habla!

—Y ¡con qué garbo lleva su uniforme!

—Mi pobre primo Fernando, la primera vez que nos hizo una visita nos habló de la atmósfera de Jalisco, de los árboles y del lago de Chapala. Ya tú comprenderás, Clemencia, que esto seria muy bueno, pero que no era oportuno ni tenia chiste. Mi primo será un observador, pero no es nada divertido ni galante: creo que nunca ha estado en sociedad, pues tartamudea y se avergüenza, y se queda callado como un campesino. Flores es diferente, ya lo has visto.

Clemencia se puso pensativa, y despues dirigió á su amiga una mirada escrutadora y profunda.

Isabel, casi avergonzada de haber dicho tanto, y poniéndose roja como la grana, al sentir la mirada maliciosa de su amiga, repuso luego, como para chancearse:

—¿Y tú, querida, has encontrado bien á mi primo? ¿Te has enamorado de él?

—Sí; encantador es tu primo, por vida mia.

Isabel sintió algo como un leve dolor de corazon. al oir hablar así á su amiga. Comprendió que el gallardo Enrique habia causado una impresion grata en el ánimo de Clemencia, lo mismo que en el suyo, y tal vez presintió que iba á tener una rival, y rival temible, pues Clemencia, por sus encantos y por su talento, era mas peligrosa que ella para los hombres.

Pero ¿qué pasaba? Isabel estaba enamorada ya y tan pronto? No tal; pero sucedia entonces lo que sucede siempre que dos beldades se encuentran por primera vez con un hombre superior. Se establece entre ellas una rivalidad momentánea, cada una procura atraer la atencion de aquel amante en ciernes, y cada una teme verse pospuesta á su antagonista.

Isabel y Clemencia eran dos bastante lindas mu-

jeres para que carecieran de adoradores. Los tenian en gran número en Guadalajara, y estaban acostumbradas á dominar como reinas, alternativamente ó juntas, en todas partes.

Así, pues, no era el deseo de ser amadas por el primer venido, el que las hacia disputarse en aquel instante la preferencia del hermoso oficial, sino el amor propio, innato en el corazon de la mujer, y mayor en el corazon de la mujer bella, que quiere conquistar siempre, vencer siempre y uncir un esclavo mas al carro de sus triunfos.

Ademas, ya he dicho cuáles eran las ventajas físicas y sociales de Enrique, y será fácil comprender cuán superior le hallaron las lindas jóvenes, á todos los rendidos amantes que hasta allí las habian rodeado.

Ser amadas tambien de aquel gallardo y brillante jóven de México, ¡qué placer y qué orgullo!

Clemencia estaba invitada á almorzar en casa de Isabel. Pusiéronse á la mesa y almorzaron alegremente; pero cualquiera habria podido notar en el semblante y en la conversacion de las hermosas, que una preocupacion oculta las agitaba y las ponia, á ratos, pensativas.

Iban á ser rivales, ó mas bien dicho, ya lo eran.

XI

Los dos amigos.

—¿Por qué viene vd. tan callado, Valle? ¿ha dejado vd. el alma en esa casa? preguntó Flores á su amigo, despues de haber andado algun rato.

—No tal.

—Sí; conmigo, fuera reservas: vd. está enamorado, hijo mio, ó algo le sucede de extraordinario, porque ha tenido vd. singularidades que no pueden engañar á ojos tan expertos como los mios.

—Ya vd. me conoce, soy tímido delante de las mujeres, y esto es lo que me ha sucedido hoy. Ayer ha pasado lo mismo. Sabia yo que esta familia vivia en Guadalajara; que ella habia estado en Méxi-

co y que habia tenido intimidad con la familia de mi padre, á causa de su parentesco. Pero yo no la conocia: pregunté por ella al llegar; me dieron razon y me presenté en su casa. Me recibió mi tia muy bien; pero pasados diez minutos de mi visita no sabia ya de qué hablar, y mi permanencia allí fué un suplicio. Como vd. ve, mi prima es bella; su vista me causó una impresion dificil de definir: deseaba alejarme de ella, y lo sentia al mismo tiempo. No sé cuántas barbaridades dije, y era que me preocupaba su belleza, esa belleza inocente y encantadora.

—Eso se llama amor, chico. ¿Ha estado vd. enamorado alguna vez?

—Nunca: le confieso á vd. que cuando era estudiante vivia entregado á los libros, visitaba pocas casas, y en ellas, aunque solia encontrar muchachas hermosas, casi siempre las vi enamoradas de otros, y esto naturalmente me hacia alejar de ellas, así como á ellas interesarse muy poco en agradarme. Además, yo conozco que no soy simpático para las mujeres, no tengo esas dotes brillantes que vd. posee en alto grado para cautivar el corazon femenil; mi carácter es sombrío y taciturno: ya vd. comprenderá que hay motivo para que mi juventud se haya deslizado solitaria y triste. Le pareceré á vd. ridí-

culo, pero la verdad es que mi corazon está vírgen de todo amor.

—¡Hombre! ridículo, no; pero raro, sí, muy raro: ¡un corazon vírgen á los veinticinco años! ¡en este tiempo en que ya á los doce se tiene novia, y muchas veces querida! convengo en que no haya vd. amado, esta palabra ahora es convencional; pero habrá vd. tenido una querida: ¿quién no tiene hoy, apenas llegada la pubertad, una triste querida?.....

—Tampoco; me hubiera sido eso dificil sin amar. Las pasiones de los sentidos no han sido hechas para mí. Como desde niño he carecido del dulce placer de sentirme amado, y como he atesorado en el alma un inmenso caudal de cariño tan ardiente como puro, he deseado con avidez amar; pero hubiera creido profanar mis sentimientos entregándome á las pasiones banales y que gastan la organizacion corrompiendo casi siempre el alma.

—¡Canario, y qué singular filósofo es vd., Fernando! Vd. no pertenece á esta época. Es vd. un casto soñador, un poeta quizá; pero de todos modos un hombre al agua. ¿Ha leido vd. novelas?

—Pocas.

—¿Ha frecuentado vd. á los poetas?

—Algo; pero le diré á vd.: antes, muy antes de

que me aficionara á ese género de lectura, pensaba y sentia lo mismo. Las ideas que tengo no me vienen de los libros, sino de las impresiones que he recibido desde mi infancia. He sufrido, y el mundo, que pudo haber sido para mí un Eden, fué un infierno desde los primeros pasos. ¡Feliz quien como vd. solo ha pisado rosas en su camino!

—Como habiamos hablado pocas veces de este modo, le confieso á vd. que no le habia observado esta particular disposicion al romanticismo, que ahora le noto, y de que le habria curado radicalmente, como de una enfermedad odiosa. ¿Quién diablos le ha puesto á vd. hollin en el cerebro? ¿Quién le ha dicho á vd. que este hermoso y querido mundo es un infierno? Solo los tontos creen ya en el valle de lágrimas; y quéjese á su mal gusto aquel que quiera recibir la vida como un cáliz amargo. ¿Pues qué, vd. toma todas las cosas á lo serio?

—¿Y cómo no tomarlas así, cuando no se me presentan risueñas?

—El talento consiste, amigo mio, en cambiarles la cara. Yo nunca he sido romántico.

—Pero vd. siempre habrá sido feliz.

—Feliz absolutamente, no; necesitaba yo muchas, muchísimas cosas para ser feliz. Mi ambicion es in-

saciable, mis sentidos exigentes hasta lo imposible.

—¿Sus sentidos? ¿pero vd. no tiene corazon?

—Querido, ¿cree vd. en el corazon?

—¡Cómo si creo! demasiado, y ahora mas todavía.

—Arránquesele vd. en la primera oportunidad, Fernando: créame vd., es una entraña que maldita la falta que nos hace, y que debe acarrear infinitas contrariedades. De mí sé decir que nunca le he tenido, si no es en la acepcion fisica de la palabra, y me he reido alegremente de aquellos que decian ser desgraciados por un exceso de sentimiento. Eso está bueno para urdir cuentos; el corazon es como el diablo, solo existe en las leyendas.

—Pero ¡qué horrores está vd. diciendo! apenas me atrevo á creer que habla vd. con formalidad.

—Pues no lo dude vd., amigo mio, y le aseguro bajo mi palabra de honor, que no soy de aquellos que por haber sufrido algun quebranto terrible en sus esperanzas ó en sus pasiones, se hacen los interesantes diciendo que ha muerto su corazon, que no tienen en el pecho mas que cenizas, con otras mil necedades tan ridículas como impertinentes. No: si alguno puede dar gracias á la fortuna por sus coqueterías y sus lisonjas, soy yo, que sin fatuidad he apurado desde muy temprano los goces, y he hecho

de mi vida una especie de orgía de buen tono. No es mi ánimo hacer á vd. mi biografia, pero no dejará vd. de creerme si le digo que hasta aquí la suerte no me ha contrariado nunca, y que apenas le he pedido algo cuando se ha dado prisa en alargármelo con buen modo. Nací rico y lo soy aún, no millonario, esto vendrá despues; pero lo suficiente para haber tomado asiento, durante algunos meses, en el banquete que el placer ofrece en Europa á los sibaritas del siglo XIX. Aun me quedan, como es de suponerse, mil goces por saborear; pero esto, lejos de ser una contrariedad, es un incentivo para seguir mi camino; es una esperanza que me sonríe llamándome; es una garantía de que no tendré un porvenir fastidioso. ¿Qué habria quedado para mis cuarenta años, si hubiese agotado todas las delicias en la juventud? Volví al país, y por algun tiempo no tuve otra ocupacion que galantear; el galanteo es un entretenimiento interino, y bueno cuando es provechoso. Yo no soy platónico; y, con perdon de vd., creo que el platonismo es manjar de tontos. En este tiempo en que se vive tan presto, sacrificar los mejores dias á los goces de lo que vdes. llaman *alma*, es pasar una hermosa mañana de primavera estudiando Geografia en un gabinete; es pasar una her-

mosa noche de estío traduciendo el *Arte de amar*. Así, pues, en cuanto á mujeres.....

—¡Ah, sí! en cuanto á mujeres, demasiado sé cuán afortunado ha sido vd.

—He hecho llorar algunos hermosos ojos aquí en mi inculta patria, donde todavía se usan el color natural y las lágrimas sinceras; pero reflexione vd. en que seria peor para mí, verme obligado á lamentar *el rigor de las desdichas*. Con las mujeres no hay remedio: ó tiene uno que engañar ó que ser engañado. ¿Preferiria vd. ser lo último?

—Pero cuando el corazon se interesa.....

—Amigo mio, no olvide usted que le he dicho que yo no tengo esa desventaja. Si yo hubiese poseido un ápice de ese sentimentalismo anticuado, el libro de mis aventuras estaria en blanco como el de vd.

Habria dado con la primera Dálila de las que andan por ahí, y á esta hora, tonsurado y miserable, habria compuesto algunas endechas llenas de dolor, pero no habria arrancado de la ingrata ni una sola de esas lágrimas que tantas veces han regado mis manos y mi cuello.

—¡Pero, Enrique, por Dios, no todas son Dálilas!

—Todas, Fernando, todas; no lo son por maldad,

lo son por naturaleza, inocentemente, sin saber lo que hacen, tal vez sin quererlo; pero el hecho es que aun amando acaban con las fuerzas de un hombre, lo enervan y lo entregan á los furores del destino, desarmado, impotente, y el amor no debe ser mas que el embellecimiento del camino de la ambicion.

—Me espanta vd..... yo creia que el amor era uno de los grandes objetos de la existencia; yo creia que la mujer amada era el apoyo poderoso para el viaje de la vida; yo creia que sus ojos comunicaban luz al alma, que su sonrisa endulzaba el trabajo, que el fuego de su corazon era una sávia vivificante que impedia desfallecer.

—¡Poesía! ¡poesía! Deje vd. de creer en eso, y mire vd. que le estoy hablando como no le hablaria á nadie, porque es peligroso revelar las opiniones íntimas de uno, como le es peligroso á un espadachin descubrir el cuerpo á los ojos de un contrario hábil. Esto le probará á vd. que le quiero.

—Pero dígame vd., Flores, con semejantes ideas cuyo orígen no me es desconocido ya, ¿cómo es que sirve vd. en el ejército, y en un tiempo como este, en que la República anda de capa caida?

Flores sonrió y se turbó un poco ante la mirada fija de Valle.

—Precisamente por eso vengo aquí. ¿Vd. tiene fé en el triunfo de la independencia?

—Tengo gran fé, una fé incontrastable.

—Y vd. ¿cree que no morirá en la lucha?

—Eso no lo sé: nada difícil es que muera; pero moriré con la conciencia de que tarde ó temprano triunfará la República.

—Pues bien; yo tambien tengo fé, y hay algo que me dice que sobreviviré á la guerra. Vd. comprenderá que vamos á quedar muy pocos, y de esos pocos me propongo ser uno. El camino así se hace mas corto, y yo llegaré á mi fin.

—De modo que el patriotismo entra muy poco en los propósitos de vd.

—El patriotismo tiene sus móviles de diferente especie; para unos es cuestion de temperamento, para otros es la simple gloria, ese otro platonismo de los tontos; para mí es la ambicion. Yo quiero subir.

—¿Y todo para hundirse despues en los goces?

—Es claro; en todos los goces del orgullo, del poder, de la riqueza, del amor, de la gloria. Todos juntos se saborean cuando está uno colocado muy arriba de sus semejantes. Sin lograr esto, se tendrá uno de ellos ó dos, pero no todos, y mi ambicion los

busca todos. Si me hubiese hecho banquero, soplándome el viento de la fortuna habria llegado á ser millonario; pero tendria quizás que inclinarme alguna vez delante del hombre de armas ó del gobernante. Prosiguiendo mi carrera de galanteos, habria llegado á poseer acaso á todas las mujeres que hubiera deseado; pero en primer lugar tengo miedo al hastío, y luego, un D. Juan..... ¿qué es un simple D. Juan? Un reyezuelo de salon, una potencia de retrete que se eclipsa delante de un guerrero afortunado, delante de un millonario bestia, y aun muchas veces delante de un hombre de talento, que es mucho decir. Un D. Juan tiene que ocultar en el misterio la satisfaccion de su dicha, y cuando la hace pública, se limita á recibir incienso de una pequeña corte de aduladores vulgares, que son al gran libertino lo que los lebreles son al cazador, es decir, que solo lamen la mano para obtener los restos de la presa.

¡Eso es fastidioso....! yo quiero algo mas que semejantes goces mezquinos..... Pero, chico, nos engolfamos en una conversacion estrafalaria, y noto que estoy impertinentemente comunicativo: dejemos esto, ya curaré á vd. del platonismo que le está secando; hablemos de la primita, que fué lo primero que se

ofreció á mi imaginacion cuando comenzamos á charlar. ¿Sabe vd. que es una lindísima criatura? Una conquista que valdria la corona mural?

Fernando palideció.

—Sí, es linda, murmuró secamente.

—¿Piensa vd. hacerle el amor?

—No: he observado que vd. le simpatiza, que yo le repugno. Ya ve vd. que es mal principio para mí. Trabajaria sin esperanza; y *quien no espera vencer, ya está vencido.* Vd. tiene el campo.

—Pero, vamos, ¿vd. la ama?

—No lo sé, y aun no me doy cuenta de la verdad de lo que pasa en mi alma. He dicho á vd. que la impresion que me causó desde que la vi, es extraña: hoy que la vi hablar tan amablemente con vd., sentí una especie de odio; pero querria siempre estar mirándola.

—¡Pobre Fernando! es vd. demasiado sincero. Pues bien, eso es amor; vd. la ama, y ha sentido celos. Yo he recogido demasiadas flores en el campo del mundo, para querer arrebatarle á vd. esa pequeña rosa. Vd. puede lanzarse; hable, enamórela, y pronto, porque no tardarán en tocar á botasilla, y vea vd. que no nos quedan en perspectiva mas que algunas flores silvestres, cuyo aroma no será

precisamente una delicia para nuestro olfato de cortesanos.

Valle se sentia mal al oir hablar de este modo al libertino. Habia levantado en su corazon un altar á Isabel, y veia tratar á su ídolo, como Flores trataba siempre á las víctimas de su lubricidad.

—Estoy resuelto: no le diré nada, contestó; esa jóven no merece que dos militares como nosotros, la hagan objeto de una distraccion pasajera.

—¿Por qué? ¿por que es prima de vd? Pues hombre, las primas de uno.....

—No diga vd. mas, Enrique, por su vida; me causa pena que vd. no vea en una mujer tan angelical mas que un objeto de cruel diversion y de innoble placer.

—¡Platónico!.... Vd. se curará. Pero, resueltamente, la rubia es bellísima: difícilmente, á no estar vd. á su lado, me resignaria yo á no decirle nada. Así es que vd. ó yo; escoja. Con vd. estará garantizada; conmigo, no me atreveré á decir que la seduciria, fuera hacer á vd. una ofensa; pero es seguro que llegaria á amarme. Líbrela vd. de mí. Yo me consagraré á la deliciosa morena; esa me seduce, es una sultana, en cuyos ojos negros beberé fuego. Vamos, decídase vd.

Fernando pensó que su amigo hablaba sinceramente á pesar de su libertinaje; comprendió que su prima estaba perdida si la dejaba en poder de Flores, que ya la habia hecho sentir la funesta influencia de su mirada irresistible; comprendió que la única defensa para ella consistia en su amor, amor que por otra parte parecia haber avasallado su corazon tan rápida como imperiosamente. Además, recordó la sensacion dolorosa que experimentó al aproximarse á Clemencia, cuyos ojos negros le habian causado movimientos nerviosos, présagos de algun mal terrible. Dejar á esta beldad poderosa y fatal en lucha con Enrique, no era una villanía, porque iban á encontrarse dos potencias igualmente fuertes; y despues de todo, si alguna desgracia aconteció, ¿no valia mas que recayera sobre la altiva morena, sobre la *liona* aristocrática y soberbia, mas bien que sobre la débil vírgen que no parecia contar con fuerzas suficientes para luchar sin morir?

—Está bien, dijo Fernando resueltamente, me consagro á mi prima. Haga vd. la guerra á la hermosa de ojos negros.

—Arreglado. Ahora, pensemos en la maniobra; volveremos á la casa de la prima de vd., porque es preciso que me introduzca en la de Clemencia, pues

no debo esperar encontrar á esta siempre en otra casa que la suya. Una vez logrado, vd. se quedará frente á su enemigo y yo frente al mio, y veremos quién domina la posicion primero.

Con tal resolucion, despues de haber paseado por varias calles solitarias, entraron en el cuartel, dirigiéndose Enrique al alojamiento del coronel y Fernando á su aposento, en donde se sentó pensativo y ceñudo.

BIBLIOTECA NACIONAL
MEXICO

XII

Amor.

Isabel, en cuya alma no se habia eclipsado un momento la imágen del gallardo mexicano, apenas estuvo sola, se puso á pensar con toda libertad en aquella aparicion que venia á derramar una nueva luz sobre su porvenir.

En las organizaciones dulces y tímidas como la de Isabel, el amor comienza así, apoderándose rápidamente y con mas fuerza, á medida que es mas débil el espíritu que domina.

La jóven comenzó á decirse todas esas palabras que, sin salir de los labios, causan rubor á las niñas y las hacen recelar las miradas y los oidos ex-

traños, como si el fondo de su pensamiento y de su corazon pudiese ser visto, y como si el acento de su voz íntima pudiese ser escuchado.

—¡Qué interesante es! ¡cuánta elegancia en su trage y en sus actitudes! ¡qué delicadeza en sus maneras! ¡qué valor se descubre en su carácter! ¡qué talento en sus palabras! Pero, sobre todo, sus ojos tienen algo que subyuga, que atrae, que penetra hasta el corazon.

Y luego Isabel pasaba revista en su memoria á sus adoradores antiguos, los comparaba con Enrique, y aun haciendo todos los esfuerzos posibles para ennoblecerlos, para poetizarlos, para exagerar sus cualidades brillantes, los encontraba inferiores, los encontraba prosáicos, por mas que evocaba en su favor toda la antigüedad del afecto, todo el orgullo del *patriotismo*.

No, no habia nadie igual á su nuevo amigo.

—Pero este hombre, añadia, no puede, no debe tener el corazon libre; es preciso, es seguro que ame á otra, que haya dejado en México á la querida de su alma, porque con tales cualidades, seria absurdo suponer que no hubiese habido, no digo una mujer, sino cien mujeres que le amasen.

Y este pensamiento le hacia mal.

—Y ¿qué me importa, despues de todo, que tenga amores y que le adoren en México ó en cualquiera otra parte? ¿Acaso yo puedo amarle, acaso él no es una ave de paso que durará aquí el tiempo que tarden los franceses en venir? ¿Acaso sabemos quién es? ¡Qué loca soy en estar pensando esto!

Y procurando distraerse y hacerse ruido, se sentaba al piano y ensayaba una melodía; pero la música ejercia luego en su espíritu su natural influencia; latia su corazon, y la imágen del bello oficial venia á interponerse entre sus ojos y el papel de música extendido sobre el atril.

Entonces se interrumpia, quedábase meditabunda otra vez, y recordaba á Clemencia.

Le parecia que su amiga habia hablado de Enrique con mas interes del que es natural respecto de una persona á quien se ve por vez primera. La habia visto dirigir á Flores frecuentes miradas, y aun estaba segura de que habia quedado *impresionada* fuertemente. Y era de suponerse; Clemencia era una mujer de imaginacion exaltada y ardiente, amaba tambien lo bello; ¿cómo no habia de haber encontrado digno de atencion á aquel jóven tan privilegiado? Pero Clemencia era orgullosa y dominadora, sabia disimular sus inclinaciones, y no queria por

nada de este mundo cometer la debilidad de indicar con una sola mirada, con una sola palabra, el afecto de su corazon.

Así es que no habia motivo para temer una rivalidad ..... por lo pronto, pues aunque Clemencia era acusada de coqueta hacia algun tiempo, y gustaba de avasallar á todo el mundo, no lograria en este caso nada, interponiéndose, como se interponia, el amor de una amiga tan querida: sobre todo, Enrique iba á estar enamorado dentro de poco tiempo, y eso bastaba.

Tales eran las ideas que en tumulto se levantaban en el alma de Isabel.

Y cuando el pensamiento de su antagonismo con Clemencia la preocupaba mas fuertemente, cuando suponia que su amiga, atropellando todas las consideraciones habia de acometer la empresa de subyugar á Enrique, Isabel se levantaba apresuradamente, se ponia frente á uno de los grandes espejos que adornaban su salon, veia retratada en él su imágen y sonreia con aire de triunfo. Era bella, no con la belleza de su amiga, sino con una belleza mas pura, mas poética, mas ideal.

—Enrique no puede enamorarse sino de una mujer que hable á su alma, pensaba.

Pero inmediatamente, y cándida é inexperta como era, sentia que en las miradas de Enrique y en su sonrisa habia algo que no era enteramente puro, algo semejante al deseo, algo que parecia abrasar, y la niña recordaba que sus mejillas se habian encendido, y sus labios habian temblado, y palpitado su corazon al sentir la influencia de esos ojos azules que parecian despedir llamas sobre todo aquello en que se fijaban.

Entonces un misterioso terror se apoderaba de ella, y habia alguna voz íntima que le decia que aquel hombre era peligroso para su virtud y para su reposo, ó bien que Clemencia, la mujer de las miradas de fuego, era la que debia cautivar la naturaleza sensual del jóven mexicano.

Tan diversos pensamientos estuvieron atormentando á la bella rubia, durante algunas horas, hasta que la llegada de algunos amigos jóvenes de Guadalajara, que tenian costumbre de hacerle la corte, vino á distraerla de su penosa agitacion.

Pero en lugar de que la vista y la conversacion de sus antiguos adoradores pudieran consolarla y aun hacerle olvidar sus preocupaciones anteriores, solo sirvieron para darles mas fuerza.

Isabel, que permanecia obstinadamente callada ó

que apenas se dignaba mezclar en la conversacion algunas palabras sin sentido, habia estado observando fijamente y como pensativa, á los jóvenes, los habia comparado con aquella imágen que tenia tan presente en la memoria, y concluia con hacer un pequeño movimiento de impaciencia, que cualquiera que hubiese leido en su alma, habria traducido de este modo:

—Ninguno es como él.

Y en efecto, no podian comparársele bajo ningun punto de vista.

Los pobres muchachos se despidieron sin comprender el por qué de aquella taciturnidad y preocupacion que habian notado en la bella rubia, por lo regular tan risueña, tan franca y comunicativa.

Vino la noche, y con ella el insomnio de la mujer enamorada, y el tropel de profundas meditaciones y de vehementes sentimientos.

Nuevas reflexiones la asaltaron en las horas de reposo, otra vez vino la imágen de Clemencia á aparecérsele con todo el brillo de una hermosura irresistible y con la actitud y la sonrisa del triunfo, y todo esto, unido al violento deseo de que fuera de dia y de volver á ver al bello oficial, la hizo pasar en una verdadera tortura las primeras horas de aquella noche malhadada.

Habia llegado para Clemencia el fatal instante de amar. Los afectos que antes abrigaba en su alma y que habian apoderádose de ella, lenta y tibiamente desaparecieron para dar lugar solo á ese amor imperioso que habia venido como la tempestad y que habia herido como el rayo.

Todavía no era una pasion, pero sin duda alguna podia llegar á serlo; é Isabel lo comprendia en el vago temor que sentia al pensar en Enrique, y que la obligaba á rezar para buscar apoyo en Dios, contra ese sentimiento que parecia dominar su corazon de una manera tan desconocida como inesperada.

Al dia siguiente, Isabel estaba tan pálida, tan pensativa, demostraba tal agitacion y tal malestar, que su madre, alarmada, no pudo menos de preguntarle la causa de aquella novedad que era tan perceptible. Isabel pretextó un fuerte dolor de cabeza, y procuró ocultar á los ojos de todos sus sensaciones, fingiendo una alegría que á medida que era mas extraordinaria parecia menos natural.

Vistióse con esmero, y aun podria decirse con coquetería. Sentóse al piano; pero cambiando á menudo papeles y no concluyendo ninguna pieza que comenzaba, mas bien parecia agitada por una impaciencia febril, que inspirada por el númen de la

melodía. Jugaba con las teclas, improvisaba, mezclaba las armonías tristes de los maestros italianos con las notas profundas de la música alemana ó con las alegres y ligeras de los maestros franceses. En fin, pensaba tocando y traducia en el piano sus pensamientos desordenados y confusos, y se volvia frecuentemente hácia la puerta, como si esperase la aparicion que evocaba en lo íntimo de su alma.

Así pasaron como siglos las horas de la mañana. Llegó la tarde, é Isabel pensó salir á dar un paseo para distraerse; pero temiendo que su primo y su amigo no la encontrasen, en caso de venir, prefirió quedarse sufriendo aquellos dulces tormentos de la expectativa y de la soledad.

No se engañó: dieron las cuatro, y la voz armoniosa de Enrique sonó en los corredores. El corazon de Isabel palpitó apresurado, y cubierto de rubor el semblante, la jóven miró á la puerta por donde en efecto aparecieron los dos oficiales.

XIII

Celos.

Fernando notó con algun asombro la impresion que causaba en su prima la llegada de él y de su amigo, pues no parecia sino que la hermosa jóven era una tímida niña de doce años, no acostumbrada aún al trato social.

Se hallaba turbada visiblemente.

Alargó su mano pequeña y fina, primero á Valle y despues á Flores, y se conmovió al sentir la blanda presion de los dedos de este, sus labios se agitaron procurando balbutir algunas palabras de saludo, se desprendió mas ruborizada todavía, y salió ligeramente del salon, diciendo á los oficiales:

—Voy á avisar á mamá: tomen vdes. asiento.

—¿Serán aprehensiones mias, dijo Fernando, ó Isabel se ha puesto encendida, y luego pálida, al vernos llegar. ¿Ha notado vd?

—Es natural, respondió Enrique, no está vd. en México: las provincianas son siempre tímidas.

—Pero ayer no observé yo esta emocion.

—No pondria vd. cuidado seguramente. Pero, chico, vd. es quien está ahora notablemente pálido y conmovido; parece vd. un delincuente delante de su juez.

A esta sazon llegó la señora con Isabel. La primera cambió con los jóvenes los cumplimientos de costumbre, despues de lo cual, Enrique, fiel á su promesa de no hacer la corte á la prima y de proporcionar á Valle la oportunidad de consagrarse enteramente á ella, entabló con la señora una conversacion interesante, como lo sabia hacer el galante oficial, muy acostumbrado al trato de las mujeres de toda edad, cuyo gusto y propensiones adivinaba luego para poder lisonjearlas con mas seguridad.

Mariana, así se llamaba la señora, que sea dicho de paso rayaba en los cuarenta años y que era mujer distinguida y de una educacion superior, conservando todavía una belleza fresca y notable, pareció encantarse con Enrique. Las numerosas relaciones

de este en México, le permitian informar á Mariana que habia vivido allí algun tiempo y que conocia perfectamente el mejor círculo, acerca de las novedades ocurridas durante aquellos últimos años en todas las familias.

Enrique hacia la descripcion del estado de la sociedad mexicana en aquella época de guerra, retrataba con habilidad sin igual á las hermosuras en boga, referia la historia de los matrimonios recientes y de los amores célebres; pero todo esto con tal tino, con tal donaire, con un tacto tan exquisito, que Mariana acabó por creer que aquel jóven era adorable.

La señora reia frecuentemente, demostrando el mayor placer al escuchar los dichos agudos, los epigramas delicados, las observaciones picantes que salian á cada momento de los labios de Enrique, y aun se volvia para decir á su hija, llamándole la atencion.

—Pero ¿oyes esto, Isabel?

Y entonces la jóven dejaba de escuchar la pobre conversacion de Fernando para oir á Flores, que acababa por interesar á ambas vivamente en su relato.

Entretanto Fernando murmuraba algunas frases tímidas para entretener á su prima que no estaba

atenta sino á Enrique, á quien miraba por largos intervalos sin poner cuidado en sus palabras.

Enrique le parecia mas hermoso, mas interesante que el dia anterior.

Ni siquiera reparaba en que su primo Valle parecia mas triste, mas pálido y mas sombrío. Y como este notó que Isabel apenas le respondia en monosílabos y apartaba de él sus miradas para fijarlas en el gallardo militar, acabó por quedar en silencio, disimulando con un aire de distraccion el sentimiento que comenzaba á punzar su corazon como un puñal.

Tenia celos ya. Era seguro que Isabel amaba á su amigo, ó por lo menos sentíase dispuesta á amarle.

De repente se detuvo un carruaje en la puerta.

—¡Es Clemencia! dijeron la señora é Isabel, y se levantaron para recibirla.

En efecto, la hermosísima morena apareció en la puerta, abrazó y besó á sus amigas, y alargó risueña una mano enguantada y aristocrática á los dos oficiales.

—Me alegro mucho de ver á vdes. por aquí, les dijo; hemos hablado tan poco ayer, que me permitirán vdes. en mi calidad de provinciana, que espere tener noticia minuciosa de mis amigas de México,

y de muchas cosas que á los que vivimos tan lejos nos interesan sobremanera.

—El Sr. Flores, dijo Mariana, acaba de referirme cosas de aquella capital, que me han encantado. No hay talento como el suyo para conversar, y nadie puede informarte mejor.....conoce á todo el mundo.

Enrique saludó agradecido á la señora, y volviéndose á Clemencia.

—Seré muy dichoso, señorita, le dijo, si puedo dar á vd. razon de sus relaciones en México. En efecto, conozco á todo el mundo allí, y poseo todo ese caudal de noticias íntimas que ni pueden encontrarse en los periódicos ni contenerse en las cartas, y que solo se conservan en la memoria de los iniciados como yo en ciertos círculos.

Generalizóse entonces la conversacion; Enrique desplegó toda la riqueza de sus facultades, como conversador y como hombre de mundo y de educacion distinguida, hizo conocer, sin ostentacion, lo numeroso y distinguido de sus relaciones sociales; era el amigo de las mujeres mas bellas de México, de los hombres mas elegantes y aristocráticos, y si á esto se agrega que habia viajado mucho y que estaba dotado de ese talento especial de los que han

frecuentado mucho los círculos distinguidos, y que sin ser profundo en nada, deslumbra á primera vista, se comprenderá muy bien que Enrique cautivó á su bello auditorio. Isabel le escuchaba con arrobamiento. Clemencia fijaba en él sus lánguidos ojos negros, bañándole con sus miradas ardientes y voluptuosas.

Mariana reia alegremente.

Fernando estaba olvidado: triste destino de los humildes, de los taciturnos y de los huraños.

—Me han hablado, dijo Clemencia á Enrique, del talento de vd. en el piano, y aseguran los que me han informado y que conocen á vd. muy bien, que no tienen labios con que elogiarle. Segun eso, es vd. un militar como se ven pocos en nuestros dias, porque los artistas no se encuentran regularmente en el ejército. Ya se ve; vd. no es soldado de profesion, sino que ha tomado la espada para defender á su patria; ¿no es esto?

—Es verdad, señorita, no soy soldado de profesion, y en esta parte me declaro profano delante de Fernando. El sí que es soldado, y tan soldado, que ha comenzado su carrera cargando el fusil. No se ruborice vd., ¡vaya! eso no deshonra; ha sido sirviendo á la patria, y nada importa la clase cuando desde ella ha sabido vd. elevarse.

—No: yo no me ruborizo por esa causa, murmuró Fernando.

—¿Soldado raso? preguntó Mariana; es extraño. ¿Querria vd. explicarme por qué ha sido esto? No es lo comun que los jóvenes del nacimiento de vd. sienten plaza de soldados rasos.

—Señora.....balbutió Valle notablemente conmovido.

—Pero Mariana, no sea vd. indiscreta, se apresuró á decir Clemencia, estas cosas no se preguntan .....volvamos á lo del piano, que se nos olvida .....Ha de saber vd., Flores, que Isabel es una verdadera artista, conoce la música admirablemente, y en el piano es de una fuerza que se sorprenderá de encontrar en estas regiones apartadas.....

—¡Clemencia! interrumpió Isabel llena de rubor.....

—Hija mia, es la verdad: ¿para qué ocultarla? Tú lo niegas siempre, y es natural, porque antes que todo eres modesta; pero tus amigas tenemos orgullo en tu talento, y lo hemos de alabar debidamente.

—¡Oh qué fortuna, Isabel, qué fortuna! dijo con entusiasmo Enrique; este es un hallazgo, un tesoro..... es la dicha que nos sonrie en el camino del sacrificio.

—Clemencia, observó llena de vergüenza Isabel, tú tendrás la culpa de que el señor vaya á encontrarme espantosamente torpe..... ¿por qué eres así?

—Pero es la verdad, caballero, es la verdad, y vd. va á convencerse de ella..... Yo toco tambien; pero Isabel queda muy superior á mí. Y para que vd. pueda comparar, voy á sentarme al piano, despues tocará ella, y por último, esperamos que vd. nos confundirá á las dos; pero seremos las primeras en ofrecer flores al vencedor.

Y diciendo y haciendo, la encantadora morena se levantó de su asiento, y cimbrándose como un junco, se dirigió al piano. Enrique la acompañó, y á indicacion de ella, buscó en un aparador de madera de rosa el papel de música que deseaba, y permaneció de pié, á su lado, devorándola con los ojos.

Clemencia preferia todo aquello que estaba en armonía con su carácter, y en música desdeñaba lo puramente melancólico y tierno, así como se impacientaba con las elevadas é intrincadas combinaciones de la escuela clásica.

Ella necesitaba música enérgica para traducir los sentimientos de su alma ardiente y poderosa. Ne-

cesitaba el desórden, la inspiracion robusta y atrevida, el delirio en la armonía.

Verdi era el maestro favorito de Clemencia. El piano expresaba los arrebatos furiosos de la pasion bajo aquellas manos de diosa.

Enrique estaba subyugado, y se sentia, á su pesar, preso entre las mallas terribles con que parecia rodearle la magia irresistible de aquella mujer.

—Esto es inexplicable, se decia interiormente: ¡yo dominado! Pues esto no debe ser.

Fernando por su parte estaba en el colmo de la desesperacion. Habia notado en el hermoso semblante de Isabel las contracciones del dolor y de los celos. Cada vez que Clemencia se volvia hácia Enrique con su mirada de fuego y con su sonrisa de sirena, un ligero temblor agitaba el cuerpo de la angelical rubia, que unas veces apretaba convulsivamente el brazo del sillon en que se apoyaba, y otras parecia reprimir penosamente las lágrimas que los celos hacian asomar á sus ojos.

De modo que para Valle no era ya dudoso que Isabel amaba á Enrique. Esto le hacia reclinarse en su sillon, como desfallecido por el tormento. Jamás habia sentido en su corazon la cruel punzada

de los celos, aquel dolor le habia sido desconocido enteramente, y se preguntaba si no seria mas cuerdo para él, que habia pensado sacrificarse por la patria, retirarse de aquella casa, no volver á ver á su prima, y refugiarse en sus deberes de soldado, para escapar de los peligros de una pasion que acababa con sus fuerzas.

El era allí un condenado. Aquellas dos mujeres, tan hermosas como el mas hermoso ideal que él hubiera soñado en sus delirios de jóven, estaban pendientes de Enrique, de aquel siempre afortunado galan que no tenia mas que mirar para vencer; aquellas dos mujeres, tan adorables por su inteligencia y por su corazon, no tenian miradas mas que para el bello oficial, no tenian sonrisas sino para agradarle, no tenian elogios sino para envanecerle, no tenian lágrimas de fuego sino para sufrir celos por su amor.

Y en tanto á él, al pobre oficial, tan desgraciado desde su juventud, tan triste y pobre, y cuyo corazon acababa de abrirse despues de tantos años de sufrimientos, para pedir amor, amor, no como una recompensa, sino como un consuelo, á él, digo, ni una mirada, ni una palabra, ni un recuerdo. ¡Cosa extraña! estando allí presente, estaba tan olvidado

como si se hallase en la mas profunda de las grutas del mundo.

Entonces, apartando sus ojos de aquel cuadro que presenciaba en el salon, los fijó en una de las ventanas por donde se veia el sol, que al ponerse doraba las cúpulas lejanas y las copas de los árboles, y vió el cielo azul y limpio del invierno, y no escuchando ya nada de la música ni de la alegre conversacion que se tenia en su derredor, pensó dolorosamente que toda aquella luz, que toda aquella serenidad del cielo nada valian sin el amor, que es sol del alma, sin la esperanza, que es el cielo de la vida, y entonces vió horrible todo ese mundo que se revelaba á sus ojos por el estrecho espacio de una ventana, y..... una lágrima, que no fué bastante fuerte para reprimir, salió de sus ojos como una gota de fuego y corrió silenciosamente por su mejilla.

Apresuróse á enjugarla con la mano, y volviendo el rostro, á pesar de que nadie se hubiera apercibido de ella, y tornó con el alma al salon.

Enrique, embriagado, felicitaba á Clemencia por su talento, le decia mil cosas encantadoras, y la conducia sonriendo á su asiento.

—No sea vd. lisonjero, Enrique, porque no le

creeré á vd. Lo que yo toco, lo tocan mil medianías; eso no vale nada..... ahora va vd. á oir cosa mejor..... Isabel, vete al piano.

Isabel, ya repuesta y con semblante risueño y ruboroso, acompañada tambien de Flores, obedeció á su amiga y fué á buscar en el aparador un libro ricamente encuadernado.

XIV

Revelacion.

Era una coleccion de melodías alemanas.

Isabel eligió una muy á propósito para interpretar el estado de su corazon.

Era una de esas piezas en que la ternura y la melancolía están unidas á las mas difíciles combinaciones de la ciencia musical.

Enrique estaba conmovido y admirado. Isabel realmente era una artista, y una artista que habria brillado en el salon mas aristocrático de Europa.

La bella jóven no aumentaba el encanto de su música con las ardientes miradas ni las sonrisas de amor, como Clemencia. Atenta á la melodía, tenia fijos los ojos en algo invisible, y hubiérase dicho

que su alma vagaba en los abismos de la meditacion.

Pero despues de algunos momentos las dificultades de la ejecucion la volvieron al mundo real, y entonces un torrente de poderosas armonías salió del seno del piano, al contacto de aquellas manos de rosa, en las que nadie hubiera sospechado una agilidad y una fuerza tales como las que se necesitaban para desencadenar aquel huracán de notas.

Enrique se entusiasmaba gradualmente y manifestaba de mil modos su admiracion. Isabel, tocando, se habia trasformado de niña tímida y dulce que era, en un ángel seductor é irresistible. Sus hermosos ojos azules y oscuros, brillaban con el fuego de la inspiracion, su boca se entreabria con una leve sonrisa, su rizada y espesa cabellera blonda parecia agitada, y el esfuerzo hacia palpitar su seno, cuidadosamente cubierto, pero que Enrique devoraba con deleite.

El jóven no pudo mas, y en uno de los momentos en que las notas se apagaban lánguidamente, se inclinó hácia la bella artista, como para hacerle alguna indicacion, y murmuró en sus oidos estas palabras:

—Despues de esto, caer de rodillas y adorar á vd.

Isabel se turbó, se puso encendida, sus manos temblaron y la pieza se interrumpió bruscamente.

—¿Que te pasa, querida? le gritó Clemencia desde su asiento.

—Nada, contestó Isabel; escuchaba una observacion de Flores, que me ha obligado á interrumpirme.

—¿Acaso he ofendido á vd., Isabel, con mi indicacion humilde? preguntó Enrique inclinándose de nuevo.

—¿Ofenderme? ¡Dios mio! ¿por qué? Es una galantería de vd., que no acepto sino como una expresion de bondad.

—Como la expresion de mi alma...Isabel; estoy subyugado.....

—Déjeme vd. concluir...¿qué dirán?

La jóven concluyó la melodía, pero podia notarse que se hallaba agitada y que no habia ya aplomo en sus manos. Sobre todo, Fernando comprendió esto perfectamente.

Enrique la condujo á su asiento, al que llegó casi desfallecida.

—Esa música te fatiga mucho, Isabel; me da pena verte agitada así.....observó la señora.

—Esa música, dijo solemnemente Enrique, hace que esta encantadora niña tenga un lugar en los grandes santuarios del arte. La señorita tenia ra-

zon.....cuando se toca así, bien se puede ceñir la corona de artista. Esa frente de ángel está llamada á brillar con la luz de la gloria

—¡Caballero! interrumpió Isabel, me hace vd. mal, porque eso es demasiado.

—Isabel, yo no lisonjeo; en cuestiones de arte no tengo ese defecto, soy franco, y creo que entonces es cuando la franqueza demuestra cariño. Necesito anticipar á vd. que yo no puedo superar á Isabel. Quedo inferior á ella en muchos grados.

—Eso no es posible. Clemencia, mira á lo que me has expuesto con tus alabanzas; Flores casi se burla de mí.

—Pero ¡gran Dios! ¡burlarme yo!..... entonces vd. no conoce todavía su mérito, no sabe vd. á qué altura ha llegado, ó la excesiva modestia de vd. hace atribuir á burla lo que no es sino el grito de la admiracion sincera. Sobre todo, Isabel, ¿vd. me cree capaz de tamaña falsía?

—No, de ninguna manera; pero ¿qué quiere vd? soy provinciana, he carecido de buena escuela, y por mas grande que haya sido mi aplicacion, no puedo creer, no digo que sea artista, pero ni siquiera que esté exenta de enormes defectos. Y cuando oigo á una persona como vd., que está acostumbrada en

Europa y en México á escuchar tanto bueno, que conoce vd. tan bien la música y que se expresa de esa manera, supongo que desea vd. estimularme, y nada mas!

—Pues deseche vd. esa opinion; yo hablo la verdad, y cualquiera que como yo conozca algo el arte, dirá lo mismo. Ahí tiene vd. á Fernando; él no es músico, pero tiene un gran talento, y aun le supongo una exquisita sensibilidad; su voto quizás no le parecerá á vd. sospechoso como el mio; pregúntesele vd.....

Fernando estaba profundamente distraido, pero al oirse nombrar comprendió que se le pedia su voto.

—Yo soy profano enteramente en música, dijo, pero sé sentir y admirar, y si se ha de juzgar por lo que he sentido, estas dos señoritas conocen el secreto de conmover el corazon.

—Hé aquí una bella manera de eludir un fallo enteramente justo, dijo Clemencia sonriendo: vd. no habla con sinceridad, Valle, tal vez por temor de ofenderme; pero ¿no me ha oido vd. antes juzgarme á mí misma? Ni por un momento pretenderia yo competir con Isabel. Ella es la artista, y vd. lo conoce, lo ha sentido perfectamente, porque mientras ella tocaba, yo estaba observando á vd., y compren-

dí que se hallaba trasportado á otros mundos. Solo los artistas producen esos efectos, solo los artistas conmueven tan profundamente, solo los artistas hacen llorar; porque vd. ha llorado.

—¿Yo? preguntó Fernando ruborizándose.

—Vd. me perdonará esta indiscrecion; pero yo he visto á vd. volver el rostro para ocultar una lágrima que inmediatamente se ha apresurado vd. á enjugar.

—¿Ha llorado? preguntaron Mariana é Isabel con cierto interes.

—Lo que yo tocaba, tal vez le recordaria á vd. á alguna amiga de México. No hay como la música para avivar los recuerdos.

—Pero si no es eso, replicó Fernando, yo no tengo nada que recordar.....

—Le confieso á vd. Valle, le dijo á media voz Clemencia, que tengo gran curiosidad de conocer la vida de vd. En ella debe esconderse algun misterio del corazon, que debe ser interesante, y que seguramente es la causa de esa tristeza profunda que manifiesta vd. en todo.

—Señorita, mi pobre vida carece de sucesos que puedan excitar el menor interes, nada hay en ella de bueno, ni de malo..... nada; sufrimientos vul-

gares con los que no se puede hacer una historia....

—Vd. ha amado..... indudablemente.

—No; nunca.

—Bien; ya hablaremos de eso, y añadió volviéndose con vivacidad á Flores que hablaba con Isabel; ahora le llega á vd. su turno..... deseamos oir á vd.

—Señoritas, ¡qué contrariedad para mí! respondió el oficial, consultando su magnífico reloj de oro; son las seis, á las seis y media tenemos una junta de honor de grande interes, y ni Fernando ni yo podemos faltar: ¿no es verdad, Fernando?

—Así es, contestó este levantándose.

—De modo, dijo Isabel, que nos priva vd. del placer de oirle hoy.

—Este placer seria poco; repito á vdes. que habiéndolas oido, me confieso mil veces inferior; pero de todos modos, mañana tendré el honor de hacer conocer á vdes. mis decantados talentos en la música; mañana soy de vdes. toda la tarde y la noche.

—Muy bien, dijo Clemencia; y siendo así, con permiso de mis amigas tendremos la *soirée* mañana en casa. Mis amigas me acompañarán, yo presentaré á vd. á mi familia y á otras personas, y nos distraeremos..... Fernando; supongo que vd. acompañará á su amigo, ¿no es verdad? Allí hablaremos de eso.

—Arreglado; mañana no faltaremos.

Los dos jóvenes se despidieron. Pudo notarse que entre Isabel y Flores existia ya esa dulce inteligencia del amor comprendido, que es como el preliminar de la confianza, mientras que para Fernando la rubia no tenia mas que una mirada llena de urbanidad, pero fria.

Clemencia, al contrario, se despidió de Enrique con la mas amable, pero con la mas indiferente de las sonrisas, y manifestándole una alegre confianza, que es como la moneda corriente de las coquetas; pero al dar la mano á Fernando que se la tomaba con el mayor respeto, se la apretó ligeramente y le bañó con una mirada tan ardiente, tan lánguida, tan terrible, que el jóven á su pesar se sintió turbado, y su corazon palpitó, como el dia en que la vió por primera vez.

Clemencia, además, le dijo dulcemente estas palabras que parecian prometerle un mundo de ternura:—Hasta mañana, Fernando!

Cuando este y Enrique se encontraron en la calle, el alegre libertino dijo á su amigo, que caminaba siempre taciturno:

—Nos habiamos equivocado, chico, nos habiamos equivocado redondamente, y tanto á vd. como á mí

nos habia engañado el corazon; cosa nada rara por cierto, al menos en mí, puesto que yo nunca entiendo el lenguaje del mio, si es que lo tiene. Creí que pudiera serme indiferente la hermosa prima de vd.; creí que vd. se haria amar de ella á fuerza de talento y de pasion; creí que Clemencia, la de los ojos negros, estaba mas lejos de vd. que de mí, porque estas naturalezas enérgicas y magníficas me pertenecen de derecho; todo esto creia yo; pero hé aquí que nos hemos equivocado. Me parece que amo á Isabel, al menos que me inspira algun cariño; me parece que ella me ama todavía mas, me parece que vd. nunca llegaria por este motivo á abrirse una puerta en ese corazon de ángel, y por último, me parece que la sultana se insinúa con vd. de una manera que no deja lugar á la duda.

—¿Cree vd.?

—Es claro: las mujeres como ella no esperan, se adelantan; no se conceden, permiten..... eso está muy conforme con su naturaleza de reinas. Son como los soberanos en los países monárquicos; ellos dicen la primera palabra, ellos interrogan, y les pareceria rebajarse si por acaso se vieran obligados á responder. Vd. no conoce á las mujeres en sus diferentes fases. Las hay que mueren de amor, pero

que no son capaces de revelar con una palabra, con una mirada, la pasion que las devora: á esta clase pertenece Isabel. A estas es preciso responderles, adivinarlas, leer en el libro de su semblante y abrir su corazon con la llave de la primera palabra. Entonces sabe uno cuánta pasion se encierra en esos volcanes que, como decia D. Pedro Calderon del *Mongibelo*, *ostentan nieve y esconden fuego*.

Pero hay mujeres tambien cuyo carácter impetuoso no les permite disimular la mas ligera afeccion. Apenas les inspira simpatía una persona cuando se apresuran á revelársela, hasta con exageracion; apenas les antipatiza otra, cuando le manifiestan odio. Se diria que su temperamento dominador no admite oposicion, y que desean hacer saber lo que sienten, á la persona amada ó aborrecida, como un mandato y no como una revelacion, como un precepto para no ser contrariadas. A esta clase pertenece Clemencia.

Desde luego ha insinuado á vd. su predileccion, como una órden para que se la ame. Cuidado con desobedecerla; seria capaz de aborrecer á vd.

—Pero es el caso que yo no puedo amarla.

—¡Oh! sí podrá vd., Fernando, sí podrá vd. A una mujer tan hermosa como esta, lo dificil, lo im-

posible es no amarla. Es demasiado encantadora para que el corazon de vd. pueda permanecer indiferente.

—Pero vd. no sabe que la que me inspira no sé si amor, pero sí un ardiente cariño, es Isabel?

—Sí, lo sé; pero en primer lugar, vd. no se habia fijado aún en Clemencia; la atencion de vd. se habia detenido en su prima. Luego sucede, como está vd. mirando, que Isabel no puede amar á vd., porque yo soy el afortunado mortal que he logrado inspirarle simpatía, y á vd. le consta que sin pretenderlo, sin procurarlo..... estos son los caprichos de la fatalidad. Pues bien; vd. comprende ya que Isabel no está al alcance de su mano. Como hombre sensato, y sobre todo, como hombre de mundo, es preciso abandonar el antiguo propósito, hoy que aun es tiempo, porque la verdad es que lo que vd. siente no es todavía amor; en tres dias no puede haber amor, y si le hay, porque en efecto, las mil y un novelas que leemos nos presentan frecuentes casos de estas pasiones súbitas, es fácil de olvidar. Lo que se olvida con trabajo, lo que cuesta sendos dolores, lo que despedaza el corazon, es perder al objeto amado durante mucho tiempo. De modo que vd. olvidará á Isabel, y tanto menos le costará á vd.

este sacrificio, cuanto que la bella, la divina morena, esa mujer que haria feliz á un D. Juan, le abre á vd. los brazos y le sonríe con todas las promesas de un amor ardiente y embriagador. ¡Cuán dichoso va vd. á ser, Fernando! Usted, naturaleza casta, soñadora y triste, encontrándose de repente á las puertas de un paraíso oriental, guiado por una hurí que devora á vd. con la mirada de sus ojos negros, que le embriaga con su aliento de rosa, que le va á matar con sus caricias de fuego! Vamos, hombre, ¿se creerá vd. desdichado con esta perspectiva?

—Pero Isabel.....

—Isabel no ama á vd., hé ahí la cuestion. ¿Iria vd. á alimentarse de desdenes? ¿Querria vd. apurar las tristes voluptuosidades del amante despreciado? Eso seria una insensatez. Isabel es mia, no sé si lo sienta ó me alegre de ello, porque me habia hecho ya la ilusion de ser feliz por unos dias, embriagándome en el mar de deleites que promete el amor de esa reina de Jalisco, de esa flor de la Andalucía de México. Voy á tener que luchar con el carácter sentimental, melancólico, lleno de timidez de esta especie de inglesa naturalizada en Guadalajara. Pero le confesaré á vd. que esta tarde me he sentido tocado, y aun me pregunto: ¿seré capaz de

amar? Pues bien, sí; yo creo que amaré á Isabel, y de ese modo mi nuevo amor será mi talisman en la guerra, será mi esperanza, será la palabra sagrada que escriba en una bandera que sigo por orgullo, pero sin esperanza..... tendré un ángel bueno en este lugar á que nos ha traido y en que nos mantendrá la guerra.

De manera que, hijo mio, tenemos que hacer un cambio de posicion. Yo amaré á Isabel, y vd. tomará el camino que le abre ya el carácter impetuoso de una mujer irresistible. ¿Se acepta?

—Enrique, dijo Fernando con profunda tristeza y suspirando, veo que no tiene remedio, mi prima prefiere á vd. Seria yo un insensato si me atravesara. No creo que Clemencia abrigue simpatía por mí, á pesar de sus palabras y de la opinion de vd. Pero sí me alejaré de la que no me ama, y frecuentaré á aquella á quien no me siento capaz de amar, pero que siquiera no me verá con disgusto á su lado.

—¡Pícaro! vd. va á ser el mas dichoso de los hombres. En cuanto á mí, ya me figuro que voy á pasar la mayor parte de los pocos dias que nos restan en Guadalajara, oyendo y tocando melodías alemanas, y viajando en alas del alma de una vírgen, por los espacios nebulosos de un mundo ideal. ¡Lo

ideal! Dios libre á vd. de esta monomanía.... . Clemencia al menos no tiene alas, y ella curará á vd. de sus propensiones infantiles y poéticas. Esa mujer es Cleopatra y no Julieta.

—Pues bien, sea, y que los augurios que sentí dentro de mí al ver á esa mujer tan linda, se realicen.....no la amaré; ¡pero la estudiaré!

Los jóvenes llegaron á su cuartel y se ocuparon despues en los asuntos de su junta de honor. Fernando estaba preocupado; realmente aquella última mirada de Clemencia, aquel *hasta mañana, Fernando*, no podian borrarse de su memoria. Decirle á él *Fernando* con tal confianza, ¿era una insinuacion? Por lo menos era una indicacion de que era preferido, de que no era antipático.

Por la primera vez se veia tratado bien por una mujer. Por la primera vez se habia fijado una mirada ardiente y amorosa en sus ojos, y por la primera vez tambien, una mujer hermosa le habia hecho con interés esa pregunta que siempre agrada al hombre cuando la dirigen unos labios de granada: *¿Ha amado vd. alguna vez?*

Esa noche, despues de la junta y de la cena, mas alegre que de costumbre, Fernando se acostó en su catre de campaña, mas contento que nunca, y des-

pues de estar pensando un momento, se durmió y soñó con la sultana de Guadalajara, la de los ojos y cabellos de azabache, de boca rosada y de dientes de perlas.....

La dulce jóven de blondos cabellos y de ojos azules se habia eclipsado en su imaginacion.

Así en la juventud y en los dulces tiempos en que se despiertan en el corazon los primeros amores, en esas auroras del alma en que comienza á iluminarse para nosotros el cielo de la esperanza, las imágenes se suceden á las imágenes, con la misma facilidad con que las nubecillas atraviesan el espacio en una mañana de primavera.

XV

Un salon de Guadalajara.

Trasladémonos ahora, de noche, á una casa aristocrática de Guadalajara, situada en la calle mas lujosa y mas céntrica de aquella ciudad, la calle de San Francisco. Allá, como en México, la iglesia del seráfico fraile presidia al barrio mas encopetado y rico de la poblacion.

En esta calle viven las familias opulentas, las que reinan por su lujo y por su gusto.

Atravesaremos la gran puerta de una casa vasta y elegante, en cuyo patio, enlosado con grandes y bruñidas piedras, se ostentan en enormes cajas de madera pintada y en grandes jarrones de porcelana, gallardos bananos, frescos y coposos naranjos, y li-

moneros verdes y cargados de frutos, á pesar de la estacion; porque en Guadalajara, inútil es decir que no se conoce el invierno, y que no se tiene idea de una de estas noches que pasamos en México en Diciembre y Enero, tiritando, y en las cuales, por mas hermosas que sean, *la luna, pálida de ira, humedece el aire y va derramando reumatismos por donde quiera*, como dice Shakespeare.

No: en Guadalajara, en los meses del invierno, las plantas y los árboles no pierden su ropaje de verdura, ni las flores palidecen, ni las heladas brisas vienen á depositar sus lágrimas de nieve en los cristales de las ventanas.

Se siente menos calor, eso es todo, y los árboles se renuevan, segun las leyes de la vegetacion; pero la hoja seca cae impulsada por el renuevo que inmediatamente asoma su boton de esmeralda en el húmedo tronco.

Así, pues, los naranjos, los limoneros y las magnolias del patio, que estaba perfectamente iluminado, se ostentan con toda la frescura y lozanía de la primavera.

Una fuente graciosa de mármol, decorada con una estátua, se levanta en medio, y alzándose apenas dos piés del suelo, salpica con sus húmedas lluvias una

espesa guirnalda de violetas y de verbenas que se extiende en derredor de la blanca piedra, perfumando el ambiente.

Aquello no es un jardin; pero es lo bastante para dar al patio un aspecto risueño, alegre y elegante.

Se sube al piso superior por una escalera ancha, con una balaustrada moderna, y cuyos remates y pasamanos de bronce son de un gusto irreprochable.

Cuatro corredores anchos, y tambien cubiertos con tersas losas de un color ligeramente rojo, se presentan á la vista al acabar de subir la escalera, y forman un cuadro perfecto en el piso principal. El techo de estos corredores, cuyo cielo raso está pintado con mucho arte, se halla sostenido por columnas de piedra, ligeras, aéreas y elegantes, que aparecen adornadas con hermosas enredaderas. Y en los barandales de hierro y al pié de ellos se encuentran dos hileras de macetas de porcelana, llenas de plantas exquisitas, camelias bellísimas, rosales, mosquetas, eliótropos, malva-rosas, tulipanes y otras flores tan gratas á la vista como al olfato. Y jaulas con *centzontlis*, con jilgueros, con clarines, con canarios, entre las cortinas que forman la flor de la cera y la ipómea azul, y hermosos tibores del Japon conteniendo alguna planta mas exquisita

todavía, y peceras de cristal y surtidores de alabastro, y pequeñas estátuas de bronce representando personajes mitológicos, y grandes grupos en bajorelieve en las paredes, todo esto aparece á la luz del gas encerrado en fuentes de cristal en aquella casa, revelando tanto la opulencia como el gusto.

Los corredores son jardines en miniatura. Uno de aquellos corredores conduce al salon, al que se entra despues de atravesar una amplia y magnífica antesala amueblada lujosamente.

El salon es una pieza en que se respira desde luego ese perfume que no da el dinero sino el buen gusto, es decir, el talento.

¿Conocen vdes., en México, salones de familias opulentas? Pero no esos en que una fortuna insolente ha procurado aglomerar sin discernimiento, sin gracia, muebles sobre muebles, cuadros sobre cuadros, lámparas, columnas, consolas, jarrones, clavos dorados, tapetes, mesitas chinas, muñecos ridículos, etc., etc., formando todo aquello el aspecto de un *bazar de muebles*, el caos á que solo da órden la inteligencia, y en cuyo centro se encuentra uno tan mal, tan á disgusto, tan deseoso de maldecir, como en la trastienda de una casa de abarrotes, como en la bodega de un judío usurero, esperando,

en fin, por momentos, ver aparecer á *Mr. Jourdain, el Bourgeois gentilhomme de Molière* haciéndose el personaje de *qualité* y preguntándole á uno qué le parecen sus muebles.

No: yo hablo de los salones elegantes por su buen gusto.

Pues bien; como el mas elegante de esos, es el que vemos en Guadalajara. De seguro pertenece, dice uno al verle, á una familia muy rica, pero que tiene talento. A ese salon, que es el de la familia de Clemencia R*** se dirigieron los dos jóvenes oficiales, la noche siguiente al dia en que habian estado en casa de Isabel.

—Me parece que vamos á pasar una tarde y una noche deliciosas, dijo Flores á su amigo. Aquí hay aristocracia, chico; aquí no es la modestia graciosa de la casa de Isabel, sino la opulencia del dinero, juntamente con el buen tono. Ya lo ve vd., este es el palacio de su reina. Forme vd. idea de su carácter por todo esto.

—Casi me arrepiento de venir, respondió Valle; yo no estoy acostumbrado á estas reuniones ni á este lujo.

—¿Vd?..... Pero hombre, ¡vd., nacido en una casa tan opulenta como esta!

—¿Y qué importa? ¿Acaso la conozco? ¿acaso me he criado en ella? Entonces, vd. no sabe que desde mi infancia soy hijo de la miseria? Yo creo que me ruborizaria aun delante de mi madre si la viera en su salon de México.

Enrique y Valle penetraron en el salon, en donde su llegada causó un silencio de algunos segundos. Se les esperaba, y hallábase reunida allí una sociedad selecta y distinguida. Habia una docena de bellísimas jóvenes, otros tantos caballeros, y la familia toda de Clemencia esperaba á los oficiales con cierta ansiedad. Por supuesto Mariana é Isabel eran de la compañía.

La encantadora morena presentó los dos amigos á su papá, anciano respetable y vigoroso todavía, un personaje notable, no solo por su fortuna y talento, sino todavía mas por la cualidad rara de ser un buen patricio y de odiar por consiguiente la dominacion francesa, que pronto iba á extenderse hasta aquellas regiones.

La madre de Clemencia era una matrona, bella todavía como Mariana, y amable hasta el extremo. Clemencia era la hija única de aquella familia afortunada.

Despues los oficiales fueron presentados á todas

las bellas señoritas de la reunion, y que pertenecian á las mas distinguidas familias de Guadalajara.

Enrique fué acogido con las marcadas pruebas de simpatía que su gallarda presencia y la finura de sus modales le procuraban siempre; pero Fernando fué recibido como es recibido el ayudante despues de su general, como es recibido el pobre despues del rico, ó como era recibido antiguamente el paje despues del príncipe, con urbanidad, pero friamente. Al verle las hermosas que aun sonreian siguiendo con la mirada al apuesto comandante, se ponian sérias y apenas se dignaban otorgarle una inclinacion de cabeza protectora. Isabel misma le saludó con cierta frialdad, acabando de dirigir á Enrique algunas palabras de tierna confianza.

El jóven se habria desmoralizado, si Clemencia con su franqueza característica no se hubiera dirigido á él, y poniendo uno mano entre las del pobre oficial, no le hubiese dicho:

—Esperaba á vd. con impaciencia, Fernando; desde las dos de la tarde los minutos me parecian siglos; en cambio, de hoy en adelante las horas me van á parecer segundos; vamos á platicar mucho, ¿no es verdad? Dejaremos á los artistas lucir sus habilidades en el piano, y nosotros hablaremos de

los asuntos del corazon. Vamos á ser amigos, no lo dude vd.

La conversacion se animó luego, Enrique llegó á ser el centro de ella, y las bellas estaban pendientes de sus labios, como le sucedia siempre.

Pero el piano, un soberbio piano de Pleyel aguardaba, y despues de un rato de amena conversacion en que Enrique supo ganarse la confianza, la simpatía de sus oyentes hermosas y de sus oyentes graves, á instancia de Clemencia fué á tocar.

Para él era indiferente cualquiera música, la ejecutaba por dificil que fuese; pero él preguntó á sus amigas Clemencia é Isabel, y ambas le señalaron una magnífica pieza alemana sobre temas de *Sonámbula*.

Enrique alcanzó un triunfo completo.

Era artista en toda la extension de la palabra, y el piano obedecia á sus dedos como un ser inteligente.

Aquí, aun se recuerda á este hermoso jóven, como á uno de los mejores ejecutistas mexicanos, y en Paris obtuvo no pocos triunfos en los salones. Pudo haber llegado á ser un gran artista; pero demasiado rico para contentarse con estos laureles que solo halagan la ambicion del pobre, pronto abandonó al arte para dedicarse á los placeres del amor y á los trabajos de la política.

Todo el mundo convino, sin embargo, esa noche, en que era apenas superior á Isabel; y el mismo Flores volvió á confesarse inferior á la blonda hija de Guadalajara, quien, decia él, le aventajaba en expresion, en sentimiento, y sobre todo en edad; pues era seguro que cuando llegara á la que él tenia, Isabel no tendria rival.

Fué ella, acompañada de Enrique, á mostrar los prodigios de su habilidad, despues ocuparon aquel asiento otras señoritas, de nuevo Flores arrebató con su asombrosa ejecucion, varias amigas de Clemencia cantaron en seguida, mientras que esta, enseñando sus *albums* á Fernando para tener pretexto de de hablar con él, procuraba en vano arrancarle los secretos de su vida. Valle se encerraba en una reserva que no era posible romper; pero desfallecia al sentir aquella mirada magnética que tanta influencia tenia en su ánimo, y sentia palpitar su corazon á cada palabra que le dirigia con su acento de sirena aquella mujer encantadora.

Clemencia empleaba todo género de seducciones para fascinar y vencer aquella naturaleza demasiado débil para luchar con ella. Fernando se sentia subyugado.

Clemencia conocia á fondo el arte de mirar y de

sonreir, sus ojos sabian languidecer como fatigados por la pasion, y mirando así, trastornaban el alma del pobre jóven; su boca, sobre todo, tenia ese no sé qué irresistible que solo las coquetas de buen tono saben usar, la sonrisa de Eva, infantil y cariñosa, el temblor de labios, como si la emocion los agitara, y luego, aquellos labios rojos y sensuales, aquellos dientes de una blancura deslumbrante, aquellos suspiros que parecian arrancados á un pecho próximo á estallar, aquel acento turbado y á veces cortado y brusco..... todo aquello era nuevo, era sorprendente para Fernando, que no conocia á la mujer sino de lejos, y que no estaba en guardia contra las armas mortales de una sirena del gran mundo.

—Se conoce que vd. ha sufrido mucho, Fernando, decia Clemencia al oficial, inclinándose para enseñarle los versos de un album junto á una mesa apartada del centro de la reunion; yo tambien he sufrido, y se lo digo á vd. para darle una leccion de franqueza.

—¿Vd. sufrir, señorita?..... Vd. tan bella, tan rica, tan jóven.....

—¡La belleza!... el dinero!.... la juventud! ¿Cree vd. que todo eso dé la felicidad? ¿y el corazon?

—¿Ha tenido vd. desengaños, han sido ingratos con vd.?

—Ah! no!..... yo no he amado nunca, me han cortejado mucho; pero han sido tan frívolos, tan necios todos mis adoradores.... que viviendo en medio de ellos, he vivido en el desierto..... Se me acusa de coqueta, aquí en Guadalajara, donde la maledicencia es el pan cuotidiano; pero no encontrará vd. á nadie que pueda asegurar que ha obtenido de mí ninguna prueba de afecto... mi corazon ha permanecido siendo de nieve.

—¡Qué feliz es vd. señorita!

—Fernando, no me diga vd. *señorita*, dígame vd. Clemencia: ¿qué, en México tardan tanto los amigos en llamar á uno por su nombre? Esto de *señorita* me parece que está bueno para tratar á una compañera de viaje ..... ¿me volverá vd. á decir *señorita?*

—¡Oh, no!..... es demasiada dicha la de tener el permiso de dar á vd. su hermoso nombre, para que yo no me apresure á disfrutarla.

—No; dicha no es precisamente; pero me será grato oirme llamar así por vd..... hay tantos estúpidos que me tratan con familiaridad, que me parece una compensacion, que vd. use de un privi-

legio que yo le otorgo con gusto; y es la primera vez que yo le otorgo..... si señor, los demás se lo han tomado ellos mismos.

—¡Clemencia, me enloquece vd!

—¿Por qué? dijo la jóven, levantando dulcemente sus ojos negros y ardientes, hasta fijarlos en los de Fernando, que temblaba de emocion..... ¿Le hago á vd. mal?

Fernando iba á responder tal vez una necedad, cuando el padre de Clemencia invitó á todos á tomar el té, que se hallaba servido en una pieza inmediata.

—Se sienta vd. junto á mí, Fernando, si es vd. tan amable.

—Tan feliz, puede vd. decir, Clemencia.

Y Valle ofreció á la hermosa sultana su brazo, en que ella se apoyó con dejadez y confianza.

XVI

Frente á frente.

Casual ó intencionalmente, Clemencia tomó asiento frente á Isabel que estaba acompañada de Enrique.

Isabel se hallaba en el colmo de la felicidad. Algo habia pasado entre la bella rubia y el galante oficial, alguna palabra habia acabado por fin de romper los diques de la reserva, pues que los dos jóvenes parecian entenderse ya perfectamente, y reinaba entre ellos la mas dulce confianza.

Para Clemencia esto era claro como la luz, y á la primer ojeada conoció que su amiga habia ya obtenido el triunfo sobre ella.

Para Fernando tampoco hubo duda; pero preocupado como estaba con las palabras de Clemencia,

y sintiendo en su corazon arder una nueva llama, mas poderosa todavía que la que se habia extinguido, apenas prestó atencion á lo que pasaba á su frente.

—Enrique tenia razon, decia para sí; era fácil olvidar; héme aquí enamorado ya de Clemencia. Yo siento que el poder de esta nueva pasion es mas fuerte, y que comienza subyugando todo mi ser: no es el amor dulce que me inspiraba mi prima, sino un amor irresistible, grande, que me anonada, que me encadena! .....

Y como Clemencia procuraba acabar de encender la hoguera con sus miradas, con sus sonrisas y con esas mil coqueterías que una mujer hermosa puede poner en juego en semejante ocasion, Fernando estaba perdido. Una vez que este la sirvió vino, ella se apresuró á detenerle para que no llenase su copa, y puso su mano sobre la del oficial, apretándola ligeramente.

—No tanto, Valle, no tanto, le dijo: hoy perderia yo la cabeza fácilmente.

—¿Se siente vd. mal?

—Al contrario ..... pero la dicha pone la cabeza débil.

—Y vd. opina como Clemencia, Isabel? preguntó Flores.

—Ah, sí! enteramente.

—¿Y siente vd. tambien la cabeza débil?

—Muy débil.

Enrique pagó esta respuesta con la mas ardiente de sus miradas; pero Fernando palideció de una manera espantosa. Acababa de observar que Clemencia habia dirigido á su amiga una mirada de celos, rápida como el pensamiento y terrible como el rayo.

Pero apenas tuvo el tiempo de fijarse en esto, porque Clemencia se volvió hácia él y le preguntó sonriendo cariñosamente.

—Ha visto vd. al entrar mis flores, Fernando?

—Sí, Clemencia, de paso; y he notado que son exquisitas.

—Tengo camelias admirables, mis violetas son preciosas; pero sobre todo, tengo algunas flores raras que quiero mucho. Frente á la puerta de una de mis piezas hay una planta en un tibor del Japon, que yo cuido con esmero y que florece de tarde en tarde. Hoy en la mañana se ha abierto una flor hermosísima, roja y perfumada, que no tiene igual, y que deseo que vd. vea.

—Con mucho gusto.

Y que yo ofreceré á vd., para que la conserve en recuerdo mio .... y para que no olvide vd. la noche en

que nos ha honrado visitándonos por primera vez.

—Señorita, respondió Fernando con cierta sequedad, es una prueba de distincion que no merezco y que me haria muy dichoso; pero flor tan querida de vd. debe quedar en la planta, cuyo cultivo tantos afanes le cuesta, ó debe ser ofrecida á la persona que vd. ame, y que tal vez no la ha comprendido é ignora cuánta ternura, cuánta pasion abriga el corazon de vd..... Yo me contentaré con algunas violetas, estas flores nacen y viven en un lugar que está en analogía con el que ocupo regularmente en el afecto de las personas que me conocen: y créame vd.; ya será bastante dicha para mí.

—Pero qué es eso, Fernando? replicó la hermosa jóven con un acento de dulce reconvencion; ¿qué quieren decir todas esas palabras que parecen dictadas por un sentimiento injusto? ¿Que debo ofrecer esa flor á la persona que no me ha comprendido y que ignora cuánta pasion abrigo por ella? ¿Quién es esa persona, dígame vd.? Si hubiere álguien á quien yo amara, y se mostrara desdeñoso ó no me comprendiera; y vea vd. que yo olvido las preocupaciones vulgares y soy franca, por eso me acusan; si hubiera álguien así, repito, le aborreceria á los pocos instantes de haber pensado en él. ¿Que ocu-

pa vd. un lugar semejante al en que viven las violetas, es decir, un rincon humilde, en el afecto de los que le conocen? Esto le habrá pasado á vd. en otra parte; pero en esta casa es preciso que sea vd. ingrato para que lo crea así. Mire vd., Fernando, si no aceptase vd. esa flor que le he ofrecido, delante de vd. arrancaré la planta, porque me seria inútil y me recordaria una amarga repulsa.

Clemencia dijo todo esto en voz baja, pero con tal vehemencia, con tal pasion, con voz tan turbada y tan dolorosamente tierna, que Fernando volvió á creer que era amado, y no se acordó ya de la mirada celosa que la jóven habia dirigido á Isabel.

Esta y Enrique, que se hallaban tan próximos, escucharon todo.

Clemencia se hallaba agitada de una manera febril, y ponia un cuidado exquisito en no ver á los que estaban á su frente.

Trajeron el *champagne;* pero Clemencia, pretextando que no queria tomar ese vino y que preferia respirar aire fresco y enseñar á Fernando, que era muy instruido en botánica, sus flores, le suplicó que la acompañase.

Fernando lo hizo y se dejó conducir como un niño.

XVII

La Flor.

Salieron á uno de los corredores. Las lámparas de cristal apagado derramaban una luz suave sobre aquel encantado lugar. El perfume de las magnolias, de las violetas y del azahar del patio, y el de los eliótropos y de las madreselvas del corredor, embalsamaban la atmósfera completamente. Aquello era un jardin encantado, un paraíso.

Clemencia condujo á Fernando hasta donde estaba un soberbio tibor japonés, sobre un pedestal de mármol rojizo, frente á una puerta abierta y que dejaba ver al través de sus ricas cortinas una pieza elegantísima, é iluminada tambien suavemente por una lámpara azul.

—Aquí está mi planta querida, es una tuberosa de la mas rara especie..... vea vd. qué hermosa es y qué rico aroma tiene. Aunque el invierno aquí no es nada rigoroso como vd. lo conoce, cuesta siempre trabajo conservar esta planta, que vive mejor en la primavera: por eso la estimo mas hoy. No encontraria vd. en todo Guadalajara un ejemplar igual. Y vea vd., esta flor se abre en la mañana, pero todavía mas en la noche, y está mas perfumada.

—En efecto, es divina esta flor.

—Pues bien; va vd. á guardarla.

—¿Qué va vd. á hacer, Clemencia?

—A cortarla; ¿no he dicho á vd. que iba á ofrecérsela?

—Pero vea vd. que es una lástima, niña.

—¿La rechaza vd. de nuevo? ¡Arranco la planta!

—¡Oh, no!..... pero ¿cómo agradecer? ....

—¿Cómo? guardando esta flor junto al corazon de vd., como una reliquia y como un talisman; la da el cariño, y la honrará el valor; guárdela vd., Fernando.....

Y Clemencia la ofreció con las mejillas llenas de rubor, á Valle que la tomó temblando, la llevó á sus labios y la colocó en un ojal de su levita.

Clemencia se quitó un pequeño alfiler de oro y

clavó con él la tuberosa que no podia afirmarse en el ojal. Sus bellas manos temblaban tambien, y como la levita estaba naturalmente abrochada al estilo militar, sintieron perfectamente los fuertes latidos del corazon de Fernando, que parecia próximo á estallar.

El jóven perdia la cabeza. Sentia junto á su rostro los cabellos sedosos y perfumados de Clemencia: devoraba con sus ojos aquel cuello blanco y hermoso que no distaba de sus labios sino algunas pulgadas; oía tambien los latidos apresurados de aquel corazon virginal y ardiente, que se confundian con los del suyo. Las manos de aquella mujer encantadora oprimian su seno, su aliento le abrasaba!.....

Esto le parecia un sueño, y estaba próximo á desfallecer.

Los labios se abrieron para pronunciar yo no sé qué palabras atrevidas y locas..... pero apenas pudieron murmurar agitados y trémulos:

—¡Clemencia, piedad!

Clemencia fijó en él sus ojos negros y abrasadores, y ocultando en seguida el semblante volvió á tomar el brazo del jóven y le obligó á dar algunos pasos.

—Tal vez sin pensar en ello, le dijo, he hecho

romper á vd. un voto ó he profanado un recuerdo querido. Tal vez el pecho de vd. es un altar sagrado en el que solo alguna ausente tiene el derecho de poner flores..... ¡soy una loca!

É inclinó la frente con tristeza.

—No, Clemencia, no..... yo juro.....

—Pero he preguntado á vd. en vano su secreto; vd. no me ha creido quizás bastante digna de saberlo.

—Mi secreto es, Clemencia, que he sido siempre infeliz; que jamás un ser piadoso se ha dignado bajar hasta mí los ojos; que he cruzado la vida siempre triste, solitario y desdeñado; que sintiendo una alma fogosa y tierna, jamás he creido que nadie pudiese aceptar mi amor, y que vd. es el primer ángel que aparece en mi camino tenebroso y maldito; que las palabras de vd. han penetrado en mi corazon y han hecho nacer en él un sentimiento desconocido, dulce, poderoso, que ha crecido en minutos y que me abrasa. Que desconfiado, como todo infeliz, he creido que me hacia vd. el juguete de un extraño capricho; que al ver á Enrique frente á nosotros esta noche, á Enrique, con quien no puedo compararme, que es tan hermoso, tan seductor, tan espiritual, he sentido..... celos, ¿para qué lo he de

ocultar? y que he querido huir de esta casa donde sufria yo tanto. Ahora mismo esto me parece un sueño. Hé ahí mi secreto.

Clemencia se estremeció al oir nombrar á Enrique; pero disimulando su emocion, replicó:

—¡Qué niño es vd., Fernando! ¿Y pudo vd. creer que yo fuese una coqueta sin corazon que quisiera hacer de la alma noble, desgraciada y generosa de vd., el juguete de un capricho indigno? ¿Qué me importan la hermosura, la gallardía y la seduccion del amigo de vd.? ¿Cree vd. que yo soy de las que prefieren eso á las dotes del alma? Desde la primera vez en que ví á vd. en casa de Isabel, establecí perfectamente la diferencia que hay entre vd., hombre de corazon y de talento, y Flores, que me parece un galan de oficio, sin alma, y cuyo espíritu ligero y alegre, va revelando una vida gastada en los galanteos y los placeres. No me juzgue vd. mal, Fernando, ni crea vd. que soy la *coqueta* casquivana á quien calumnian en Guadalajara. Soy franca, desdeño las reservas de mi sexo, tengo una educacion especial, una independencia de carácter que me permite reirme del *qué dirán* y hacer siempre lo que me inspira el corazon. Hace tres dias que conozco á vd., y esto me basta..... Pero ahí viene Flores:

Fernando, mañana estará marchita esa flor, pero yo la haré revivir con la savia del cariño.....

Enrique se acercó entre envidioso y alegre.

—Clemencia, ¿nos quiere vd. privar de su presencia en el salon? Se va á bailar; ¿podré contar con alguna pieza?

Clemencia afectó mirar á Fernando, como interrogándole.

—Comprendo, dijo Enrique, queria vd. preferir á mi pobre Fernando; pero debo anticipar que este no baila nunca.

—¿Es posible, Valle? ¿vd. no baila?

—En efecto, Clemencia, no sé bailar..... y anuncio á vd. que Enrique es un walsador terrible.

—Pero Isabel?

—Me ha dado ya la primera contradanza, despues se tocará un wals..... ella misma le tocará, me lo ha prometido, es un wals de Strauss ¡un delicioso wals de Strauss!

—Bien, cuente vd. con él.

—Gracias, hermosa niña. Pero, chico, dijo volviéndose á Fernando, ¿qué flor es esa tan linda que tienes en el ojal?

—Es la que le ofrecí..... la mas querida de mis flores, la que yo cuido como á una favorita.....

—¡Dichoso Fernando! ¿Y para mí Clemencia, no ha quedado otra por ahí?

—Era la única, Flores, la única que se habia entreabierto esta mañana y que acabó de abrirse esta noche.

—¡Qué desgraciado soy siempre..... yo no sé cómo Fernando me echa en cara mi felicidad.

—Pero esa no es la felicidad, dijo Clemencia; la felicidad consiste para vd. en otra cosa.....

—Es verdad, la felicidad consiste en ver á vd. ¿Qué flor es mas roja, ni mas perfumada que esos labios.... que envidiaria una vírgen del Ticiano? ..... Y Enrique hablando así se fué llevando á la jóven y á Valle al salon, donde ya resonaban las armonías poderosas del piano y se empezaba el baile.

XVIII

Clemencia.

Se bailó un poco.

A las doce de la noche la reunion se disolvió. Los oficiales se fueron tambien; como siempre, Enrique alegre, Fernando taciturno. El coche de Clemencia condujo á su casa á Mariana y á Isabel.

Aquella dijo á la rubia al darle el beso y el abrazo de despedida:

—¿Eres muy feliz, Isabel?

—Creo que sí, Clemencia; estoy desvanecida de felicidad.

—Pues bien, linda mia, que el ángel del amor te cubra con sus alas, que sueñes hoy con el cielo.

Y luego, entrándose á sus piezas, despues de besar á sus padres, que la habian creido muy contenta esa noche, dijo cayendo en un sillon, con un despecho mal comprimido:

—¡Isabel vencerme! ¡Haber preferido á Isabel! ¿Es, pues, mas bella que yo?

Y luego, quedándose pensativa, añadió con remordimiento:

—¡Pobre Fernando! He hecho mal en jugar así con su corazon! Si hubiera visto en el fondo del mio, ¿qué hubiera dicho?..... no habia necesidad de este engaño..... mañana yo le diré que no tome á lo serio..... ¡y la flor! ¡y tantas palabras! ¿Qué he hecho, Dios mio? ¿qué he hecho?.....

Y luego comenzó á desnudarse y á despeinarse con ayuda de una jóven camarista; envolvióse despues en un rico peinador blanco, que dejaba adivinar toda la riqueza y perfeccion de sus formas, dignas de una estátua griega; descalzáronle sus pequeños y elegantes botines de raso blanco, metió sus lindos piés en unas pantuflas de seda roja, despidió á su criada, cubrió con una veladora mas oscura su lámpara azul, y arrodillándose en el mullido tapete que habia á los piés de su lecho aristocrático, y dejando caer su joyante cabellera negra

sobre sus espaldas y cuello, se reclinó con dolor, apoyando la frente en sus dos manos, vertiendo lágrimas y diciendo en voz baja y entrecortada por los sollozos:

—Enrique, Enrique, ¡yo te amo!

Después de un momento se levantó erguida, sonrió con orgullo y.....

—El me amará tambien, ¡oh! me amará mucho, lo prometo, dijo, y se metió en la cama.

Aun estuvo agitada por algunos minutos; pero el amor á esa edad no causa largos insomnios; la hermosa jóven murmuró algunas palabras incoherentes y se durmió suspirando.

XIX

El porvenir.

Por su parte Fernando se pasó gran parte de la noche pensando en los incidentes que acababan de ocurrirle y que parecian influir definitivamente en su destino.

El nuevo amor ocupaba de una manera absoluta su corazon, y habia sucedido al jóven lo que siempre sucede á los que no han amado ni han sido correspondidos nunca: que aquella mujer que se habia mostrado mas cariñosa con él y que casi le habia confesado su predileccion, era la que él preferia ahora, la que él adoraba, la que encerraba para él toda su esperanza y toda su felicidad. No hacia sino pocas

horas que le habia revelado el estado de su alma, y ya le parecia que habian trascurrido años de pasion y de ternura. Los amantes no miden la vida del alma por el tiempo.

El amor á Clemencia habia llegado á su plenitud en el corazon de Fernando.

Ahora, apenas acabado de salir del aturdimiento que le habian producido las emociones que habia experimentado esa noche, se puso á pensar en el porvenir de ese amor tan repentino como poderoso: El amaba á Clemencia, y era correspondido segun lo daban á entender las ardientes palabras de la jóven. Pero él era soldado en el ejército de la República, los franceses se dirigian á Guadalajara, y era mas que probable que nuestras tropas iban á dejar esta ciudad para ocupar posiciones ventajosas del otro lado de las *Barrancas*. Así, pues, él tendria que salir de Guadalajara dentro de algunos dias, y entonces ¿qué iba á ser de Clemencia? ¿Se quedaria en la ciudad y entre los franceses? Este pensamiento desesperaba á Fernando que conociendo ya perfectamente el carácter de la jóven, y sabiendo que era reputada como una de las mujeres mas hermosas y distinguidas de Guadalajara, temia, y con razon, que á los pocos dias de ocupar

el ejército invasor aquella ciudad, ya Clemencia tuviese un nuevo capricho y olvidara completamente al oscuro oficial mexicano.

Y esto era tanto mas seguro, cuanto que él, Valle, no contaba para hacerse amar de la *Sultana*, como la llamaba Enrique, con ninguna ventaja, ni con las físicas de que tan pródigamente estaba adornado su amigo, ni con las que dan una intimidad de mucho tiempo, el atractivo de la fortuna ó el prestigio de la victoria.

Todo lo tenia en contra. Si se sentia con alguna superioridad moral; si poseia las grandes dotes del corazon, estas dotes no se habian manifestado todavía, y permanecian desconocidas á los ojos de la mujer amada, que bien podia dudar de ellas. La situacion de los oficiales de la República no era tal que pudiesen envanecerse de ella. Desde el heróico sitio de Puebla, en el que como he dicho habia tomado parte Fernando haciendo prodigios de valor, nuestras tropas no hacian mas que retroceder, y los enemigos avanzaban por donde quiera. Verdad es que la adversidad es un atractivo para las almas generosas; pero ni ella era tan grande todavía para que un soldado republicano pudiese aspirar al título de mártir, que tanto interes dá al partidario desgraciado,

ni era de suponerse que puesta frente á frente la situacion de Fernando con la victoriosa de cualquier oficial frances, aquella pareciera mas fascinadora para el alma de una mujer que parecia idólatra de la gloria, como la de Clemencia.

Así, pues, los pensamientos que se levantaban en tumulto en el espíritu del jóven oficial, le aterraban, y un sentimiento de desesperacion se apoderaba luego de él.

Ni se atrevia á suponer siquiera por un momento que Clemencia saldria de Guadalajara á la llegada de los franceses. Era demasiado rico su padre y tenia bastantes intereses en aquella ciudad para que pudiera razonablemente esperarse que los abandonara á merced de los invasores, y aunque se hallaba reputado como patriota, esa reputacion no era tal que le obligase á aceptar los peligros de la campaña y las consecuencias inevitables de los reveses.

Era necesario ser muy patriota, excesivamente patriota para abandonar las comodidades de una vida opulenta y lanzarse en union de la familia á esa vida azarosa y llena de privaciones, que era la única que se presentaba en perspectiva á los ojos de los buenos mexicanos.

Decididamente el padre de Clemencia no saldria de Guadalajara, y habia que resignarse á la idea de dejarla en esta ciudad; y como en tal caso habia que renunciar á la esperanza de ser amado, Fernando, aunque con una amargura indecible, se resignó á perder todo aquel mundo de felicidad que no habia hecho mas que entrever esa misma noche en un momento de embriaguez y de esperanza.

Y Fernando á cada uno de estos pensamientos mortales sentia desfallecer su corazon, porque comprendia tambien que su amor crecia por instantes, y que lo que antes no habia sido mas que una ilusion pasajera, se habia convertido ya en una pasion ardiente é inmensa.

No habia remedio para él. Se hallaba colocado entre sus deberes de patriota y de soldado y entre sus esperanzas de amante. ¡Primeras esperanzas que habian iluminado el oscuro cielo de su vida y que era necesario sacrificar! Porque el austero jóven no vacilaba un momento en preferir la patria á su amor y en consagrarse todo entero á la defensa de su país.

Si habia algo que le consolara en medio de este caos de desesperacion en que sus pensamientos le arrojaban, era la remota posibilidad de que Clemencia, por un rasgo de su carácter romanesco, perma-

neciese fiel á su amor durante la guerra que iba á seguirse. ¡Qué encantos tendria entonces para él la terrible lucha que iba á emprenderse! Además de la gloria del soldado, la gloria del amante, la idea de que hubiese una alma que pensase en él, que sufriese en sus adversidades, que se regocijase en sus triunfos, que suspirase por su vuelta, que odiase á sus enemigos, que conservara escondido, pero ardiente, el culto de la libertad, por el que él iba á combatir.

Esto era la dicha, esto era la reproduccion de aquellos amores de los tiempos caballerescos en que mientras el guerrero luchaba por su patria y por su fé, su amada le animaba á lo lejos con sus palabras de amor, y le guardaba una fidelidad que era el premio de sus penas y de su valor.

La bandera de la patria tendria entonces para él un símbolo más que idolatrar: el de su amor.

Fernando no quiso renunciar á este último y dulce pensamiento, y ya muy avanzada la noche se recostó en su cama de campaña, no sin besar primero y repetidas veces la hermosa flor que Clemencia le habia dado, y que iba á ser de allí en adelante un talisman sagrado que no se apartaria jamás de su corazon.

¡Si el pobre oficial hubiera podido escuchar las últimas palabras de Clemencia esa noche, cuánto no habria sufrido, y cuán espantosa no le habria parecido la vida, y cuán aborrecible ese mundo en que suele matarse á un hombre con una sonrisa pérfida!

XX

Confidencias.

Tres dias despues Isabel vino á casa de Clemencia y se precipitó sonriendo en los brazos de su amiga, á quien halló pensativa y triste.

—¡Qué feliz soy, hermana mia, qué feliz soy! le dijo.

—Lo veo en tu semblante, Isabel, lo creo..... ¡Conque te aman!.....

—Y amo como una loca, como nunca he amado, como nunca pensé que podria amarse.

—Vamos, dí, ¿qué ha pasado? Enrique te ha dicho.....

—Que me adora, que no ama á nadie mas que á

mí; que no ha dejado á nadie en México, y que la guerra no será un obstáculo para que yo sea su esposa.

—¿Tan pronto así va?.....

—Y ¿qué menos pronto podria ir? ¿Pues acaso no se ama uno para eso, para no separarse jamás?

—Pero, niña, ¿es que se conoce uno hoy, para casarse pasado mañana? ¿Ese caballero cree que se da una palabra de matrimonio como se dice una galantería?

—Pero, Clemencia, tú me entristeces; si me ha declarado su amor antes de ayer, te parece monstruoso que me hable de union eterna cuando se ha convencido de que le amo tambien? ¿Qué tiene eso de particular? mas bien dicho, ¿por qué no habia de ser así?

—No digo yo que sea monstruoso, pero me parece el caballero Flores demasiado calavera para aventurar una promesa tan pronto, con intencion de cumplirla. Eso, si no es una suma vulgaridad, seria una cosa muy rara. Hay hombres, como él, que emplean esa palabra con todos sus galanteos, y esos decididamente son libertinos vulgares, muy vulgares. Si Enrique la usa por costumbre, es preciso convenir en que no es tan superior como yo le ha-

bia creido. Si no es así, es preciso que esté muy enamorado, y entonces hay que creerle; pero te lo repito, es extraordinario, es prodigioso.

—Clemencia, me haces mal con tus palabras; ¿por qué estás tan cruel hoy?

—No, niña, no quiero hacerte mal, quiero precaverte: estás enamorada, tienes una confianza ciega, y yo te digo: Isabel, no creas tan fácilmente.... nada engaña más que el corazon enamorado..... por eso es preciso dejar que hable un poquito la cabeza. Tú eres una niña inocente y buena, nunca has amado, no conoces á los hombres, y menos á los hombres como Enrique. Si tú das entero crédito á sus promesas, corres el peligro de comprometer demasiado el corazon en un juego terrible: despues te moririas al primer desengaño, y esa alma tan feliz hoy y tan tranquila, se convertiria en un instante en un infierno de tormentos..... Ama, hija mia, porque esa es la dicha, y sobre todo, porque no amar no depende de tí; pero piensa un poco y no concedas tu amor sino con muchas reservas; más tarde irán desapareciendo, pero será despues de que te hayas convencido de la sinceridad con que te aman. ¿Conoces acaso á Flores? ¿Sabes tú si no es lo que te figuras, un hombre caballeroso y leal, sino un

seductor afortunado que sabe hacer la comedia del amor perfectamente? Si fuese Valle, te diria yo: Querida mia, no tengas miedo; hé ahí la sinceridad, se le conoce en su mirada y en su modo de hablar. Los hombres encogidos como él, cuando se deciden á declararse, tiemblan, sus ojos se llenan de lágrimas, tartamudean algunas palabras torpes.... pero puede creérseles..... toda esa timidez revela la pureza de un sentimiento que no saben fingir..... Pero los hombres como Enrique, son abismos en los que es dificil adivinar lo que hay.

Isabel palidecia y lloraba.

—Calla, Clemencia! ¿no ves que me estás matando? ¡Y yo que creia encontrar en tus palabras animacion y esperanza; yo que creia que ibas á gozarte en mi dicha, que tu corazon iba á responder con sus palpitaciones cariñosas, al mio que se siente enfermo de amor..... te encuentro así, cruel, amarga y llena de sospechas! ¿Es que me aborreces ya? ¿Es que no quieres que yo le ame?

—¿Querer yo eso, Isabel mia? Y ¿por qué lo habia yo de querer? Mi amistad no merece tales reproches; eres más que mi amiga de la infancia, mi hermana: perdona si con decirte eso te he hecho sufrir; pero, mira, yo conozco mas el mundo, si-

quiera porque, menos enclaustrada que tú, he tratado con mas frecuencia á los hombres. Bien sabes que he adquirido fama de coqueta, y bien sabes tambien que con injusticia; es que he juzgado prudente no confiarme: el corazon no debe darse sino como precio de un amor probado mil veces. El que resiste á estas pruebas y sale airoso en ellas, ese es el merecedor de nuestro cariño. Pero amar en tan breves instantes, es jugar la vida. Yo no he derramado todavía una lágrima arrancada por el desengaño. Pero tengo miedo de derramarla; me parece que con ella perderia la mitad de la fuerza con que hoy me siento: me parece que con la primera lágrima de dolor se derrama la savia de diez años de existencia.

Por lo demás, ama á Enrique; pero ni le creas todo lo que te dice, ni le digas todo lo que sientes. Serás su esposa; pero siquiera aguarda á saber quién es, de dónde viene y qué ha hecho. Los *mexicanos* nos juzgan á las provincianas mas candorosas de lo que somos, y educados en una sociedad menos franca que la nuestra, abusan de su destreza para engañar, seguros de sus triunfos fáciles. Te repito que si se tratara de Valle no seria ni tan severa para juzgarle ni tan suspicaz para creerle.

—Y á propósito de mi primo, él está enamorado de tí locamente, ¿no es esto?

—Así parece. Ayer ha venido, hoy tambien; me devora con sus miradas: hay algo de delirio en esa pobre alma, y te aseguro que no ha amado jamás como hoy.

—¿Y tú le quieres?

—Te parecerá raro; pero creo que sí. Sin las ventajas de Enrique, tiene en cambio un noble corazon que se revela en todas sus acciones, una inteligencia admirable y una inocencia de niño. Le dí una flor antes de anoche, ya lo sabes: pues bien; la guarda junto al corazon, la adora, y la besa con locura. Hoy le dí mi retrato y le puse una dedicatoria que le ha trastornado. ¿Lo crees? Se ha atrevido á besarme una mano; no pude incomodarme por esta libertad: ¡me ama tanto!..... y yo le voy queriendo tambien..... ¿Y por qué no habia de hacerme feliz el amor de un alma tan generosa y tan elevada?

—Clemencia, estás enamorada!

—No seria difícil, ya me conoces, soy original en mis ideas. No he amado nunca, porque no he encontrado jamás el alma á la altura de las cualidades físicas, y seria triste para mí amar una bella estatua.

¿Pues no hay ya bastante belleza con la de la mujer? Yo busco en el escogido de mi corazon, la fuerza, la energía, la inteligencia y la elevacion de sentimientos: todo eso he creido entrever en Fernando. Hasta hoy, no sé enteramente si es mi ideal, porque menos confiada que tú, no acepto tan fácilmente á un desconocido. Creo en su talento, porque eso se revela desde el primer instante; pero aun no conozco ni su valor personal ni la generosidad de sus acciones. Así es que me reservo. Mira; no le amo aún; pero si cualquier suceso me hiciese conocer de una manera indudable las grandes dotes que le supongo, le amaria con toda mi alma, le adoraria y procuraria hacerle dichoso con toda la pasion de que una mujer es capaz.

Nada habria en el mundo que me detuviera para ser suya; ni la fortuna ni la gloria tendrian para él mas tesoros que los que podrian ofrecerle mi amor ardiente y mi ternura inmensa. ¡Feliz el hombre á quien yo ame, Isabel, porque le amaré como no se acostumbra amar hoy, como es dificil que se ame en el mundo! ¿Y ya me ves tan altiva, tan desdeñosa, tan exigente? pues te aseguro que seria yo una mujer humilde, una pobre esclava que estaria pendiente de sus ojos para complacerle, y una leona

para disputar su amor..... la muerte misma me pareceria dulce recibida de su mano.

—¡Clemencia!.... nunca te he oido hablar así... me encantas y me causas terror!

—Oh! te causo terror porque tú eres dulce y tímida, porque tu amor es una lágrima de ángel... mi amor seria una llama devoradora, un volcán. Pero tranquilízate..... no amo todavía así á tu primo. Más tarde le amaré quizás..... pero falta mucho para eso. Seria preciso que un grande rasgo del corazon, una cosa extraordinaria me hiciese admirarle, y entonces no habia necesidad de mas, le amaria. Yo soy de esas mujeres en quienes el amor entra por las puertas de la admiracion. Me parece difícil que llegase á apasionarme de un hombre sin admirarle primero; desdeño lo vulgar, y me siento capaz de amar toda mi vida á un mártir que hubiera perecido en un cadalso, y de convertir su memoria en un culto perpetuo; así como me parece imposible querer á algun pequeño hombre á quien la fortuna elevase sin merecerlo á la cumbre del poder, ó á otro á quien la suerte caprichosa hubiese dotado de riquezas, ó al triste mortal que no contara mas que con el atractivo vulgar de una hermosura de Adónis, solo buena para decorar mi jardin ó

para ocupar un lugar en mi aparador de juguetes.

—Pues bien, Clemencia, justamente se acerca la ocasion en que podrás experimentar el alma de Fernando..... la guerra que va á seguirse tal vez le dará oportunidades de darte á conocer su valor y su temple.

—Bien pensado: no es el valor vulgar el que me fascinaria..... valientes hay muchos, en nuestro país sobran, y desde el soldado raso hasta el general hay para admirar á todos... Si Fernando no fuera mas que un oficial atrevido, poco habria adelantado en mi corazon. Pero tú sabes que hay acciones que sobrepasan la esfera de lo comun; yo no sé precisamente lo que quiero, no acierto á expresarte mi pensamiento..... se me figura que un proscrito perseguido por todo el mundo, un mártir, un hombre que subiera al cadalso por su fé y por su causa, abandonado de todos, hasta del cielo..... ese seria el hombre á quien yo amase..... y me hago la ilusion de arrebatarle de las gradas del cadalso, de ser yo su libertadora y de llevármele conmigo para hacerle sentir el cielo, despues de haber pisado los umbrales del infièrno. ¡Qué quieres!.....soy así..... hay mucho de singular en mis deseos y en mis ideas.

—Sí, verdaderamente, y me espantas.... Un con-

denado á muerte!.....á nadie le ocurriria, te lo juro ..... apuesto á que te has enamorado de algun héroe de novela.

—Leo pocas, ya lo sabes, y las que he leido no tienen condenados á muerte. Es una idea mia nada mas.

—De suerte que mi pobre primo tendria que hacerse coger prisionero por los franceses y conducir á Guadalajara y fusilar en la plaza para que tú le amases despues.

—Puede ser que no lo lograra simplemente con eso, Isabel. Yo te digo que no sé lo que quiero precisamente; pero quiero la desgracia, y la desgracia emanada de un grande rasgo del corazon.

—Amor imposible entonces.

Muy difícil de todos modos, querida mia, dijo Clemencia suspirando y quedándose un momento pensativa.

XXI

El amor de Enrique.

Quince dias despues de la conversacion que acabo de referir, Clemencia recibió un billete en que Isabel le suplicaba que pasase á verla inmediatamente, pues estaba enferma.

Clemencia se dirigió presurosa á la casa de su amiga, á quien encontró en un estado lamentable. La hermosa rubia tenia impresas en el semblante las huellas del mas terrible sufrimiento. Los bellos colores habian desaparecido de sus mejillas, su rostro estaba enflaquecido y sus ojos azules parecian apagados por las lágrimas.

Luego que Isabel vió á Clemencia se levantó y se arrojó en sus brazos sollozando con amargura.

—¿Pero qué es esto, Isabel? preguntó Clemencia besando á su amiga; ¿qué te pasa? ¿por qué te veo así? ¿estás enferma?

—Sí, del alma; Clemencia me estoy muriendo, y te llamo porque en mi desesperacion necesito confiarte mis pesares, necesito que los alivies .....

—Y bien, hija mia, dime ¿qué ha sucedido? Hace una semana que no te veo, te creia feliz, muy feliz puesto que me olvidabas..... y encontrarte así me sorprende: siéntate y habla.....

—Me alegro de que hayas venido ahora; mi madre está ausente y podré decirte todo. Enrique....

—Ah, ya me lo esperaba yo. Enrique....

—Enrique no me ama ni me ha amado nunca; ese hombre no tiene corazon, y tenias razon sobrada para aconsejarme que no confiara en sus palabras. ¿Sabes lo que ese libertino queria? Queria mi deshonor, queria mi vergüenza.

—¡Cómo! ¿es posible? ¿se ha atrevido á insultarte el infame?

—Comenzó, como te dije, por hablarme de amor con el lenguaje de la sinceridad: dos semanas, ¿comprendes? dos semanas de un trato constante habian acabado por hacerme perder la poca reserva que habia tenido para él. Verle era una necesidad para

mí, necesidad tanto mas irresistible cuanto que mi pasion ha llegado al extremo. Estoy loca, no pienso sino en él, no hablo sino de él, no querria vivir sino para él; pero antes que mi felicidad estaba mi honra, mi honra, que Dios me da bastantes fuerzas para conservar intacta y para defender aun á costa de la paz del alma, porque yo no te ocultaré, he jurado no volver á hablarle; pero le amaré toda mi vida: es un libertino, es un malvado, pero me es imposible borrar su imágen de mi corazon, me es imposible aborrecerle y despreciarle como merece.

—Pero bien, interrumpió Clemencia cada vez mas asombrada de lo que oía; ¿qué te ha dicho, qué te ha hecho?

—Ya desde hace seis ú ocho dias sus palabras eran para mí sospechosas; habia perdido su voz ese acento de respetuoso cariño que habia hecho tanta impresion en mi alma, sin por eso alarmar mi delicadeza. Sus miradas no eran las del esposo, sino las del seductor mundano y atrevido que se detiene en examinar á su víctima antes de sacrificarla. Sus ojos me hacian mal y me obligaban á apartar de ellos los mios, llena de turbacion. Tenia miedo de hallarme á solas con él. Mi madre, confiada como yo en el carácter caballeroso de este hombre, no re-

celaba de su parte ninguna intencion depravada, ni la recela aún, porque nada he querido confiarle; me moriria de vergüenza si tuviera que decírselo. Me hablaba de pruebas de amor, de preocupaciones sociales, de que la pasion no conocia límites ni reservas, de que él amaria toda su vida á la mujer que se sacrificase por él, tanto mas, cuanto mayor fuera su sacrificio. Ya tú verás por todas estas frases que iba encaminándose á su objeto. Nada le respondia yo á esto, y escuchaba temblando semejantes expresiones sin parecer hacerles caso; ó bien le hablaba de nuestro matrimonio y de nuestro porvenir. Pero ayer vino y me halló sola, como otras veces, le ví desde luego pensativo y triste, preguntéle qué tenia y me respondió que Uraga con los restos de su ejército derrotado en Morelia habia llegado ya á Jalisco, que el ejército frances se habia puesto en marcha para Guadalajara y que sus avanzadas llegaban ya á Leon; que el general Arteaga iba á salir de aquí dentro de dos ó tres dias, y que naturalmente tendria que irse con él. Que nuestro matrimonio, por todas esas razones no podria realizarse tal vez nunca, y que estaba resuelto á morir antes que perderme; que me suplicaba, que me pedia de rodillas que huyese con él, ó si no me resolvia á abandonar

á mi madre, que queria llevar la última, la mas grande prueba de mi amor para marchar tranquilo y no desesperarse pensando en que yo pudiera olvidarle por otro; que de esa manera seria yo su esposa ante Dios, aunque las necias fórmulas del mundo faltasen á nuestra union. ¡Ay, Clemencia! tú comprenderás mi sorpresa y mi dolor. Quedé muda y temí morir. El, Enrique, el hombre á quien en tan pocos dias he podido amar con frenesí porque creia que me amaba con tanta ternura como pureza, porque juzgué que en él se reunian todas las cualidades del amante, del esposo y del caballero, él hacerme semejante proposicion! ¡él creerme una de esas muchachas sin pudor que se entregan al primer oficial que las seduce; él confundirme con esas desdichadas criaturas que abandonan la casa paterna y con ella la honra, y siguen á sus amantes en el ejército, siendo el ludibrio de todo el mundo! ¡Dios mio!

La pobre jóven escondia el semblante entre sus manos enflaquecidas, y gemia con desesperacion.

—¿Y luego? preguntó con ansiedad Clemencia, á quien aquel relato habia puesto en la mayor agitacion.

—Y luego ese hombre esperó sonriendo mi respuesta; creia haberme convencido; pensaba que mi

silencio, que mi rubor primero, que mi palidez en seguida, que el temblor de mis labios, que la palpitacion de mi pecho eran señales de que el amor me vencia..... me enlazó con sus brazos y me miró de una manera singular.

—¿Y bien, Isabel? me preguntó.

—Y bien, caballero, le respondí levantándome violentamente y desasiéndome de aquellos brazos atrevidos..... á esa ofensa que vd. acaba de inferirme, á mí que le amaba porque no le conocia..... no puedo dar á vd. mas contestacion que señalarle la puerta de esta casa para que salga inmediatamente.

—Pero Isabel, dijo él asombrado.

—Caballero, salga vd. por piedad, salga vd!

—Isabel, va vd. á desmayarse, le ruego que me escuche, que me perdone.....

—Déjeme vd. morirme..... vd. salga, Flores; cada instante que vd. permanece aquí, me ultraja.... Yo estaba próxima á desfallecer, aquello era superior á mis pobres fuerzas. Por fin Enrique salió con la cólera retratada en el semblante. Era un libertino humillado, y no un amante que ha cometido un error.

Esta es la historia. Yo me adelanté, vacilante de

pesar y de vergüenza, hasta un sillon, y allí permanecí sin saber qué era de mí, ahogada por los sollozos, trastornada, muda, sintiendo que dos lágrimas, como dos gotas de fuego, calcinaban mis ojos. ¡Clemencia, Clemencia, esto es horrible, no ames nunca, si has de sufrir así!

Pasaron algunas horas: mi madre me encontró abatida, llorosa y pálida, y me preguntó qué tenia. No sé qué le respondí; pero calenturienta, delirante, me arrojé en mi lecho, y allí dí rienda suelta al llanto que estaba rompiendo mi corazon. No dormí anoche, esto lo debes suponer; no salgo aún de mi aturdimiento, me pesa la vida, no puedo arrancarme del alma este amor, y sin embargo es preciso sofocarlo; el objeto que lo inspira es indigno de él..... ¡mi honra antes que mi dicha, antes que mi vida! ese es hoy el grito de mi conciencia. ¡Hermana mia! ¡hermana mia, dame valor!

Clemencia lloraba tambien, acariciando en su seno el semblante de su infeliz amiga.

Despues de algunos momentos, repuso:

—Has hecho bien, Isabel mia, has sido digna de tí. Una jóven como tú, virtuosa y altiva, debe sacrificar primero su vida que consentir en recibir tamaña ofensa. Ese hombre no es un caballero, y como

te lo decia, es un libertino gastado en los galanteos y en los placeres. No dependió de tí dejar de amarle, eso no depende nunca de nuestro corazon. La fatalidad se mezcla en todo esto; pero ya que has resistido tan noblemente á esa prueba penosa, ten valor y no temas; esas tempestades pasan. Es tu primer amor, y por eso, pobre niña, sufres tan violentamente; pero la lucha no será mortal, tú olvidarás.....

—Temo mucho que no sea así, Clemencia; amo á Enrique cada momento mas, y despreciando su conducta no me es posible despreciarle á él..... esto es lo que me pasa..... ignoro si es una locura, pero lo que siento es extraordinario. ¡Y se irá de Guadalajara, y me parece que voy á morir!

Isabel apenas tuvo tiempo de sofocar sus sollozos, porque Mariana entró en ese momento.

—Clemencia, dijo al ver á la amiga de su hija; el amor de ese hombre funesto está matando á Isabel..... se marcha, y mi hija no puede resistir su ausencia.....

—¡Oh! veremos, Mariana, replicó Clemencia; el amor de vd. y el mio la consolarán.

Y sentándose las dos junto á la bella rubia, que desfallecia, se pusieron á acariciarla, llorando tambien amargamente.

XXII

Otro poco de historia.

En efecto, como Enrique habia dicho á Isabel, los sucesos militares tomaban un giro desgraciado. El general Uraga, con el ejército del centro, habia atacado valientemente la plaza de Morelia, ocupada ya por tropas mexicanas al mando del tristemente célebre D. Leonardo Márquez. Y á pesar de la bravura de las tropas republicanas, el enemigo triunfó y rechazó á los asaltantes. La estrella de la patria se eclipsaba por entonces, y habian llegado los tiempos de la adversidad.

Este ataque á Morelia ocurrió á fines de Noviembre de 1863.

Uraga, dejando una division de tropas en el Estado de Michoacán, se dirigió con el resto del ejército al Sur de Jalisco y llegó á Zapotlán, donde estableció su cuartel general á fines de Diciembre.

Una vez desembarazado el enemigo de estas tropas que habian estado ocupando los Estados centrales, alejado tambien el general Doblado que habia marchado con su division á Zacatecas, dejando solo en el famoso cerro de San Gregorio, del Estado de Guanajuato, al valiente jóven coronel José Rincon Gallardo, patriota que pertenece á una familia aristocrática (del antiguo marqués de Guadalupe), y que sin embargo, enarbolaba con entusiasmo el pabellon de la República; una vez libre, repito, de estas gruesas masas de tropas nuestras, el enemigo pensó en hacer avanzar sus legiones á los Estados lejanos, y una division al mando del general Bazaine, compuesta de tropas francesas y mexicanas que habian abrazado su causa, se dirigió á Guadalajara, adonde se propuso llegar á principios de Enero de 1864.

El general Uraga juzgó inútil resistir en la capital del Occidente, y meditó un plan de defensa que consistia en fortificar las *Barrancas*, es decir, en establecer una línea en el Sur de Jalisco apoyándose en las poblaciones importantes de los dis-

tritos que lindan con la Costa, y en el pequeño Estado de Colima, importante por sus recursos y por su puerto de Manzanillo.

A este fin ordenó al general Arteaga (el mártir de Uruapam), gobernador entonces y comandante de Jalisco, que evacuara á Guadalajara en los últimos dias de Diciembre, y que se retirara, con el objeto de incorporarse al ejército del centro que ya tomaba posiciones en la línea referida.

Arteaga así lo hizo, sacando sus pertrechos de Guadalajara en los últimos dias de Diciembre, y saliendo él mismo con sus tropas en los primeros dias de Enero de 1864, despues de haberse dirigido el infortunado general Ghilardi con un pequeño grupo de patriotas, á Aguascalientes, en donde encontró á pocos dias una muerte tan desgraciada como heróica en union del patriota Chavez.

El gobernador de Jalisco se estableció primero en Sayula, dejando todavía algunas fuerzas de observacion tendidas hasta Zacoalco y aun hasta Santa Ana, á pocas leguas de Guadalajara.

Bazaine, con su ejército de franceses y afrancesados, ocupó sin combatir esta última ciudad el dia 5 de Enero de 1864.

XXIII

La última Navidad.

Conocidos estos sucesos, vuelvo á tomar el hilo de mi narracion, por lo cual retrocederé hasta los últimos dias de Diciembre de 1863, época en que todo el mundo en Guadalajara hacia ya sus aprestos, ora para salir tambien de la ciudad con el gobernador republicano, ora para recibir á los invasores.

Muy pocas familias se anticiparon á las tropas republicanas en la salida de Guadalajara para el Sur de Jalisco. Las mas lo hicieron despues, por una especie de pánico que se apoderó de ellas al sentir la aproximacion de los franceses; aunque justo es de-

cir que la mayor parte de las referidas familias era compuesta de liberales y buenos patriotas que preferian las vicisitudes de la peregrinacion, y aun el destierro, á vivir entre los enemigos de México. Muchas de estas familias partieron para California; y para las mas acomodadas, efectivamente era San Francisco el mejor punto que podian elegir en aquel tiempo de borrasca y de adversidad.

Las tropas de Arteaga tenian ya sus disposiciones tomadas en virtud de las órdenes superiores; pero permanecieron en la plaza hasta los primeros dias de Enero, como he dicho.

Enrique Flores y todos los gefes y oficiales del cuerpo á que pertenecia, incluso el coronel é incluso tambien Fernando Valle, cuya tristeza aumentaba cada dia, así como su amor á Clemencia, decidieron pasar lo mas ruidosamente posible aquellos últimos dias de su permanencia en Guadalajara.

La Navidad estaba próxima, mejor dicho, era al dia siguiente. ¿Cómo no pasar con alegría esa fiesta de la intimidad, esa fiesta del corazon, en union de las personas queridas que iban á quedarse bien pronto abandonadas tal vez para no volverse á ver nunca.

Despues de la Navidad estaban la guerra, la mon-

taña, las privaciones, la derrota, tal vez la muerte. Era, pues, necesario libar el último cáliz de placer hasta la postrera gota; era preciso celebrar el último banquete de la familia con entusiasmo, con delirio.

Clemencia dijo á Flores, á Valle y á sus compañeros:

—La Navidad se celebrará aquí en casa; haremos un gran baile, tendremos una agradable cena, nos alegraremos por última vez con los nuestros, y despues, que vengan los franceses y nòs degüellen.

Los oficiales se pusieron locos de contento.

La noche del 24 llegó; noche hermosísima en nuestra patria como en todo el mundo cristiano, y en que hasta los desgraciados y los malos se alegran y ríen.

Ya conocen vdes. la casa de Clemencia. Pues bien; la noche del 24 era un palacio de hadas. Se iluminaron el patio y los corredores, se pusieron por todas partes gigantescos ramilletes de flores y ramas de árboles cubiertas de heno y de escarcha. Se dió, en fin, á la casa el aspecto tradicional de las fiestas de Noche-Buena.

El invierno con sus galas de nieve, con sus pinos y sus musgos (lo cual es una exageracion en Gua-

dalajara, donde casi no hay invierno) contribuyó á embellecer aquella mansion opulenta en que iban á tener lugar las alegrías íntimas dentro de pocas horas.

En el salon se habia colocado ese *pretty German toy*, como le llama Cárlos Dickens, ese árbol de Navidad, precioso capricho no introducido todavía en México, y que es el objeto de la ansiedad de la infancia, de la alegría de la juventud y de la meditacion de la vejez, en esos países del Norte donde aun se mantiene vivo con el calor del hogar el amor de la familia.

Habia sido un capricho de Clemencia poner ese árbol, en cuyas frescas ramas habia colocado algunas de sus mas queridas alhajas, pañuelos, y pequeños juguetes que habian de repartirse entre sus afortunados amigos, con entero arreglo al estilo aleman: solo que aquí en vez de niños eran valientes oficiales republicanos los que iban á obtener esos preciosos obsequios, como una muestra de eterno recuerdo.

A la media noche debia hacerse este reparto, como es costumbre. Además, Clemencia, prosiguiendo sus imitaciones del extranjero, habia dispuesto que inmediatamente despues de despojado el árbol

BIBLIOTECA NACIONAL
MEXICO

de sus adornos, el primer wals que se bailase fuese como el wals de media noche en el último dia del año, el baile de los amantes, es decir, en el que debian escoger los hombres á sus preferidas, y estas á los dueños de su alma. Tal vez no todos los amigos tenian allí á las amadas de su corazon, pero Clemencia en todo esto tenia una mira enteramente personal suya, y poco se cuidaba de los demás.

Isabel habia sido convidada, como era de suponerse; pero la pobre niña aun sufria los tormentos del desengaño, cada vez mas amargo á medida que pasaba el tiempo.

Por fin el salon se llenó. Era bastante ámplio para dejar un gran espacio donde estaba colocada la mesa en que se hallaba metido el árbol que aparecia deslumbrador con sus pequeñas y perfumadas bujías y con sus brillantes juguetes y alhajas.

Este espacio quedaba libre; en el resto del salon se comenzó á bailar.

Enrique dió la señal llevando por compañera á Clemencia.

Ya desde este momento Fernando notó ciertas inteligencias entre su pérfido amigo y la hermosa jóven, inteligencias que habian comenzado en las visitas que en los últimos dias habia hecho Enrique á

la coqueta, seguramente nuevo objeto de su galantería despues de la repulsa de Isabel, repulsa de que Valle no tenia conocimiento, pues tambien hacia tiempo que habia dejado de visitar á su prima. El pobre jóven se colocó en un rincon, y desde allí procuró observarlo todo, palpitándole el corazon de dolor y de miedo, porque ya le daba miedo pensar que Clemencia se enamorase tambien de Flores.

Esto se explica: Fernando estaba entregado ciegamente á su amor á Clemencia, y no habia para él medio entre ser amado de ella ó morir.

El baile siguió alegre.

El reloj dió las doce de la noche, y todo el mundo vino á agruparse en derredor del árbol de Navidad.

Comenzóse la rifa... cada uno sacó su número, y Clemencia fué distribuyendo la alhaja ó el juguete que correspondia á aquel número.

Llegó su turno á Fernando.

Sacó el número 13, número fatal entre los fatales. Clemencia bajó de una rama del árbol un lindo pañuelo de batista que tenia este número.

—Valle, dijo la jóven alargando el pañuelo á Fernando, Isabel y yo hemos bordado juntas este pañuelo... por esto debe serle á vd. doblemente querido.

—Le guardaré como una reliquia sagrada, respondió Fernando.

—Y cuando reciba vd. alguna herida, empápele vd. en sangre generosa, esa será la mejor manera de honrarle.

—Yo lo prometo, murmuró Fernando palideciendo. Acababa de sentir ese extraño temor que la vista de Clemencia le habia causado la primera vez que la vió.

Despues de distribuidas las alhajas, los concurrentes, formando grupos para examinar el objeto que les habia tocado en suerte, se fueron dirigiendo á la pieza en que estaba puesta la mesa para la cena.

Fernando, pensativo y lleno de funestos presentimientos, en vez de seguir á los demás se colocó junto á una puerta del salon que daba al corredor, y casi se puso á cubierto con una gran cortina.

De repente dos personas pasaron junto á la puerta, por el lado de afuera, caminando lentamente.

Eran Clemencia y Enrique.

—Será una alhaja querida, decia Enrique; pero hubiera yo preferido el pañuelo bordado por tí. ¡Qué fortuna de chico; la otra vez una flor, ahora un pañuelo.

—¿Y tengo yo la culpa, Enrique? Pero no seas niño.... toma y consuélate—tu árbol de Navidad es mi mano, y ella te alarga esto: ¿estás contento?

—¡Ah! ¡qué dicha! y sonaron dos besos apagados que Enrique daba al objeto que le alargó Clemencia.

—Retrato y cabello que pediste.... Ahora, enójate.

Los jóvenes se alejaron.

Fernando cayó desplomado sobre una silla. Lo que acababa de escuchar era cuanto podia sucederle de imprevisto, de horroroso, de terrible.

Poco despues le fué preciso salir al corredor; se ahogaba..... estaba loco. Si alguna vez hizo propósitos insensatos, fué entonces. Su pecho era un volcán, su cerebro ardia, y no le venian á la boca mas que blasfemias. Se acordó de que traia guardada y cuidadosamente envuelta la flor que Clemencia le habia dado algunos dias antes. Sacóla del pecho y la arrojó con cólera sobre el mismo jarron japonés en que estaba la planta que la habia producido.

—Conservarla, dijo, seria adorar la burla.

Pero su ausencia habia sido notada en la cena, y Clemencia, acompañada de Enrique, vino luego á buscarle.

—Fernando, ¿no viene vd. á cenar? le dijo la jóven.

—No, mil gracias; me siento un poco mal; prefiero estar aquí, respondió Valle secamente.

—Hombre, ¿se está vd. haciendo el romántico en una noche como esta?

—Amigo Flores, conténtese vd. con ser dichoso y déjeme en paz, replicó Valle sin poder contenerse.

—Amigo Valle, dice vd. eso con un acento tan trágico que me causa terror, y sobre todo, á esta señorita: ¡se diria que está vd. rabioso!

—Rabioso no es la palabra; indignado, sí, como un hombre sincero que descubre una perfidia .....

—¿Perfidia de quién?

—Hombre, me interroga vd. mucho, y á su vez se pone vd. trágico, lo cual me da tambien terror, y sobre todo á esta señorita.

—Vamos, vd. se ha vuelto loco, Fernando: por fortuna yo desprecio á vd. lo bastante para hacerle caso.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! dijo Clemencia muy agitada al notar el ademán de Valle, que próximo á estallar, pudo sin embargo dominarse y se contentó con sonreir, mirando á Enrique con un gesto de supremo desden.

—Señorita, no tema vd., añadió; este caballero y yo nos conocemos hace tiempo, y sabe que soy respetuoso en ciertos lugares..... en otros ya es diferente, tiempo nos queda..... en cuanto á vd., le pido mil perdones por mi descortesía hoy, y por mi candidez antes, y..... el permiso para retirarme.....

—Pero, señor Valle, van á notar que se ausenta vd. así de una manera singular..... se dirá.....

—Nada..... yo ruego á vd. manifieste á su papá que me retiro porque estoy un poco enfermo. Ya me conocen y no lo extrañarán.

Y luego, volviéndose del lado de Flores, le cogió un brazo y le dijo sordamente:

—¡Mañana!

—Sí, mañana, respondió este llevándose á Clemencia, que habia perdido enteramente su aire altivo y que parecia trémula de emocion.

—Por Dios, y ¿qué va á suceder?

—Va á suceder que le mataré, Clemencia; hace tiempo que me fastidia este personaje de Byron, y ahora con mas justicia. ¿Se creia con derecho quizás á tu amor? Habia tomado la compasion y la amabilidad por cariño. Pues es modesto el jóven.

—Enrique, prométeme que no le harás nada.

—Oh! en cuanto á eso, yo estoy acostumbrado,

amor mio, á hacer tragar las amenazas á quien me las dirige. Pero no temas, no es mi espada la que él verá enfrente, sino mi látigo.

Clemencia, generosa por carácter, se sintió mal al escuchar esta fanfarronada, que traspasaba los límites de lo verosímil.

—¡Oh, no! dicen que es muy valiente Fernando.

—A pesar de eso, sentirá mi látigo.

—Adios alegría de Navidad! murmuró Clemencia enjugándose sus lágrimas; ya no voy á tener gusto en toda la noche, y vale mas que esto se acabe pronto.

—Pero ¿por qué, mi vida? dijo Enrique inclinándose á besar los perfumados cabellos de Clemencia..... te preocupas mucho con las palabras de un imbécil. Vas á ver si te quito la pena. Bailaremos el primer wals, ¿no es esto lo convenido?

—Sí, pero se acabará todo despues.

Entraron. La cena se concluyó alegre, pero la frente de Clemencia permaneció nublada y triste.

Tocóse el wals consabido; Enrique hizo prodigios de galantería y de imaginacion para distraer á Clemencia; pero esta sonreia tristemente, ocultaba bajo su larga y sedosa pestaña alguna lágrima que asomaba á sus radiantes ojos negros, y en un descanso

dijo á Enrique mirándole fijamente con los ojos entrecerrados y llenos de pasion:

—¿Me amas, Enrique?

—Más que á mi vida.....

—Pues no hagas caso á Valle..... ¡desgraciado! él me quiere tambien.....

—Esa es una razon de mas.....

—Esa es una razon para tenerle piedad..... quizás yo tengo la culpa de que esté enamorado así, y celoso.

—Tú le quieres algo, Clemencia.

—Que le quiero?.....Si yo no amo mas que á tí, á tí no mas, y desde el primer momento, y tu amor me ha costado lágrimas y sufrimientos atroces..... te amo, te amaré siempre.

La ardiente jóven decia estas palabras con ese aparente disimulo con que hablan siempre en un baile los enamorados, que no parece sino que platican acerca de la música, de los candiles y de los vestidos. Pero la voz de la jóven era tanto mas enérgica cuanto mas apagada, llena de ternura y de resolucion.

Y sus dedos oprimian convulsivamente el brazo de Enrique, y los latidos de su corazon parecian ahogar sus palabras.

Estaba apasionada frenéticamente.

El baile se concluyó pronto; Clemencia no estaba contenta ya. ¿Temia por Enrique? ¿temia por Fernando? Quién sabe! lo probable es que temia por cualquiera de los dos, pues bien sabia que ella era la causa de lo que iba á suceder.

Así es que otra vez, al recogerse en aquella aristocrática y deliciosa estancia que ya conocemos, en la noche del *té*, volvió á repetir pensativa y llena de remordimientos las mismas palabras:

—¿Qué he hecho, Dios mio? ¿qué he hecho?

XXIV

El desafio.

Al dia siguiente muy temprano Fernando vino á despertarme.

—Doctor, me dijo, vengo á inferir á vd. una molestia. Tengo que arreglar un asunto de honor con el comandante Flores, que me ha insultado anoche. No he creido conveniente encargar el arreglo de este negocio á ninguno de mis capitanes, y suplico á vd. que me sirva de testigo. Entre vd. y yo no han mediado relaciones de amistad; pero creo que no rehusará vd. prestarme este servicio de caballeros.

—No tengo inconveniente, le respondí; estoy á la disposicion de vd.

Contóme entonces el lance de la noche anterior, y me dió sus instrucciones. Queria batirse el mismo dia, y escogia como arma la espada. Era un duelo á muerte.

Fuí á ver á Flores, recibióme con arrogancia, designó como su testigo á un amigo suyo de Guadalajara, á quien citó para una hora despues.

—No habrá dificultad ninguna, me dijo; dentro de tres horas Valle estará complacido.

Me despedí inmediatamente y fuí á dar aviso á Fernando del pronto arreglo de aquel negocio; pero aun estaba hablando con él cuando un ayudante vino á llamarle de parte del coronel, y con urgencia. Encontró á su gefe indignado.

—Sé que ha desafiado vd. á muerte al comandante Flores, por yo no sé qué palabras que dijo á vd. anoche en el baile.

—El se lo ha dicho á vd., mi coronel?

—El me lo ha dicho.

—Pues bien, es cierto; me ha ofendido gravemente, y yo he creido conveniente reparar este agravio retándole; seria yo un hombre despreciable si no lo hiciese así.

—Y ¿vd. no sabe que nuestras leyes militares prohiben bajo severísimas penas el duelo? ¿Vd. no

sabe que va á hacerse reo de un delito grave, y que yo estoy resuelto á imponer á vd. un castigo terrible si insiste en su propósito? Caballero, yo no permito en mi cuerpo, ni menos en estas circunstancias, semejantes lances de espadachines; yo haré fusilar, conforme á Ordenanza, al que intente siquiera, estando como estamos, frente al enemigo, promover duelos por cualquier motivo. ¿Es vd. valiente? ¿Está vd. ofendido? Pues tiempo hay para probar su valor combatiendo por su patria y para lavar su ofensa, procurando en el primer combate portarse mejor que la persona que insultó á vd. Un militar no se pertenece, su vida es de la patria, y arriesgarla en otra cosa que en su defensa, es traicionar á sus banderas. ¡Habriamos de dar el escándalo de un desafio delante de los franceses! Batallas son las que debe vd. desear, y no lances de honor; matando ó muriendo vd., quedaria deshonrado en un desafio personal. El comandante Flores ha probado su temple de alma en los combates, no necesita dar nuevas pruebas de ello, y en cuanto á la ofensa que haya podido inferir á vd., él le invitará, llegado el caso, á avanzar sobre el enemigo, y entonces el que se quede atrás será el que tenga que confesarse vencido. Así deben hacerse los

desafios en tiempo de guerra, y no exponiendo á la vergüenza á su cuerpo y á los gefes con reyertas personales, estériles para la causa que defendemos y criminales á los ojos de la sociedad. He ordenado á Flores que no acepte el reto de vd., y si tanto él como vd. intentan llevarle á cabo, á pesar de mis órdenes, el general tendrá conocimiento de ello, y yo ofrezco á vdes. que los haré fusilar. Así es que vd. prescinde de su propósito, retira vd. toda indicacion, y dentro de pocos dias yo proporcionaré á vdes. una liza mas noble y mas honrosa; y como es preciso castigar á vd. por este conato de infraccion del Código militar, vd. permanecerá arrestado hasta que salgamos de Guadalajara, que será bien pronto.

—Está muy bien, mi coronel, contestó Valle, comprendiendo que su gefe tenia razon en todo; pero indignándose interiormente de que Enrique hubiera corrido á denunciar al coronel aquella ocurrencia.

El razonamiento del gefe era enteramente justo; pero la cólera hervia aún en el pecho del jóven ofendido, y aquel desprecio lanzado por su enemigo delante de Clemencia le manchaba el rostro como un bofeton ó un latigazo. Algo hubiera dado por no

pertenecer al ejército ó por hallarse lejos de la guerra y frente á frente de un rival tan soberbio como insolente.

El duelo no se llevó á cabo, y Valle se desesperaba pensando que Clemencia supondria que él se habria resignado á sufrir en silencio la atroz injuria que habia recibido en presencia de ella.

—Doctor, me dijo, llorando de desesperacion, no me queda mas recurso que el suicidio.

—El suicidio seria peor, amigo mio, le respondí, y me asombro de que vd., regularmente tan juicioso, no pueda dominar ahora ese sentimiento de cólera pueril. Realmente el coronel tiene razon; un desafio cuando los franceses van á llegar, seria inexcusable. La espada de vd. no debe cruzarse sino con la de los enemigos de la patria. En el primer combate vd. se cubrirá de gloria ó morirá, y de una ú otra manera quedará bien puesto á los ojos de su rival y á los de esa señorita, que seria la primera en censurar á vd. una querella personal en los momentos mismos en que el enemigo se presenta frente á nosotros. ¡Qué duelo, ni qué suicidio! El combate mañana, y olvidemos hoy esas miserias de salon que solo pueden afectar á quien llevando una vida ociosa no tiene otro campo mas hermoso en

que demostrar el temple de una alma altiva y honrada.

Logré por fin convencer á Valle, que se resignó á callar y sufrir, con la esperanza de hacerse matar en el primer encuentro. Entretanto permaneció arrestado y no volvió á ver á nadie en Guadalajara, encerrado como estaba en su alojamiento, en donde pasó todavía unos seis dias de tormento y de impaciencia.

Por fin se dió la órden de marcha, y el cuerpo salió de Guadalajara con direccion á Sayula. Esto sucedió el dia 2 de Enero de 1864. El dia 1º, y cuando se hacian los aprestos de marcha, el coronel del cuerpo, en nombre del general Arteaga, puso en manos de Enrique Flores el despacho de teniente coronel, que el general en gefe del ejército acababa de enviarle, por recomendaciones de buenos amigos que el simpático comandante tenia en el cuartel general.

XXV

El carruaje.

Era el 5 de Enero de 1864, y ya avanzada la noche, que estaba fria y nebulosa.

Un carruaje tirado por seis mulas caminaba con toda la ligereza posible con direccion al pueblo de Zacoalco, distante todavía como unas cuatro leguas.

En pos de él seguian un caballero y seis ú ocho criados, uno conduciendo tiros de refresco y otros algunas mulas cargadas de petacas y colchones.

Evidentemente en el coche debia ir una familia principal.

Ya he dicho que ese mismo dia 5 ocuparon los franceses mandados por el general Bazaine, á Gua-

dalajara. Arteaga la habia evacuado el 3 con sus tropas.

A la aproximacion de las fuerzas invasoras, varias familias, no pudiendo soportar la idea de recibir á los enemigos de la patria, se apresuraron á salir y tomaron todas ellas el camino de Zapotlán para dirigirse á Colima, punto que estaba enteramente á cubierto, por entonces, por la línea de defensa que habia establecido el general Uraga en las Barrancas.

El camino de Guadalajara á Sayula por tal motivo habia estado frecuentado por los emigrantes desde el dia 3, pero ya el 5 lo estuvo solo por algunos rezagados que habian salido de la ciudad pocas horas antes de que llegaran á ella las columnas francesas.

A este número pertenecia probablemente la familia que venia en el carruaje, pues todo indicaba que habia hecho una jornada larga y penosa. Las mulas parecian fatigadas, el coche maltratado, y los mozos caminaban cabizbajos y taciturnos, señal del fastidio que les habia producido una caminata poco comun.

De repente y en un recodo del camino el carruaje se detuvo como por un obstáculo, las mulas desfallecian, pero el conductor les aplicó latigazos tan

vigorosos que los pobres animales hicieron un esfuerzo supremo y partieron con tanta fuerza que el carruaje, despues de haber dado un gran salto, volcó, cayendo sobre uno de sus costados.

Las personas que iban en él dieron un grito espantoso, al que respondió otro del caballero que venia detrás y que se apeó en el acto del magnífico caballo que montaba, y corrió adonde el carruaje yacia arrojado y en el peligro de ser arrastrado por las mulas, que sin ser contenidas mas que por el postillon, se espantaban y querian continuar su carrera.

—¡Dios mio! ¡Dios mio!..... gritaba el caballero, lleno de angustia.

—No hay cuidado, papá, nada nos ha sucedido, gritó una voz ligeramente alterada por el susto.

—¡Clemencia! ¡hija mia! ¿y tu mamá, y tus amigas?

Ya comprenderán vdes. que las familias que iban allí eran las de Clemencia é Isabel.

Por fortuna tanto estas jóvenes como las señoras no tuvieron novedad, y si no fué un desmayo que sufrió Isabel, á causa del terror, no tuvieron que lamentar sino pequeñas contusiones.

Por lo demás el carruaje tenia hecha pedazos completamente una de sus ruedas, que detenida en un

hoyo, obstáculo que detuvo el carruaje momentos antes, se habia roto, al tirar las mulas apuradas por los latigazos del cochero.

Un instante despues y con el auxilio de los criados las jóvenes fueron trasportadas á orillas del camino, Isabel volvió en sí en los brazos de Mariana que no perdia su presencia de espíritu, el carruaje fué levantado, y solo afligió á la familia la dificultad de su situacion.

En efecto, era imposible continuar el camino, inutilizado como estaba el carruaje. El cochero manifestó la imposibilidad de componer la rueda rota, y los mozos añadieron lo que el caballero sabia: que no habia cerca ningun pueblecito, ninguna hacienda adonde refugiarse esa noche, ó de donde traer un carruaje nuevo. Zacoalco estaba todavía á cuatro leguas, y era improbable que allí pudiese conseguirse un coche. Era, pues, preciso pedirlo á Sayula, adonde el general Arteaga habia llegado, ó resignarse á hacer la caminata en los caballos de los mozos, mientras que estos seguian á pié.

Pero las señoras se juzgaron incapaces de montar á caballo, y además los golpes que habian recibido, aunque pequeños relativamente, les hacian sufrir bastante para que pudiesen caminar á caba-

llo por espacio de cuatro leguas. ¿Qué hacer entonces?

—Si me hubieses escuchado, Clemencia, decia el caballero con vivas muestras de pesar, nos habriamos quedado en Santa Ana, habriamos tenido un buen alojamiento y nos habriamos ahorrado esta desgracia.

—Es muy cierto, papá, respondió la jóven; pero la consideracion de que los franceses podian seguirnos y de que tal vez nos íbamos á ver envueltos en mayores dificultades, estando los republicanos cerca, me hacia impacientarme. Prefiero, á no ser por los trabajos que hago pasar á vdes., todo esto á quedarme cerca de Guadalajara.

—De veras que admiro tu patriotismo, hija mia; no te juzgaba capaz de tamaña exaltacion.

—Papá, replicó la niña, á vd. debo todas mis ideas y el odio que tengo á los enemigos de México.

—Algo se mezcla el amor en tu patriotismo, segun presumo; pero no lo tengo á mal, y solo siento que no podamos salir de este atolladero.

—Señor, dijo uno de los mozos, si quiere su merced echaré á correr á Zacoalco, y puede ser que encuentre otro coche, ó por lo menos un carpintero que en un momento componga la rueda. Estaré allá á

las dos de la mañana, y aquí de vuelta poco antes de amanecer, y podremos continuar.

—Bien, vete, dijo el caballero; mira que tú eres nuestra esperanza.

—Pierda cuidado mi amo, contestó el mozo metiendo espuelas á su caballo y alejándose con direccion á Zacoalco.

Entretanto los criados improvisaron allí una especie de tienda, y con auxilio de las hachas que llevaban á prevencion armaron los catres de camino para las señoras, que se recostaron en ellos y durmieron mientras que el padre de Clemencia y sus servidores permanecieron en vela perfectamente armados y dispuestos á defenderse, pues no era nada difícil que por aquel camino entonces desierto y abandonado de toda especie de tropas, cruzasen algunas bandas de las que siguen por lo regular á un ejército en retirada, ó de las que se aprovechan de una situacion como aquella para desbalijar á los transeuntes.

Dejemos al respetable y patriota comerciante sentado en una petaca, con una mano en la mejilla y la otra en un soberbio rifle de seis tiros, y sigamos al postillon que corre á escape por el camino de Zacoalco.

XXVI

Bien por mal.

A dos leguas de este pueblo el mozo escuchó el ruido sordo de una tropa de caballería que se acercaba.

Poco despues fué mas distinto el ruido, y á él se mezclaba el que hacen al chocarse los sables. No habia duda, era una tropa la que venia. La noche estaba oscura y corria un viento glacial.

De repente el postillon se vió obligado á detenerse en su carrera; le habian dado el *¡quién vive!* y una patrulla que venia á la vanguardia de la tropa, habia hecho alto cerca de él.

—¡*Libertad!* respondió resueltamente el mozo.

—¿*Qué gente?*

— ¡*Paisano!*

—¡*Alto ahí!* le gritó un sargento, y se avanzó á su encuetro.

—¿*Correo?* le preguntó.

—No, señor; soy el mozo de una familia que se ha quedado atrás porque el coche en que venia se rompió, y voy á Zacoalco á ver si consigo otro.

Llévele este hombre al gefe, dijo el sargento, para que lo reconozca y le pregunte.

El soldado obedeció y se llevó al mozo hasta encontrar al gefe que venia á la cabeza de su columna.

Componíase esta de doscientos carabineros, y tan luego como el gefe advirtió que su descubierta habia hecho alto y que se avanzaban hácia él dos hombres, mandó hacer alto tambien á la columna y se adelantó para saber qué era aquello.

—Mi comandante, dijo el soldado, el sargento me manda que presente yo á vd. este hombre que acababamos de encontrar y que venia á galope.

—¿Quien es vd. amigo? preguntó el comandante alzando un poco su capuchon para examinarle?

—Señor, respondió el criado, soy un postillon, y me adelanto á Zacoalco para buscar un carruaje ó

un carpintero, porque el coche en que venia mi amo el señor R..... de Guadalajara se ha hecho pedazos á cuatro leguas de aquí, y allí está toda la familia parada en el camino.

—¡El señor R!..... preguntó con interes el comandante.

—Sí, señor, él mismo con su señora, su niña y otras dos señoritas que le acompañan, y además los criados de la casa con los equipajes.

—¿Salieron vdes. hoy de Guadalajara?

—Sí, gefe, salimos hoy temprano, porque los franceses debian llegar en la mañana y mi amo no quiso aguardarlos.

—De modo que los franceces están hoy en Guadalajara.

—De seguro, mi gefe: en Santa Ana, donde nos detuvimos un rato, supimos eso de cierto por un mozo de la hacienda que trajo la noticia. Se estaban acuartelando cuando él salió.

—Bueno; y ¿dice vd. que la familia del señor R... se quedó en el camino?

—Sí, señor; y figúrese vd. con la noche tan fria y el camino tan desamparado, allí están las señoras maltradas por el golpe del carruaje que se rompió y volcó. Mi amo queria quedarse en Santa Ana, pero

la niña no quiso y tuvo el capricho de llegar hoy á Zacoalco: ¡estaba tan inquieta y tan impaciente la pobrecita, y suceder esto!

—¡Ah, no ha podido resistir la ausencia de Enrique! dijo el comandante en voz muy baja.

El comandante era Fernando Valle que regresaba con su escuadron, de órden del cuartel general, á situarse en la hacienda de Santa Ana, en observacion del enemigo.

Despues de meditar un breve instante añadió para sí:—¡Pérfida!.....¡cuánto le ama y cuánto mal me ha hecho! ..... En fin! volvamos bien por mal!

Y luego, llamando á uno de sus capitanes, le dijo:

—Capitan, necesito volver urgentemente á Zacoalco con este correo que trae despachos importantes de Guadalajara; vd. queda mandando la columna que hará alto aquí, mande vd. echar pié á tierra y que se estén los soldados brida en mano, hasta mi vuelta que no tardará dos horas. Yo me voy solo con el correo.

—Muy bien, mi comandante.

—Venga vd., dijo Valle al mozo, y sígame á todo galope.

Pasaron á un costado de la columna, donde dió el comandante todavía algunas órdenes brevísimas

á dos ó tres oficiales, y se alejaron despues rápidamente los dos ginetes con direccion á Zacoalco.

Media hora despues penetraban en el pueblo y se detenian en la plaza.

—Aguárdeme vd. aquí, dijo Valle al mozo, y se dirigió á una casa en cuyo zaguan tocó repetidas veces. Abriéronle por fin, entró, se apeó y fué á tocar de nuevo en una puerta interior.

—Capitan, capitan, ábrame vd., soy yo, Valle.

La persona interpelada se levantó apresuradamente y vino á abrir.

—Fernando, ¿qué se ofrece? ¿qué hay? ¿pues no se habia vd. marchado á las diez?

—Es verdad; pero he tenido necesidad de volver, y sobre ello, mi viejo capitan, ruego á vd. mucho que me guarde el secreto; es una pequeña contravencion á las órdenes que he recibido. Marchaba con mi columna para la hacienda de Santa Ana, cuando á dos leguas de aquí me encontré al mozo de una familia de Guadalajara que quiero mucho, el cual me dijo que el carruaje en que aquella venia se volcó en el camino, y que habia quedado detenida por eso; que él venia á este pueblo á conseguir otro carruaje, si era posible, ó á llevar un carpintero. Vd. comprenderá que ni uno ni otro son

fáciles de obtener aquí. Entonces me acordé de que vd. habia traido un coche porque sus enfermedades no le permiten caminar á caballo; pero pensé que si no venia yo en persona á pedírsele á vd. no le daria, y tiene vd. razon, mi viejo capitan, vd. le necesita mucho; pero por nuestra amistad, por lo que vd. mas quiera, le suplico que me le facilite para auxiliar á esa familia á quien debo muchos favores.....

—¡Hum! Fernando! la cosa es peliaguda.... vd. sabe que no puedo moverme; y ¿cómo continúo hasta Sayula desde aquí?

—¡Oh! no hay cuidado, vd. prestará el carruaje hasta Sayula, pues de otro modo la familia siempre tendria que detenerse aquí. Pero llegará mañana á ese pueblo y regresará el carruaje á Zacoalco pasado mañana para que vd. continúe su camino. Ya vd. ve que lo que le pido es un dia de fastidio en este pueblo; pero no olvidaré tamaño sacrificio.

—Bien, muchacho, bien, tome vd. el carruaje: ¡que diablo! no faltaba mas que yo negara un tan pequeño servicio á quien debo la vida y tantos ...

—Vamos, no siga vd., mi capitan, recuerde vd. que he sido su soldado y que....

—Y que hoy es vd. mi gefe, bien merecido, hijo

mio; valientes como vd. no se encuentran por todas partes....

—Calle vd., mi capitan, calle y reciba mi agradecimiento....

—Ya sabe vd. que han entrado los franceses á Guadalajara?

—Acabo de saberlo por el mismo criado; pero vd. ¿cómo lo supo?

—Ha pasado por aquí un extraordinario que llegó momentos despues de que vd. salió; ese hombre avisó al alcalde que nos lo dijo á nosotros. Segun eso va vd. á tener pelotera, porque yo no dudo que ellos destaquen alguna fuerza con direccion á este camino.

—No será tan pronto, mi capitan, y si sucede me alegraré muchísimo, ya tengo deseos por mil razones de encontrarme con ellos.

—Vaya vd. con Dios, muchacho, llévese el carruaje; apuesto á que en esa familia viene alguna linda por cuyos bigotes anda vd. corriendo á estas horas.

—Algo hay de eso, contestó el comandante, montando á caballo y diciendo adios al viejo capitan.

Este llamó al dueño del carruaje, le advirtió que tenia la obligacion de volver de Sayula á cumplir su contrato, y que se arreglara en cuanto á la gra-

tificacion por su viaje extraordinario, con el comandante.

El carruaje se dispuso y salió del meson con tres tiros de mulas.

—Amigo mio, dijo Valle al del carruaje, va vd. á traer una familia que está á cuatro leguas de aquí, y sin detenerse en este pueblo, porque le manifestará vd. que le es urgente estar de vuelta pasado mañana de Sayula, para conducir al capitan con quien tiene vd. compromiso; la llevará vd. hasta esa poblacion, en la que le será fácil conseguir otro coche, de los muchos que se fueron con el general. Ahora vd. no recibirá de esa familia gratificacion ninguna; aquí tiene vd. tres onzas y este reloj de oro que vale tres veces mas y que conservará vd. en mi nombre.

—Es bastante, gefe, y sobrado, y yo le doy á vd. un millon de gracias.

—Partamos, pues.

El carruaje partió á escape.

Pero al llegar á la salida del pueblo, Valle comenzó á sentir que su pobre caballo no podia mas y que estaba próximo á caerse.

—Sea por Dios, dijo bajándose, mi pobre, mi único caballo, mi compañero de trabajos..... se muere,

no hay duda.....! y era natural..... veinte leguas de camino, pocos descansos, tres dias de fatigas... y una carrera de dos leguas en media hora, es lo suficiente para que el pobrecillo sucumba, no hay remedio.

No bien acababa de decir esto cuando el infeliz caballo cayó muerto.

Valle gritó al postillon, que se detuvo.

—Grita al cochero que haga alto.

El carruaje se detuvo tambien.

—Mira, muchacho, continuó Valle, mi caballo ha reventado y no tengo otro; el tuyo está todavía muy bien y me parece muy fuerte.

—Ah, señor, es muy bueno, es de los de mi amo.

—Pues bien, te le compro.

—Señor.... es de él.....

—Bien, dile que se le vendiste al oficial que proporcionó el coche, no lo llevará á mal.

—Costó doscientos pesos, señor....

—Arreglado: te doy diez onzas, y no mas porque no tengo; pero te daria una mano por un caballo en este momento.

—Está bueno, señor, vale que el amo no se enojará, porque él tambien hubiera dado una hacienda por un carruaje, hace dos horas.

El postillon recibió sus diez onzas, que contó minuciosamente, quitó la silla á su caballo, la metió en el carruaje, en seguida se metió el mismo; Valle quitó su montura militar del caballo muerto, del que se despidió con una lágrima, ensilló el caballo que acababa de comprar y se puso á la portezuela del coche que volvió á partir. Una hora despues llegaron adonde estaba la columna; allí Valle despidió al postillon, advirtiéndole que el carruaje era de un amigo suyo y que no recibiria paga alguna, porque la familia del Sr. R.... era una familia querida para él, por lo cual estaba advertido el conductor del carruaje de no recibir un maravedí. El postillon le dió las gracias en nombre de su amo, y partió en el coche con toda celeridad.

Fernando mandó montar á caballo y continuó lentamente su camino, con la frente oculta bajo su capucha y en el mayor silencio. Si hubiese habido luz para examinar su semblante, se habria espantado cualquiera al notar la expresion de profunda tristeza que nublaba sus ojos y que daba á su sonrisa un aire de desesperacion concentrada.

XXVII

Alter tulit honores.

—No la veré, no podré verla... murmuró al cabo de un instante, y mas vale. Que crea que es Enrique, y será mejor.

Despues, volviéndose hácia un muchacho que le acompañaba montado en una jaquita, tan flaca como ligera, le dijo:

—Oye, guia, ¿no hay un camino que corte de aquí directamente para la hacienda de Santa Ana?

—Para la hacienda no, señor; pero yo conozco una vereda que va á dar al pueblo de Santa Anita, y como está tan cerca de la hacienda, es lo mismo.

—Pues bien, toma la vereda: ¿es buena para la caballería?

—Un poco pedregosa; pero muy poco, es un pedazo malo, lo demás es como aquí.

—Bien: adelante.

El guia fué á guiar al sargento, gefe de la descubierta, y la columna comenzó á desfilar por la vereda. Dejémosla seguir para Santa Anita y volvamos al lugar donde quedó la familia.

Comenzaba á rayar la aurora cuando el padre de Clemencia creyó escuchar el ruido de un carruaje: le pareció demasiada fortuna para ser creible; pero un momento despues un mozo destacado por aquel lado del camino vino corriendo á decirle que en efecto era un carruaje el que se acercaba, tirado por seis mulas.

El Sr. R..... despertó á la familia alborozado.

—Dios nos protege, hijas mias; hé ahí un coche que viene de Zacoalco.

Las señoras se levantaron contentas.

El carruaje llegó y se detuvo. El postillon se apeó.

—¡Ah, señor! ¡qué fortuna tan grande! Antes de llegar al pueblo encontré una caballería. El que la manda es un jóven, segun pude ver, y luego que le dije que era su merced el que estaba aquí detenido con su familia por la rotura del coche, se sorprendió mucho, se afligió como si fuera alguna cosa de

su merced, y dejó á un oficial encargado de la tropa y se fué conmigo al pueblo. Allí entró á una casa y salió con este carruaje que dice que es de un amigo suyo, que le suplica á su merced que le lleve no mas hasta Sayula para que de allí se vuelva á conducir á ese amigo suyo, y que no pague nada al conductor, porque tiene órden de no recibir ni un ochavo.

El caballero al oir esto se quedó perplejo. Pero Clemencia, con su viveza de costumbre, dijo conmovida:

—Papá..... ese oficial es Flores..... estoy segura; ¿quién más que él es capaz de ese rasgo de galantería?

Isabel frunció las cejas al oir esto.

—Es muy posible que sea él, concluyó el anciano. ¿Qué señas tiene, muchacho?

—Señor, no le ví bien: tenia cubierta la cabeza con un capuchon que le tapaba parte de la cara; pero es un jóven, me pareció alto, y monta muy bien á caballo.

—Es él..... no hay duda, papá, volvió á decir Clemencia.

—Conoce v.d. al oficial que envía el carruaje? preguntó el padre de Clemencia al conductor.

—No señor, contestó este secamente; es la primera vez que le veo ahora.

—Pero ¿no oyó vd. si se llama Flores?

—Me parece que sí, señor.

—¡Oh noble corazon! dijo la madre de Clemencia, mientras que Isabel palidecia y reprimia una lágrima.

—Y ¿vamos á encontrarle? preguntó Clemencia al postillon.

—Seguramente, porque viene para acá.

—¡Dios mio! murmuró en voz baja la jóven; y ¿adónde va cuando yo salgo precisamente por estar cerca de él? Y luego añadió en voz alta:

—¿Cree vd., papá, que vayan las tropas liberales á atacar á Guadalajara?

—Seria un desatino abandonar una plaza para atacarla despues á los tres dias! Esto creo yo que se hace cuando se cuenta con otros elementos.

—Pero entonces adónde marcha esa caballería?

—Irá á observar al enemigo: ¿pues no sabes que el general Uraga ha dispuesto defender las Barrancas y establecer allí una línea formidable de defensa?

Clemencia se entristeció profundamente.

Pero los mozos habian acabado de arreglar el carruaje y de colocar las cargas en las mulas. La fa-

milia se colocó en los asientos y el coche empezó á andar.

—Allá va una tropa de caballería, gritó un mozo que iba delante, señalando en efecto una larga hilera de ginetes que desfilaba á lo lejos por un costado del camino y que se veia muy bien con la luz cada vez mas clara del dia. Empezaba á amanecer.

Las señoras se asomaron á la portezuela.

—¡Ingrato! dijo para sí Clemencia; ¿y por qué no ha querido verme? ¡Ah, temeria por su corazon! Y la rubia á su vez pensaba que tal vez adivinando ó sabiendo que ella venia tambien, no habia querido verla para no sufrir con su presencia.

Y las dos jóvenes se ocultaron una de otra y de las señoras, para no dejar ver sus ojos llenos de lágrimas, y luego volvieron á asomarse á la portezuela hasta que la columna se perdió á lo lejos entre las sombras del lomerío.

XXVIII

Prision y regalos.

Entretanto ocurrian en Zapotlán, donde Uraga habia situado su cuartel general, los siguientes cambios:

El coronel del cuerpo de caballería á que pertenecian Flores y Valle habia sido ascendido á general y recibido el mando de una brigada. Enrique, como lo dije hace poco, habia recibido su despacho de teniente coronel desde antes de salir de Guadalajara, y en calidad de tal se quedó con el mando de su cuerpo. El general en gefe tenia afecto á este oficial por las recomendaciones que hacian de él frecuentemente, tanto el antiguo coronel como otros

muchos amigos que el jóven tenia en el cuartel general.

Convenia para los nuevos planes que el gefe del ejército del centro acababa de formar, que algunas fuerzas de caballería se avanzaran hasta las cercanías de Guadalajara, con el objeto de observar los movimientos del enemigo. En caso de avanzar este hácia la nueva línea de defensa, tales fuerzas debian replegarse y unirse al grueso del ejército liberal.

Flores habia pedido al general que su cuerpo fuese uno de los avanzados. Se le concedió y se le ordenó asimismo que marchara á situarse con él en puntos cercanos á la expresada ciudad. Enrique con tal objeto marchó llevando el resto del cuerpo, pues ya sabemos que uno de los escuadrones habia avanzado hasta Santa Ana con Fernando Valle á su cabeza. Este jóven ignoraba hasta el dia 6 las novedades ocurridas en su cuerpo; pero las supo el dia 8, algunas horas antes de que llegara á la hacienda de Santa Ana el teniente coronel Flores con el otro escuadron.

Fernando, al tener conocimiento de que su mortal enemigo venia á ser ahora su gefe, tuvo un momento de desesperacion, y le ocurrió pedir desde luego su pase á otro cuerpo; pero la circunstancia

de hallarse frente al enemigo le detuvo, y no halló mas medio que el de resignarse por lo pronto á su suerte.

Enrique llegó, y Fernando con la mayor amargura se vió obligado á presentarse á su gefe y á ponerse á sus órdenes, dándole parte de las novedades ocurridas.

En el momento se le mandó permanecer en la hacienda con cincuenta caballos, miéntras que Flores marchó al pueblo de Santa Anita con el resto del cuerpo.

Una vez allí, Enrique que tenia cerca de Valle oficiales que espiaban todos los movimientos de este y que le dieron cuenta de ellos, supo: que Valle habia encontrado en la noche del 5, á dos leguas de Zacoalco, á un correo de Guadalajara, que habia habia hablado con él en secreto, y que habia abandonado un rato la columna para irse con él hasta el pueblo, volviendo despues con un carruaje.

Todo esto era para Enrique un misterio, pero aunque estaba íntimamente convencido de que Fernando no abrigaba intencion ninguna de traicionar, no quiso perder la ocasion de sacar ventaja de tamaña ocurrencia.

Fernando estorbaba para la realizacion de los

planes que Enrique estaba concibiendo desde hacia algunos dias, y en los que trabajaba con actividad, como lo sabremos despues. La presencia de Fernando en el cuerpo era un obstáculo insuperable, presentábase la ocasion de hacerle desaparecer, y Enrique dió gracias á su fortuna por haberle puesto á punto de concluir su obra.

El extraordinario que llevaba á Zapotlán la comunicacion de Flores, partió, y dos dias despues llegaba á Santa Anita la órden del cuartel general para prender al comandante Valle y remitirle con una buena escolta á Zapotlán.

Eran las seis de la mañana, y el oficial encargado por Flores de ejecutar la órden superior, llegó á la hacienda de Santa Ana y no encontró á Valle ni á sus cincuenta ginetes, pero supo que el jóven comandante habia salido al oscurecer el dia anterior de la hacienda, con direccion á Guadalajara.

El oficial se quedó contrariado, é iba á avisar á su gefe lo que ocurria, cuando divisó á lo lejos una polvareda, y un momento despues vió aparecer á los cincuenta caballos, que con su gefe á la cabeza regresaban á Santa Ana.

Adelantóse el oficial al encuentro de Valle, y le dijo:

—Comandante, buscaba á vd., y me sorprendí de no hallarle en la hacienda.

—¡Oh, capitan! respondió Valle con aire sombrío. Avancé un poco esta noche: y me alegro mucho de ello. ¿Qué se ofrece?

—Este pliego de parte del coronel, dijo alargándole una comunicacion cerrada y sellada.

Fernando abrió el pliego, y apenas comenzaba su lectura se puso pálido, frunció las cejas y no pudo contener un movimiento de indignacion, al que sucedió una sonrisa de desprecio.

—Comprendo, dijo con altivez; á tiempo viene esta órden. En fin, obedezco. ¡Capitan! dijo á uno de sus oficiales, queda vd. á las órdenes del señor, y yo marcho en este momento.

Diez minutos despues, y habiendo arreglado su pequeño equipaje, Valle salió en direccion á Zapotlán, conducido por una escolta de veinte hombres al mando de un teniente. Valle caminaba taciturno; pero de cuando en cuando se dibujaba en su semblante una sonrisa de triunfo.

—Es la primera vez, llegó á decirse en voz baja, que la casualidad me favorece. Era justo; hasta ahora no habia sido todo mas que un continuo llover desgracias sobre mí.

Habian andado seis leguas cuando encontraron á dos criados conduciendo dos magníficos caballos cubiertos con dos vistosas camisas de lana, y una mula que traia una pequeña caja.

Uno de los mozos se detuvo y preguntó al teniente:

—Señor oficial, ¿me hace vd. favor de decirme si está en la hacienda de Santa Ana el señor coronel Flores?

—En el pueblo de Santa Anita, muchacho.

—¿Son para él esos caballos?

—Sí, señor, replicó el mozo; se los llevo de regalo de parte del señor R ..... lo mismo que esa petaquita.

—¿Dónde está el señor R.....? preguntó Fernando.

—Él me despachó de Zapotlán, pero siguió su camino hasta Colima con la familia; de modo que allá debe estar ahora.

Los dos grupos se alejaron uno de otro, y el de los mozos del señor R..... llegó á la una á Santa Anita, donde estaba el teniente coronel Flores.

Este recibió la carta que le mandaba el padre de Clemencia, y manifestó la mas grande sorpresa al concluir su lectura.

La carta decia poco mas ó menos así:

«Querido amigo mio: Estoy altamente reconocido á la generosidad de vd., y solo me permitirá acusarle por no haber seguido por el mismo camino que nosotros traíamos, y en el que el encuentro con vd. nos hubiera sido sumamente grato, y nos habria proporcionado la ocasion de darle las gracias personalmente por todo lo que hizo esa noche.

«Fué vd. una providencia para nosotros. Aun tengo que acusarle otra vez por haber permitido que mi criado cometiese una falta que nunca le perdonaré. El caballo de vd. cayó muerto en Zacoalco, á consecuencia de haberle hecho correr por prestarnos un servicio. ¿Cómo pudo vd. suponer que yo aprobaria la compra de mi caballo que el mozo imbécil no discurrió regalarle?

«Yo no supe esta ocurrencia penosa para mí, sino hasta llegar á Zacoalco, pues mi preocupacion me impidió observar que el criado llegaba en el carruaje, sin el caballo que antes montaba. Despues quise cerciorarme de que era á vd. á quien debiamos tantos favores, aunque lo presumiamos y Clemencia lo tenia por seguro; pero una vez sabido en este pueblo por el general que habia despachado á vd., lo cierto, y además el punto en que podia encontrarse, me

decidí á escribirle enviándole además de las diez onzas que mi criado recibió indebidamente, dos de mis mejores caballos, y una mula que lleva para vd. un pequeño botiquin que Clemencia habia preparado para nosotros, y un precioso escritorio de campaña que era del padre de Isabel, que esta niña manda á vd. como una muestra de gratitud.

«Nosotros vamos á Colima. De allí escribiremos á vd. frecuentemente; vd. haga lo mismo, etc. etc.»

Enrique comprendió desde luego toda la historia del correo misterioso que hizo volver á Fernando á Zacoalco, y temió, por lo mismo, que su acusacion cayese en falso, lo que no podia menos de suceder si se aclaraban los hechos. Pero contentóse por lo pronto con responder al Sr. R..... una carta muy lacónica, dándole las gracias, y diciéndole que mas tarde le explicaria todo lo que habia de oscuro en su conducta. Despues de lo cual abrió la petaca en la cual encontró el botiquin y el lindo escritorio, que era un verdadero dije, con cuanto habia menester un gefe en campaña para el despacho de su correspondencia. Al abrir el primero de estos muebles Enrique encontró un billete que se apresuró á abrir. Era de Clemencia, y en él habia puesto la enamorada jóven las siguientes palabras:

«Enrique mio: ¿por qué no has querido hablarnos en el camino? He salido de Guadalajara, á pesar de tus instancias para que me quedase. No comprendo todavía por qué te empeñabas en dejarme con tus enemigos. Yo no podia vivir sin tí, y he salido adonde siquiera pueda tener noticias tuyas mas frecuentes. Te mando mi botiquin, y la pobre Isabel te envia el escritorio de su padre que ella guardaba como reliquia, pero que desea que uses para que te acuerdes de ella.

«Yo pienso en tí continuamente y te amo mas que nunca.

«CLEMENCIA.»

Todo esto fué un motivo de temor y de contrariedad para Enrique, que veia bien claro la equivocacion, y que consideraba cuánto bajaria en el concepto de aquella familia, y especialmente de aquella mujer tan apasionada y tan original, en el momento en que se explicase el *qui pro quo*, momento que no veia muy lejano.

Desde luego no dudaba que Fernando fuese el autor de aquella accion, que estaba tan en conformidad con su carácter; y como á sus propios ojos Valle aparecia tanto mas generoso esa vez cuanto

mas desprecios habia recibido de Clemencia en Guadalajara, temia que esta jóven concibiese por su desdeñado rival una especie de admiracion que pudiera convertirse en simpatía.

—Sin embargo, dijo para sí, la fortuna es mi madre, y la desgracia sigue á ese muchacho como una sombra.

XXIX

El traidor.

Fernando llegó á Zapotlán de noche, y el primero que le vió fué su antiguo coronel.

—Mal negocio para vd., amigo mio; ha sido vd. un loco, el general en gefe está indignado contra vd., y Dios le saque con bien de la entrevista que va á tener.

Pronto llegó Valle al cuartel general y fué anunciado al gefe del ejército del Centro, que despachaba en su oficina con su secretario.

—Que éntre! dijo con voz seca, y levantando la cabeza con aspecto irritado:

—¿Usted es el comandante Valle? preguntó, al entrar el jóven.

—Sí, mi general; ayer he sido reducido á prision y recibí órden de presentarme á vd.: ignoro qué causa ha habido para esto.

—¿Ignora vd., eh? ¿no le acusa á vd. su conciencia de nada?

—De nada, mi general.

—Usted está traicionando, comandante, vd. es un mal mexicano. La noche en que vd. salió de Zacoalco con su columna, se encontró un correo que venia de Guadalajara, habló con vd., y entonces vd. abandonó su tropa y se fué con él á Zacoalco á leer sus pliegos y á contestarlos, despues de lo cual se volvió vd. de nuevo en su compañía, le despachó vd. por delante, y en vez de seguir el camino recto tomó uno de través para dirigirse, no á la hacienda de Santa Ana, sino al pueblo de Santa Anita, contraviniendo á las órdenes que se le habian dado. Y era porque una partida enemiga estaba en la hacienda y vd. necesitaba que no la viese su tropa. De modo que vd. está espiando nuestros movimientos y dando cuenta de ellos á los franceses?..... Y ¿sabe vd. lo que su conducta merece? ¿Sabe vd. que yo deseo dar un ejemplar terrible en el ejército, que quite las ganas á los cobardes ó á los traidores de deshonrar nuestras banderas? ¿Lo sabe vd., desgraciado?

—Mi general, en el informe que han dado á vd. de lo que hice en la noche del 5, han agregado un hecho enteramente falso, y desnaturalizado los otros. No habia tal fuerza enemiga en la hacienda de Santa Ana, y apelo á los dueños de ella, que allí están y pueden declarar. Además, el hombre que yo encontré no era correo, sino un mozo del Sr. R..... de Guadalajara, que venia á Zacoalco en busca de un carruaje, pues el que traia ese caballero se habia hecho pedazos en el camino. Yo tengo motivos de gratitud hácia esa familia y quise sacarla del apuro. El capitan X..... que debe estar aquí ahora, habia llegado á Zacoalco en la tarde con un coche; me acordé de esto, pero como desconfié de que con un simple recado el capitan prestara su carruaje, abandoné la columna dos horas, y vine al pueblo á pedir al capitan este favor que me concedió al fin. Volví con el carruaje, despaché al mozo por delante, como era natural, y si tomé un camino de través para no encontrar á la familia, fué porque no queria hacer conocido de ella mi servicio, y porque deseaba excusar sus manifestaciones de agradecimiento. Hé ahí mi conducta explicada; en cuanto á la falta que cometí abandonando mi escuadron por dos horas, es cierta, y merezco castigo. Tambien es

cierta la contravencion á las órdenes que acababa de recibir, dirigiéndome á la hacienda de Santa Ana; pero no hice mas que pasar por el pueblo de Santa Anita, y con una hora de retardo estuve en mi punto.

El general parecia reflexionar con esta explicacion dada por Fernando con un acento de verdad.

—De modo, volvió á preguntar, que ese carruaje que se facilitó al Sr. R... fué vd. quien le consiguió, y no el teniente coronel Flores?

—Yo, señor, y no él, puesto que segun informa á vd. él mismo, yo encontré al mozo la noche del dia 5 y regresé á Zacoalco y volví á despacharle con el carruaje.

—Y ¿quien ha dicho á vd. que sea su gefe quien me informa?

—Lo adivino, señor; él me odia...

—¿Pero cómo no vió á vd. el Sr. R....

—Recuerde vd. señor que se le ha informado que tomé un camino de través para evitar su encuentro, y esa es la razon de por qué no me vió y de por qué seguramente ignora que yo fuí quien le envió el coche.

—Puede que tenga razon, dijo el general á su secretario en voz baja; aquí hay una equivocacion

seguramente. El Sr. R... no nos dijo que hubiese visto á Flores?

—No, señor, dijo que habia tomado un camino de costado para no encontrarle, recuerde vd.

—Pues es verdad, y el informe coincide perfectamente, y solo omite lo del carruaje.

—Entonces Flores pecó de ligero en acusar á este muchacho... ¿Recuerda vd. qué dia nos dijo el Sr. R... que se habia roto su carruaje?

—El 5, señor, y ese dia, nos dijo que habia salido de Guadalajara un poco antes de que los franceses entraran.

—¿Que dia salió Flores de Sayula para Santa Ana?

El secretario consultó algunos papeles, y respondió:

—Salió el 5 en la tarde, señor, y no marchó directamente para Santa Ana, sino que antes fué á desempeñar la comision que se le confió; en la tarde del 7 regresó segun el parte del general Arteaga, en el acto volvió á salir, y el 8 llegó á Santa Ana, segun su comunicacion que ha venido con el informe respecto de este comandante.

—De modo que él no pudo ser quien consiguió el coche para el Sr. R.... en Zacoalco en la noche del 5?

—No, señor, porque estaba muy lejos de ese pueblo.

—Ni pudo encontrar en el camino al Sr. R.....

—Yo creo que no, porque este señor parece que llegó á Sayula el dia 6 en la noche, y continuó su camino, llegando aquí el 7; así es que no pudieron encontrarse, porque el coronel no estaba en el camino en esos dos dias.

—Qué dia salió vd. para Santa Ana? preguntó el general á Fernando.

—El 5 en la mañana, señor, llegué á Zacoalco, dí un pienso á la caballada y continué mi marcha á las siete de la noche para la hacienda, adonde llegué el 6, como parece que se le informa á vd.

El general volvió á consultar la comunicacion de Flores.

No habia duda, estaba explicada la conducta del comandante acusado.

Solo faltaba indagar si habia habido fuerzas enemigas en Santa Ana, como parecia asegurarse, y preguntar al capitan X..... si habia prestado el carruaje.

—Bien, dijo el general, mañana pondremos completamente en claro la conducta de vd., que segun sé, no ha inspirado á sus gefes, desde hace tiempo,

mucha confianza que digamos. Y de todos modos, vd. será castigado por andar consiguiendo coches para las familias, con perjuicio de sus deberes..... ya veremos mañana..... vaya vd. á su prision.....

—Mi general, dijo Fernando resueltamente, esperaba concluir la explicacion de mi conducta esta noche, para dar á vd. otro informe; pero ese, apoyado en pruebas..... El traidor no soy yo, sino el que vd. va á conocer en este momento. Desde la llegada del gefe de mi cuerpo quedé en Santa Ana con cincuenta soldados, y él, como vd. lo sabrá, permanece en el pueblo de Santa Anita. Pues bien; antes de anoche me avancé unas cuatro leguas mas cerca de Guadalajara, y allí hice alto. Tenia yo noticia de que la noche anterior se habia visto venir hasta allí una partida de caballería enemiga. A las doce de la noche, ocultando mi fuerza perfectamente tras de una pequeña colina, me avancé hácia el camino, seguido solo de un asistente de mi confianza, y como á unos cien pasos me detuve al pié de una arboleda, lugar en que se me habia dicho por un vaquero que habia estado la partida enemiga en la madrugada del dia anterior.

Una hora despues, como á la una y media, vi que se acercaba un ginete que iba con direccion á

Guadalajara. Al llegar frente á nosotros le salimos al encuentro y le detuvimos. El se aterrorizó, y preguntándole quién era, nos confesó despues de mucha resistencia que era correo del teniente coronel Flores, que iba á Guadalajara á entregar al general enemigo M.... un pliego que llevaba oculto. Era un sargento de mi cuerpo, de los favoritos del teniente coronel, y tan luego como me conoció por la voz, me confesó que habia ido ya dos veces á la plaza enemiga. Recogí el pliego, y pensando qué haria para ocultar á todos aquella presa y evitar que el teniente coronel tuviera conocimiento de que estaba denunciado, discurrí llamar inmediatamente á otro de mis asistentes, hombre de confianza, y le previne, lo mismo que al que habia estado conmigo, que maniatando al sargento-correo perfectamente y montando uno de mis muchachos á la grupa de su caballo, marchasen sin pérdida de tiempo para Sayula. Me prometia llegar á la hacienda, escribir al general Arteaga para hacerle saber aquel incidente, y acompañarle el pliego consabido para conocimiento de él y de vd. Aun no podia leer el pliego, pero me presumia lo que encerraba. De todos modos, hice partir á los soldados antes de que hubiese luz, y les advertí que en el camino los alcanzaria un

correo mio, que les daria las órdenes que habian de ejecutar.

Despues, como á las cuatro de la mañana, me uní á mi fuerza y regresé con ella á Santa Ana, donde encontré, con gran sorpresa mia, al oficial que me intimó la órden de prision y que designó la escolta que me ha conducido hasta aquí. En Zacoalco alcancé á mis dos soldados y al sargento preso, y mientras descansamos hice decirles con mi criado que se adelantasen hasta este pueblo, adonde han llegado hoy antes que nosotros, auxiliados por los jueces de Acordada, á quienes han dicho que era un correo del enemigo que se remitia al cuartel general.

—El correo está allí, señor, y el pliego es este.

—Veamos, veamos, dijo el general que habia escuchado con atencion el relato de Valle, y dando muestras de una impaciencia extraordinaria.

Abrió el pliego, que era pequeño, muy lleno de dobleces, de modo que formaba un volúmen reducidísimo. Le leyó con suma atencion, así como otros dos papelitos que estaban adjuntos, y los pasó en seguida á su secretario, volviendo á leerlos con él.

—¿Qué le parece á vd.? dijo al secretario con voz sorda y trémula de cólera; ¡mis órdenes! ¡mis

instrucciones reservadas! ¿esperaba vd. esto de ese famoso recomendado, de este imbécil de general X.....? ¡Una traicion en toda forma! De modo que estábamos vendidos enteramente.

—Lo estamos aún, señor, replicó el secretario, mientras ese hombre esté allí. Ha sido una fortuna semejante revelacion. Es preciso arreglar este negocio pronto..... esta misma noche.

—Ya lo creo que esta misma noche. ¡Hola! ¡un ayudante!

Se presentó un ayudante en el acto, el cual recibió órdenes en voz baja y salió apresuradamente.

—¿Pero esta es la firma de ese pícaro?

—Su firma y su letra, señor general; aquí están sus comunicaciones todas.

—¡Y le hemos ascendido! ¡si tengo yo una confianza!

—Comandante, dijo luego dirigiéndose á Valle, ha hecho vd. un servicio á la causa de la República con esto, y no tema vd. por sus faltas anteriores. Demasiado grave es lo que hace su indigno gefe para que hagamos alto en las irregularidades de la conducta de vd. Ha hecho bien en manejarse con tal reserva. Está vd. libre; llame vd. á sus soldados y tráigame al sargento.

Un instante despues Fernando apareció con los tres.

—Aquí están, mi general.

—Acércate, sargento: ¿por qué vienes preso?

—Mi general, aquí mi comandante le dirá á vd.; me encontró en el camino de Guadalajara.....

—¿Quién te mandaba? ¿á qué ibas?

—Señor, mi teniente coronel Flores me ha enviado dos veces á Guadalajara á llevar comunicaciones al general M..... y llevaba yo antenoche otro pliego cuando mi comandante me hizo prisionero.

—¿Es este el pliego que llevabas?

—Sí, mi general, ese es, le llevaba yo cerrado y pegado con lacre.

—Bien; ¿tú conoces al general M.....?

—Sí, señor, he servido con él en tiempo de los *mochos*, y por eso me escogió mi teniente coronel. Yo le suplicaba que no me mandara adonde estaban los franceses; pero él me dijo que eran asuntos del gobierno nuestro, y que además me recomendaba el secreto porque no convenia que ninguno lo supiera; y me dió dinero y me prometió hacerme oficial dentro de pocos dias.

—¿Y el general M.... mandaba tambien pliegos?

—Sí, señor, yo se los llevé á mi teniente coronel, y la noche antes de que me aprendieran vino el mismo general á hablar con mi gefe; yo acompañé á este con otros veinte hombres.

—Y ¿no oíste qué decian?

—No, mi general, nos quedamos lejos; pero yo advertí que los que venian con el general M..... eran franceses, porque los oí hablar y tenian una lengua diferente de la nuestra.

—Está bien, retírate bribon, y prepárate, porque te voy á fusilar por traidor.

—Mi general, dijo el desgraciado sargento afligido..... yo no tengo culpa, señor; mi gefe me mandaba y yo obedecia..... tengo familia, señor.....

—Bien; vete, vete. Que ese sargento permanezca incomunicado, dijo el general á un ayudante.

El sargento salió.

—¿Qué tal es este sargento, comandante?

—Es bueno, mi general, cumplido y subordinado. Estoy seguro de que ha dicho á vd. la verdad. Es uno de los que quiere mas el teniente coronel; pero el pobre tal vez no cree faltar á sus deberes obedeciendo.

—Bueno; retírese vd., y silencio por ahora.

—Pierda vd. cuidado, mi general.

El cuartel-maestre entró.

—Vea vd. lo que pasa, dijo el general alargando el pliego de Flores al cuartel-maestre.

—¡Infame! murmuró este.

—¿Están listos los cuerpos?

—Sí, señor.

—Pues en marcha ahora mismo. Que estén mañana en Sayula y pasado mañana en Santa Ana. Es preciso que ese bribon no conozca que sabemos su traicion, y luego que esté todo arreglado, ya sabe vd., con una buena escolta y caminando dia y noche, acá. Nos importa averiguarlo todo y saber á qué atenernos. Esta es una cadena que tiene eslabones mas gruesos de lo que aparecen. Ese cuerpo de caballería no me inspira ya confianza, está minado desde Guadalajara. Así es que por compañías, y bien vigiladas, que se dirija tambien para acá. Esta noche que quede arrestado el general X.... pues me parece algo complicado en el negocio.

—Está bien, señor; ¿no tiene vd. nada mas que ordenar?

—Nada mas por ahora.

—Con permiso de vd.

—A trabajar nosotros, dijo el general á su secretario.

Y un momento despues los dos estaban inclinados sobre la mesa, mientras que los ayudantes dormian sentados y envueltos en sus capas en la pieza inmediata, y los centinelas se paseaban á lo largo de los corredores.

En la plaza de Zapotlán habia ese movimiento que se nota cuando va á salir una fuerza. Dos cuerpos de caballería se formaban en columnas, y poco despues desfilaban silenciosamente, dirigiéndose por el camino de Sayula. Un general iba á su cabeza, y llevaba las instrucciones mas detalladas sobre las órdenes que iba á ejecutar.

Entretanto, allá en la hacienda de Santa Anita el teniente coronel Enrique Flores, que habia recibido una nueva comunicacion de Guadalajara, no sabia cómo explicarse que su sargento no hubiese vuelto aún, ni que le dijesen nada acerca del pliego que habia enviado con aquel emisario, cuyo pliego era el mas interesante quizá de todos, por contener las instrucciones reservadas que el cuartel general habia circulado á todos los gefes de la línea avanzada.

¿Habria traicion en esto? ¿Pero en qué consistía? Por lo demás, tenia conocimiento ya de que Fernando la noche en que habia enviado el sargento á Guadalajara, habia estado avanzado hasta cua-

tro leguas mas allá de Santa Ana; pero ninguno le decia mas, y estaba tranquilo por ese lado. Sin embargo, la tardanza del sargento le tenia inquieto y agitado por diferentes pensamientos; habia mandado tocar *¡á caballo!* varias veces, y otras tantas habia dado contraórden. No sabia por qué; pero sentia crecer su odio á Fernando cada vez mas, y esperaba con impaciencia saber noticias del cuartel general.

XXX

Proceso y sentencia.

El dia 19 de Diciembre, al anochecer, un cuerpo de caballería llegaba á la ciudad de Colima, custodiando á tres ó cuatro oficiales prisioneros.

Llegó á la plaza, pasó lista y se acuarteló despues. El gefe, que era un general, pasó á la casa del gobernador y comandante militar, habló con él largamente, le entregó comunicaciones del cuartel general del ejército del centro, al cual estaba subordinado el expresado gobernador; despues de lo cual el citado gefe volvió al cuartel, se informó de si los presos estaban incomunicados, dió varias órdenes y se retiró á su alojamiento.

Al dia siguiente se tuvo noticia de que uno de los presos era un coronel acusado de *traicion á la patria.* Ya se comprenderá que ese coronel era Enrique Flores. El general en gefe habia querido que este delincuente fuera procesado en Colima y no en Zapotlán. Para esto habia tenido sus razones. Presumia que Flores obraba de acuerdo con algunos gefes mas caracterizados del ejército, segun se deducia de sus propias comunicaciones, y para dar mayor independencia al fiscal y á los jueces, habia querido que este juicio se siguiese en una plaza, que sin estar lejos del cuartel general, estuviese enteramente separada del ejército.

En efecto, en Colima, entonces, adonde yo estaba hacia unos quince dias, pues mis enfermedades iban en aumento, habia una brigada mixta á las órdenes del gobernador del Estado, que se tenia como de reserva por aquel tiempo.

Colima, como la ciudad mas importante de las que poseia aún el ejército republicano, y cercana á Zapotlán, donde el general en gefe habia fijado su residencia, estaba entonces llena de oficiales, tenia una maestranza en actividad y servia, en fin, de almacen del ejército. Además, estaba llena de emigrados de Guadalajara, que, sea por repugnancia ó

por falta de recursos, no habian querido embarcarse para San Francisco. Habia, pues, gran animacion en esta linda y coqueta ciudad, tan pintoresca por su fertilidad y su situacion, y tan alegre por el carácter de sus habitantes.

Como el general estaba impaciente por descubrir todos los secretos de la conspiracion que sospechaba, y como, por otra parte, la famosa ley de 25 de Enero de 1862 no permitia demoras, un fiscal militar que habia comenzado desde Zapotlán la causa del teniente coronel Flores, la continuó en Colima al dia siguiente de llegar el preso, y la continuó con una actividad febril.

Dos dias despues la causa se hallaba en estado de verse en consejo. El reo no habia querido reconocer sus comunicaciones desde Zapotlán, y negó obstinadamente haber mantenido relaciones con el enemigo, atribuyendo al odio del comandante Valle todo cuanto se probaba en su contra. No reconoció tampoco los papeles que se le encontraron en sus maletas y en el lindo escritorio que conocemos, y que eran comunicaciones del enemigo, en las que se le ofrecia la banda de general y otras cosas, á nombre de Bazaine y de la Regencia.

Pero estaba enteramente convicto. Ni hubiera

podido ser de otro modo, denunciado como estaba por el sargento aprehendido por Valle y por varios oficiales de su cuerpo, á quienes habia logrado seducir.

El fiscal pidió á la comandancia la reunion del consejo: esta la dispuso, previa consulta de asesor, y en la tarde misma el tribunal militar estuvo reunido. Flores se defendió cuanto pudo, aunque esperaba salvarse, no por alegatos, que ningunos tenia, sino por recomendaciones é influjos con que contaba cerca del cuartel general.

Así es que á las diez de la noche el consejo le condenó á ser fusilado. La comandancia aprobó la sentencia al otro dia, y se ordenó la ejecucion para la mañana siguiente.

Debo advertir que con la fuerza que habia llegado custodiando á Flores habia venido tambien un escuadron de su cuerpo, mandado por Valle. Este jóven no podia ocultar su disgusto, por venir al lugar en que suponia que iba á ser ejecutado su enemigo.

Su conciencia no le acusaba, es verdad, de haber hecho mal en presentar las pruebas de la traicion de Flores. Se habia defendido, y en tal caso, ni él era quien le llevaba á la muerte, ni era tampoco

para un oficial republicano, motivo de pesar el que se castigase ejemplarmente la traicion á la Patria en aquellos momentos de lucha y de prueba.

Pero con todo, Fernando, generoso por organizacion, deploraba aquella circunstancia, pensaba en el pesar profundo que la muerte del gallardo jóven iba á causar en el alma de la mujer que él amaba, pesar que iba á llevar hasta el delirio la pasion de Clemencia, y esto solo bastaba para que le fuera repugnante semejante muerte, y mas repugnante aún la consideracion de que él estaba allí expuesto al odio justo ó injusto de la enamorada jóven y de su familia.

Habia mas todavía: Enrique, que como sabemos era adorado de sus soldados que estaban dispuestos á seguirle no solo á las filas enemigas, sino que le hubieran acompañado hasta en el bandidaje de camino real, murmuraban en voz alta de la conducta del comandante que no contaba aún en su mismo escuadron sino con muy pocos defensores.

Esta malevolencia, estas consideraciones llenaban de tedio á Fernando, y deseaba que se concluyera pronto aquel horrible asunto, para pedir que se le emplease en otro cuerpo inmediatamente.

Para colmo de fastidio el comandante militar de

la plaza, cuando se confirmó la sentencia de Flores, y que se dispuso que este entrara en capilla, como se acostumbra decir, llamó á Fernando y le dijo:

—Comandante, el general en gefe del ejército acaba de prevenirme que las compañías del escuadron de vd. queden refundidas en los cuerpos de caballería de mi brigada, pues tiene motivos para sospechar que estén minadas por las sugestiones de su antiguo coronel, y es conveniente que los soldados queden perfectamente vigilados y en la impotencia de hacer traicion. Hoy mismo dispongo esto en la órden general de la plaza. Pero como vd. es un buen gefe á quien el cuartel general quiere distinguir, tambien dispone que quede vd. mandando uno de los escuadrones del cuerpo que ha venido custodiando al reo. He comunicado al general que lo manda, tal disposicion, de modo que en este momento va vd. á ponerse á sus órdenes, y probablemente le dirá á vd. que se haga cargo de la custodia del reo que va á ser ejecutado mañana.

Mi general, dijo Valle con disgusto, yo suplico á vd. que...

—Comandante, es vd. soldado y debe saber que no se replica.....

—Obedezco, señor.

En efecto, Valle recibió el mando del escuadron y la órden de custodiar al reo en la capilla.

Su mal humor fué indecible. Casi se le obligaba á vengarse de su enemigo. En realidad, las razones que habia para confiarle tan triste mision, eran las de suponerse que él, á causa de sus resentimientos, seria el que vigilase con mas rigor al reo. Este contaba con numerosos amigos, tanto en su antiguo cuerpo como en el que le habia custodiado, y se temia cualquiera maquinacion de su parte.

Colima entera estaba conmovida.

Los numerosos emigrados de Guadalajara, en su mayor parte amigos de Flores, y excitados por la familia de Clemencia que estaba desesperada, hacian esfuerzos inauditos para obtener que se suspendiera la ejecucion, mientras que se corria á Zapotlán á ver al general en gefe.

No perdonaban medio alguno, acudieron al comandante de la plaza desde que se supo la sentencia del consejo, hicieron representaciones, empeñaron á los personajes principales de la poblacion cerca del comandante, prometieron gruesas cantidades en cambio de la vida del jóven, y no descansaron un momento.

Pero todo fué inútil. El cuartel general estaba demasiado interesado en aquel castigo, para que se suspendiese.

Por último, Clemencia, apasionada hasta la locura, y enérgica por naturaleza, apeló al mayor extremo. Obligó á su padre á marchar en una silla de posta á Zapotlán para obtener el indulto, ó al menos la suspension de la muerte de Flores, y el viejo comerciante partió resuelto á ofrecer al general en gefe del ejército la mitad de su fortuna, para cumplir los deseos de su hija. El veia que si no lo hacia de esta manera, la impetuosa jóven, exaltada por su pasion y por la desgracia de su amante, era capaz de darse la muerte. Corrió el señor R.....con tal celeridad, que antes de las seis de la tarde llegaba al cuartel general.

XXXI

En la capilla.

Clemencia estaba loca de dolor. La noticia de la prision de Flores, que no supo sino hasta que llegó este jóven custodiado á Colima, fué para ella un rayo.

Ignoraba la causa, pero no tardó en saberla, y se resistió á creer obstinadamente en la verdad de semejante acusacion. El exaltado patriotismo de Clemencia la hacia considerar á su amante como víctima de una atroz calumnia, pues conocia perfectamente el carácter de Enrique y sabia que preferiria morir antes que traicionar á sus banderas y hacer causa comun con los enemigos de su patria.

No: Enrique no podia ser traidor, no podia de-

gradar su noble carácter republicano, no podia abandonar la defensa de la nacion invadida injustamente, no podia perder su heróica posicion para aceptar el yugo frances. Semejante idea la irritaba, y la sola consideracion de lo que sufriria el orgulloso jóven acusado de tamaño crímen, le causaba terror y desesperacion.

Quiso ver á su amante para escuchar de sus labios la verdad; pero Enrique estaba incomunicado rigorosamente, y ni aun se permitió entregarle una carta de la jóven, ni los ruegos del padre de Clemencia fueron bastantes para vencer la resistencia de los oficiales encargados de custodiar al reo.

En tal situacion la familia hizo buscar á los criados del coronel; pero ellos estaban tambien vigilados y arrestados, y no se pudo hablarles tampoco. La desesperacion de la hermosa jóven fué indecible.

Pero todavía tuvo creces cuando supo, á no dudarlo, que la causa de la prision de Enrique habia sido una acusacion de Valle.

Entonces Clemencia comprendió todo. Su amor era la causa de la desgracia de Flores. Este y Fernando eran rivales; el primero habia sido preferido, y el segundo, apasionado como parecia estar, y furioso de celos, habia maquinado para perderle. No

habia duda alguna, Fernando era el infame calumniador de Flores, y lo que ignoraba Clemencia era cómo el odioso comandante habia urdido una acusacion que pudo tener tan buen éxito.

Con este pensamiento fijo, Fernando se le aparecia ahora en todo lo espantoso de su carácter miserable y vil.

Recordaba que aquel jóven, aparentemente humilde, devoraba en silencio los desaires que se le hacian, mirando con ojo torvo los triunfos de Enrique, cuya superioridad le humillaba. Poníase á considerar que Valle era de esos hombres en cuya palidez puede leerse la historia de todas las malas pasiones. Indudablemente, el que teniendo igual posicion militar que su rival, ve todos los dias que este se atrae todas las miradas y simpatías y la predileccion de sus gefes, así como comprende la superioridad real de sus cualidades, no puede menos de enfermarse de envidia, si no es que tenga una alma muy elevada y excepcional.

Valle no daba un paso en union de Flores, que no recibiese un desprecio, no trataba á una mujer que no tuviese luego mil preferencias por el otro, no lograba superar á su antagonista ni siquiera en el amor de sus soldados, ni siquiera en la estimacion

de sus compañeros. Era la antipatía personificada junto á la simpatía de que tan digno representante era Enrique, el caballeroso, el *lion*, el artista y el hijo mimado de la fortuna. Ademas era natural que aquel odio sordo y concentrado, que aquella envidia villana y cobarde hubiesen llegado hasta el extremo, con motivo de lo que habia pasado últimamente en Guadalajara.

Clemencia, por un juego de coqueta que le habia parecido insignificante respecto de Fernando, aunque habia tenido por objeto vencer la indiferencia de Enrique, habia demostrado demasiado cariño al primero, lo cual habia hecho que el pobre diablo se enamorase de ella. Despues, cuando Enrique comprendió al fin lo que aquella comedia femenil indicaba y cayó en sus brazos lleno de amor, era seguro que el engañado comandante habia sufrido violentamente, puesto que habia dado muestras de su irritacion en el baile de Navidad, y que habia querido batirse al dia siguiente, y como la venganza que deseaba no habia podido realizarse, habia acabado por envilecerse el alma de Fernando hasta el grado de hacerle cometer una accion infame y espantosa. Habia calumniado á Enrique, y con su calumnia le llevaba al cadalso.

Todo esto pensó Clemencia, y su cólera contra Fernando no conoció límites. La impetuosa jóven habria querido matar al acusador de su amante si hubiera podido, y deseaba su presencia para manifestarle el mas hondo de sus desprecios.

Isabel por su parte, que ya conocia la pasion de su amiga por su antiguo amante, comenzó, como era natural, por tener unos celos que la mataban; pero acabó por callarse y sufrir con esa resignacion de las almas débiles que no pueden luchar.

Reflexionaba, además, que Enrique estaba perdido para ella, puesto que no la amaba; y esto, la resolucion que habia formado de no quererle y el cariño profundo que tenia á su amiga, acabaron por hacer que no viera en Clemencia una rival dichosa, sino una hermana á cuya felicidad era preciso sacrificarse.

Pero cuando supo la terrible noticia; cuando vió á Clemencia llena de angustia; cuando comprendió todo lo horrible de la situacion de Enrique, hubo una especie de sobrexcitacion en su alma, el fuego mal apagado volvió á encenderse, y sin pensar entonces en que no era amada, sin dar cabida en su pecho á la pasion de los celos, sin abrigar ningun mal sentimiento, sufrió como Clemencia, y como

ella estuvo dispuesta á sacrificar hasta la vida por salvar la del hombre á quien tanto amaba.

De modo que Enrique contaba con la proteccion de esos dos ángeles. Solo que Isabel se contentaba con llorar y rezar, y Clemencia trabajaba con energía. La una invocaba al cielo llena de esperanza; la otra, sin desesperar de la proteccion divina, contaba con su fortuna, con su belleza y con el prestigio de su padre.

Cuando Clemencia supo que el fallo del consejo de guerra se habia fundado en pruebas muy patentes de la traicion de Enrique, desfalleció. ¡Su amante traidor! Eso hubiera querido decir que él la habia engañado vilmente.

—No lo dude vd., Clemencia, le decia una persona. Le han presentado comunicaciones del enemigo dirigidas á él, ofreciéndole el empleo de general y otros puestos elevados, y comunicaciones tambien suyas en que daba cuenta de las operaciones del ejército y prometia pasarse con su cuerpo á las filas francesas. El ha negado todo esto, pero está convicto enteramente, pues las instrucciones reservadas del general en gefe que se le habian comunicado á él solo en su línea, eran trascritas al enemigo para su conocimiento.

Estas aseveraciones arrojaron la duda en el alma de Clemencia; pero apenas acababa de escucharlas y reflexionaba sobre ellas, cuando recibió una carta de Enrique, y su padre recibió otra. En ellas les protestaba su inocencia, aseguraba que Fernando, deseando vengarse de él, habia urdido esa infame calumnia en su contra con una habilidad infernal, de modo que las pruebas presentadas le condenaban aparentemente, y por último, rogaba al Sr. R..... que le salvase á toda costa, y á Clemencia la conjuraba por su amor á apurar todos sus recursos por librarle del cadalso. Ofrecia su fortuna y la de su familia en cambio de su vida, y en fin, se mostraba tan angustiado, tan aterrado, y parecia hablar con tal sinceridad, que la familia de Clemencia y la de Isabel se consternaron y decidieron apelar á todos los medios para salvarle.

Entonces fué cuando Clemencia rogó de rodillas á su padre que marchara á ver al general en gefe, á fin de obtener el perdon de Enrique.

Despues de partir el anciano, Clemencia invitó, rogó á todos sus amigos que obtuvieran del comandante de la plaza la suspension del cumplimiento de la sentencia, siquiera por un dia mas, y conmovió á todo Colima con sus esfuerzos y su afliccion.

Y pálida, convulsa de dolor, trastornada, pero sostenida aún por su indomable energía, despues de poner en accion cuanto estaba de su parte para salvar al jóven, de recorrer varias calles y de obligar á cien personas á acercarse al gefe del Estado, acompañada de su madre y de Isabel se dirigió á la prision en que Enrique estaba esperando su última hora. Suplicó á la guardia que le permitiera ver á su amante, se avisó al comandante Valle que allí mandaba, como lo he dicho, y este otorgó el permiso de buena voluntad y con el corazon oprimido, porque preveia la escena que iba á pasar, y sentia de antemano las maldiciones que iban á pesar sobre él.

Clemencia penetró en la prision con sus compañeras y se precipitó en los brazos de su desgraciado amante. Isabel encontró bastante energía en su naturaleza delicada para no sucumbir en aquella lucha terrible, pero cayó de rodillas y no hizo mas que sollozar.

Aquella entrevista fué dolorosísima, y no la describiré.

Al cabo de una hora se separaron.

—Clemencia, dijo Enrique oprimiendo contra su corazon á su amada; no olvides mi súplica. Nece-

sito un veneno, yo no quiero salir á la expectacion pública y morir en un cadalso afrentoso. Esta idea me hace perder la cabeza. Tráeme un veneno; pero traémele tú, porque dificilmente llegaria á mis manos si le enviases con otra persona. Por nuestro amor, no lo olvides.

—Te lo prometo, volveré esta noche; pero no pierdas la esperanza, mi padre obtendrá tu indulto.... espera, respondió la jóven anegada en llanto.

Salieron, y antes de atravesar la puerta, Clemencia, reponiéndose, enjugando sus ojos y recobrando su continente altivo y enérgico, dijo á sus compañeras:

—Me falta cumplir un deseo; vengan vdes.

Despues pidió á un oficial que avisase al comandante Valle que deseaba hablarle.

Valle, sorprendido de aquella peticion, salió de su aposento y vino á encontrar á la hermosa jóven, á quien saludó descubriéndose respetuosamente.

—Escuche vd., señor Valle, dijo Clemencia con una expresion de desprecio supremo: comenzó vd. por serme indiferente, despues me fué vd. fastidioso; pero nunca creí que llegase vd. á hacerse tan vilmente despreciable, como hoy le considero.

—¡Clemencia! interrumpió el jóven, sintiendo

correr hielo por sus venas al escuchar aquellas palabras.

—¡Oh! no me trate vd. con familiaridad, señor, que nada tengo yo de comun con un calumniador miserable, que se venga cobardemente de su enemigo llevándole al cadalso.

—Pero, señora, ¿ha venido vd. á insultarme de este modo?

—No, señor: he venido á jurar á los piés de ese hombre que va á morir, pero á quien adoro con locura, que le amo, que le amo con toda mi alma, que no morirá para mí, y que no tardaré en seguirle. ¡Oh! vd. no sabe de lo que es capaz una mujer de mi temple cuando está apasionada!... vd. que se atrevió á esperar de mí otra cosa que una mirada de indiferencia, al verle á él preferido creyó que haciéndole asesinar podria extinguir su amor en mi corazon. Vd. se ha engañado; mártir, le amo mas, mi amor es causa de su muerte; pero me quedo en la tierra unos cuantos dias para vengarle. Le pareceré á vd. una loca; pero ya me conocerá vd. mejor.

—¡Clemencia! dijeron á una voz la señora é Isabel, espantadas de la violencia de la jóven.

—Oh! perdónenme vdes.... estoy extraviada.....

este hombre cruel ha amargado para siempre mi vida, ha despedazado mi corazon.... ha perdido mi alma.

Clemencia no lloraba. Su pecho se levantaba fuertemente, y ella parecia hacer esfuerzos supremos para no gritar y caer desfallecida.

La señora la tomó en sus brazos, y dirigiéndose á Fernando, le dijo:

—Aléjese vd., señor, y perdónela, como nosotros perdonamos á vd. Amaba, y la ha matado vd. acusando á Enrique.

—Y á mí tambien me ha matado vd., Fernando, murmuró sollozando Isabel, porque yo le amo tambien como ella...

Fernando estaba próximo á desplomarse, y se apoyó en la pared, desvanecido.

Las señoras se alejaron lentamente, porque Clemencia é Isabel vacilaban. Llegaron por fin á la puerta y subieron con pena á su carruaje, que partió con rapidez.

XXXII

Antes de la ejecucion.

A las once de la noche Colima estaba en un profundo silencio, solo interrumpido de rato en rato por el grito de los centinelas de la plaza y de los cuarteles, y por los gritos melancólicos de los guardas nocturnos.

Enrique velaba en su capilla, abatido y lleno de terror. Tenia la fiebre que acomete á los reos de muerte cuando no tienen la fortuna de contar con un corazon templado y una alma estoica.

Aquel jóven y brillante calavera habia sido soldado mas bien por vanidad que por organizacion, y aunque no se contaba de él ningun rasgo de valor,

si no habia avergonzado al ejército en algunas batallas á que habia asistido, era porque siempre habia procurado, con maña, esquivar los peligros mas serios, sin por eso dar lugar á que se creyese que los huía.

Pero Enrique Flores no era de esos hombres que sonrien al ver acercarse la muerte. Gastado por los placeres de una vida sibarítica, no tenia en compensacion esa fuerza de acero que no se destruye jamás en el espíritu de los valientes, y que no se subordina nunca á los nervios.

Sin creencias de ninguna especie, carecia tambien de la energía que da la fé, que da la justicia de una causa, que da el amor á la gloria. Él no habia tenido mas que ambicion, y la ambicion solo sirve para sostener la audacia en los caminos de la fortuna; pero cuando está sola no sirve de nada en los negros momentos de la adversidad, y mucho menos en presencia de la muerte.

Enrique estaba desfallecido. Su corazon estaba próximo á estallar, como el de un niño ó el de una mujer. No habia allí el aliento de un hombre.

Tambien es verdad que la conviccion que tenia Enrique de ser culpable, y la consideracion de que ante todo el mundo su delincuencia estaba probada,

era bastante para quitarle su vigor. Además, un hombre que ha hecho en el mundo numerosas víctimas y que no ha vivido sino para gozar, no llevando en su memoria ese tesoro de consuelo de las buenas acciones que vale tanto como la gloria, no ve acercarse el fin de sus dias sin estremecerse y sin abatirse.

Enrique, pues, tenia miedo, y oía el ruido del péndulo que anunciaba constantemente la marcha del tiempo, sintiendo que su golpe acompasado se repetia con indecible tormento en su corazon. Tenia los cabellos erizados y los ojos fuera de las órbitas. Mil visiones mentidas anunciaban que su cerebro era presa del delirio. Ora veia abrirse la tierra y ofrecerle el escondite seguro de un subterráneo, ora se abria la pared y daba paso á un genio bienhechor que le conducia afuera, ora el techo se levantaba para dejarle salir, y sentia que convertido en ave, huía, hendiendo los aires, lejos de aquella ciudad maldita.

—Es preciso que esto acabe con un veneno, dijo lleno de amargura... y ¡Clemencia que no viene! ¡Quiere, pues, verme fusilar en la plaza pública! De repente contuvo su respiracion, se apretó con ambas manos las sienes para apagar sus latidos y quedó atento. Acababa de oir los pasos de alguno que se

acercaba. Era un oficial, porque los acicates producian un sonido diferente de los del soldado, en las baldosas.

El centinela de vista que estaba junto á la puerta entrecerrada de la prision hizo chocar la culata de su carabina contra el suelo, en señal de respeto, y la puerta se abrió.

Era Fernando Valle.

Enrique se levantó azorado.

—¿Qué desea vd. aquí, Fernando? preguntó tartamudeando.

—Chit!..... dijo Valle; hablemos en voz baja y escúcheme vd. Cierro la puerta para que estemos mejor.

—¿Viene vd. á asesinarme?

Fernando sonrió con desprecio.

—Vengo á salvar á vd.

—¡A salvarme! cómo!

—Escúcheme: Si vd. no hubiese traicionado, es seguro que yo no habria tenido motivo para acusarle; de modo que la traicion de vd. es la verdadera causa de que se halle así, próximo á ser ejecutado.

Enrique sintió que un sudor glacial inundaba su frente.

—Pero, en fin, continuó Fernando, yo le acusé;

y la causa indirecta de su condenacion soy yo. Tengo remordimientos por esto, y la muerte de vd. emponzoñaria con su recuerdo mi vida entera. Quiero ahorrarme esta pena; y además, hay una mujer que moriria si fusilasen á vd. Quiero que viva y que sea feliz; ella ama á vd. y á su amor deberá vd. su salvacion. Hé aquí lo que vengo á proponerle. Vd. se vestirá en este momento mi uniforme, se ceñirá mi espada y mis pistolas; he dicho que voy á salir á ver al general, con el objeto de que nadie extrañe verle á vd. atravesar la puerta. Se echará vd. el capuchon sobre la cabeza, y nadie podrá reconocerle. Se dirigirá vd. á la casa de Clemencia, que mi asistente que irá con vd. le señalará, y allí encontrará vd. de seguro caballos para escaparse. Todavía más, aconsejo á vd. que no tome el camino de Tonila para Zapotlán, porque vd. supondrá que correria peligro, sino el del paso del Naranjo, y de allí, con guias seguros que le dará su amada, puede vd. dirigirse á Guadalajara por caminos extraviados, y Dios ayude á vd.....

Enrique quedó estupefacto..... no podia creer aquello.

—¿Pero esto no es un lazo, Fernando?

—¿Lazo para qué? respondió sonriendo triste-

mente Valle; ¿para matarle? no tendria yo sino dejar que pasara la noche, y á las siete de la mañana estaria vd. fusilado. Además, cuando un hombre como yo habla á vd. así, no engaña. Yo puedo ser desgraciado, pero no desleal.

—Pero vd. ¿qué hará?

—Eso no es cuenta de vd., caballero: yo sabré arreglarme.

—Es que podrian fusilar á vd. en mi lugar.

—Puede ser; pero tambien puede ser que no. Sobre todo, recuerde vd. que una mujer le ama, y que moriria si vd. muriese.

—¡Oh, Fernando, vd. tiene un gran corazon; permítame vd. que le abrace y que le dé gracias de rodillas; es vd. mi salvador!

—Omita vd. eso, señor, y vístase pronto, que los instantes corren y cualquiera cosa podria impedir....

Fernando se quitó su trage militar, es decir, su levita y su sobretodo, su kepí, se arrancó sus acicates de oro, se desciñó su espada y sus pistolas, y Enrique fué poniéndose todo hasta quedar perfectamente disfrazado. Fernando se envolvió en la capa de Enrique y se puso de espaldas á la luz que ardia en la mesa.

Luego que Enrique estuvo listo, Fernando le hizo

señas de que saliese ya. Enrique, disimulando su temblor, se dirigió hácia la puerta y

—¡Adios! dijo á Valle.

—¡Adios! respondió este sin volver la cara. El centinela volvió á chocar la culata de su carabina contra el suelo, el ruido de los pasos y de los acicates se alejó, luego se oyeron los pasos de otra persoca, rechinó la puerta grande del edificio y todo quedó en silencio.

Fernando respiró como si algun enorme peso acabase de quitársele del corazon, despues de lo cual apoyó los codos en la mesa y la frente en las manos, dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas, y murmuró con voz ronca.

—¡No creia yo que habia de morir así!

XXXIII

Desengaño.

Clemencia é Isabel no dormian esa noche; la segunda parecia haber agotado sus lágrimas, y permanecia de rodillas en el retrete de Clemencia, al pié de un Crucifijo de marfil y de una Vírgen Dolorosa. La primera, con el cabello en desórden y medio envuelta en un manton negro, consultaba á cada momento el péndulo y abria con frecuencia la ventana como si aguardase á cada instante un correo.

Su pobre madre, con los ojos inflamados de llorar, rezaba á ratos, y en otros hablaba con Mariana que sufria horriblemente de la cabeza y que veia con

angustia á su pobre hija que tenia el aspecto de una moribunda.

Acababan de dar las doce de la noche, y Clemencia rompia un pañuelo de batista entre sus manos con impaciencia febril, cuando llamaron fuertemente á la puerta de la casa.

Un criado velaba, y fué á preguntar quién era.

—Abre, abre pronto, dijo afuera una voz.

El criado corrió los cerrojos y abrió.

Era una casa baja, como lo son generalmente en Colima. Oyéronse pasos en el corredor y ruido de acicates.

—¡Un oficial! ¿Será enviado de Enrique? dijo Clemencia levantándose apresuradamente.

Llamaron á la puerta de la sala, todas las señoras corrieron allá, y abrieron.

Un militar se precipitó adentro con aire azorado. Echóse abajo el capuchon que cubria su semblante.

Era Enrique.

Isabel cayó desvanecida, las señoras temblaban, Clemencia, con los ojos fijos en su amante, quedóse pasmada y no pudo hablar.

—Soy yo, Clemencia; ¿estamos solos?

Clemencia hizo señas afirmativamente sin poder articular palabra.

—No hay que espantarse, amor mio, seré breve: hé aquí lo que ha pasado; pero antes de todo, ¿hay un criado de confianza en la casa?

—Sí hay, respondió por fin Clemencia repuesta de su emocion.

—Pues que me ensille un caballo, pronto, y si hay otro, que me le prepare para llevarle de mano; es preciso que yo huya ahora mismo.

La señora salió á dar las órdenes luego, y volvió.

—Hé aquí lo que ha pasado: Fernando ha sido mi salvador!

—¡Fernando! dijeron á una voz las cuatro señoras.

—Sí, Fernando, que tiene una grande alma, una alma inmensa, el alma que se necesita para morir en lugar de un enemigo.

Clemencia sintió que le faltaban las fuerzas.

Enrique contó brevemente lo que acababa de pasas en la prision, refiriendo palabra por palabra lo que le habia dicho Fernando.

El asombro de las señoras crecia á cada instante.

Enrique añadió:

—Yo no conozco el camino del Naranjo, y me perderia; necesito primero disfrazarme con trage

de paisano, y luego llevar un guía que, despues de atravesar el paso, me dirija á Guadalajara.

—¿A Guadalajara? preguntó Clemencia.

—Sí, Clemencia, á Guadalajara, yo no estaré seguro sino allí.

—Pero allí están los franceses.

—Precisamente por eso. Este no es momento de ocultar la verdad ya. Sepan vdes. que en efecto los pliegos que cogió Valle eran mios. Yo estaba en comunicaciones con aquella plaza, y ahí se me brinda con una banda de general. Debí pasarme con todo mi cuerpo y con algunos otros, pero desgraciadamente me retardé y fuí descubierto.

—¿Luego vd. traicionaba? preguntó Clemencia interrumpiéndole con violencia.

—Traicionar no es la palabra, vida mia; en política estos cambios no son nuevos, y el rencor de los partidos los bautiza con nombres espantosos. Pero el tiempo vuela, y es preciso salvarme; señora, ¿tendria vd. la bondad de darme un trage y de arreglar lo de los caballos?

—Sí, señor, todo.

Sacáronle un trage completo, que Enrique se vistió con una prontitud maravillosa. Luego el criado, dispuesto tambien, avisó que los caballos esperaban.

Enrique abrazó de priesa á las señoras y á Isabel, que apenas tuvo fuerzas para moverse; pero al llegar á Clemencia, á quien alargaba los brazos con ternura, la jóven, irguiéndose con una altivez que iluminó su semblante con el brillo de una hermosura divina, alargó una mano para rechazarle.

—Vaya vd. con Dios, señor Flores, le dijo, vaya vd. con Dios, y que él le salve.

—Pero, Clemencia, ¿qué es esto? ¿me rechaza vd.? ¡Dios mio! ¿por qué?

—Quisiera morirme esta noche, caballero, mejor que saber todo esto. Aléjese vd.: todo lo comprendo.

—¿De modo que no podré esperar ver á vd. pronto en Guadalajara?

—No me verá vd. nunca, señor, nunca.

—Señor, huya vd., dijo la madre de Clemencia empujando á Enrique.

Este salió vacilando como un ébrio, montó á caballo seguido del criado, atravesó el zaguan y se alejó al paso por la calle, y momentos despues se oyó el galope de los caballos que acabó por perderse en el silencio de la noche.

Las cuatro señoras habian quedado mudas y cabizbajas. Clemencia no pudo mas, y cayó desplomada en una silla.

—¿Es que le amas todavía? le preguntó tímidamente Isabel.

—Es que le desprecio con toda mi alma. Aquí no hay mas que un hombre de corazon, y es el que va á morir, respondió Clemencia, convulsa y próxima á desmayarse.

—¡Qué horrible es todo esto! dijo despues de un instante Mariana.

—¡Qué horrible es, dijo Clemencia con una indignacion que le volvió toda su energía, haber amado á semejante miserable, haber corrido por Colima, como una loca, suplicando y llorando, y haber expuesto los dias y la dignidad de un padre anciano para salvar á un hombre que ha acabado por aceptar el sacrificio de la vida de otro, y por confesar con vanidad que es un traidor. De modo que ese infeliz Fernando no era un calumniador, de modo que le hemos ultrajado injustamente, de modo que habrá tenido un infierno en el corazon, y que va á morir asesinado con nuestra crueldad....!

Y Clemencia, que hasta allí habia contenido sus lágrimas, rompió á llorar; pero con tanta violencia que las señoras se acercaron á ella y la estrecharon entre sus brazos.

Isabel lloraba tambien silenciosamente.

—Esto es verdaderamente para morirse, madre mia, continuó Clemencia bañada en llanto. El desengaño ha sido terrible; pero él no me destroza el corazon, como la idea de que soy yo la que va á matar á ese noble jóven. Antes creí que era yo tambien la causa de que Enrique fuese calumniado por su rival celoso; pero ya veo que no fué así: su crímen le condenaba. A Fernando, sí, yo soy quien le mata.

Despues de estas palabras ya no hubo mas que silencio, sollozos y abatimiento de Clemencia, que mesaba en su dolor sus hermosos cabellos negros, que devoraba sus lágrimas y que daba las señales de la mas frenética desesperacion.

BIBLIOTECA NACIONAL
MEXICO

XXXIV

Sacrificio inútil.

Amanecia cuando se oyó el galope de un caballo en la calle, y á poco llamaron de nuevo en el zaguan.

Era un correo del padre de Clemencia, que apenas pudo hablar de fatiga.

—He corrido como nunca, dijo; aquí está una carta.

El Sr. R... decia á su hija:

«He cedido la mitad de mi fortuna en favor del ejército, pero Enrique ha sido indultado: ¡que trabajo costó! adjunto la órden para el comandante; que se lleve luego: ¡ojalá que sea tiempo!»

Clemencia enseñó la carta á su madre moviendo

la cabeza con amargura, y arrojó en una mesa la órden del cuartel-general.

—Que se ha de llevar ese pliego, me dijo el señor.

—Es inútil, contestó Clemencia; vete.

—El llegará aquí á las ocho, añadió el correo.

—Bien: vete.

Como á las diez llegó el carruaje del Sr. R... y él se bajó fatigado y entró lleno de ansiedad.

—¿Llegó á tiempo? preguntó; ¿se salvó?

Clemencia se arrojó llorando en los brazos de su padre.

—¡Como! ¡cielos! ¿Fué tarde?

—Ah, no, padre mio, ¡fué inútil!

El Sr. R... un momento despues supo todo lo acontecido, y fué indecible lo que pasó en su alma.

Aquella fué una escena atroz. En los corazones se sucedian diversos sentimientos, la tristeza, el arrepentimiento, el dolor, pero sobre todo el tedio, el tedio que produce el esfuerzo inútil y el sacrificio tributado á la maldad.

—Y aun hay mas, dijo despues de un momento el padre de Clemencia. He sabido en el cuartel general muchas cosas que me han causado una pena profunda. El hombre generoso que nos proporcionó el carruaje en el camino de Zacoalco, no fué ese

infame, sino ese pobre Fernando á quien tanto mal hemos hecho. Me lo dijo el general en gefe, pues que precisamente por eso Enrique le acusó, suponiendo que el postillon era un correo de Guadalajara, y además allí en Zapotlan tomé otro carruaje por la inutilidad en que estaba el mio, á causa del viaje, y el conductor, que es el que viene conmigo y á quien reconocí, me dijo: que el jóven oficial le dió aquella noche tres onzas de oro y un reloj que no habia examinado; pero que despues registrándole encontró el nombre de su dueño, que era «*Fernando Valle,*» y me le enseñó y le he visto, yo, no me cabe duda. Así es que á su nobleza de conducta debe agregarse que no quiso que supiéramos que él era nuestro protector. De modo que yo regalé al otro mis caballos, y le tributamos nuestra necia gratitud, y ese infeliz mató su caballo, se quedó pobre, y va ahora tal vez á morir sin llevar de nosotros ni una muestra de reconocimiento.

El dolor de aquellas desgraciadas señoras aumentó con este relato, como era natural, y Clemencia no sabia qué hacer. Estaba aturdida.

—Pero, en fin, exclamó el Sr. R ..... con resolucion, he sacrificado por ese villano la mitad de m fortuna, aun me queda la otra para ofrecerla por

este muchacho tan valiente, tan patriota y tan noble. Solo que ¿cómo hacerlo? Me es imposible volver á Zapotlán. Escribiremos; vdes. se quedarán pobres, hijas mias, pero no tendrán un remordimiento.

—Trabajaré, padre mio, como una obrera, con tal de salvar á Valle. Su vida será mi herencia.

XXXV

El salvador.

—¿Saben vdes. lo que pasa? dijo entrando uno de los amigos de la familia.

—Ya lo sabemos, dijo el Sr. R..... ahora, ¿qué sucederá con ese oficial?

—Que le fusilan sin remedio; el comandante está furioso, vdes. comprenderán su cólera. Al amanecer, ese pobre jóven que estaba encerrado en la prision del coronel Flores hizo llamar con gran sorpresa de todos á su general, y le dijo simplemente que él habia hecho escapar al reo.

—Y ¿sabe vd. lo que ha hecho, desgraciado? le preguntó el general.

—Sí; ponerme en su lugar, dicen que respondió con serenidad el oficial. Estoy listo, y cuanto mas pronto mejor. El comandante, sin embargo, acababa de despachar un extraordinario á Zapotlán.

—Le he encontrado, interrumpió el padre de Clemencia.

—Pues bien, aguarda la contestacion el gefe, y creo que esto acabará pronto . . . . . .

. . . . . .

A las nueve de la noche el extraordinario volvió.

El general en gefe, indignado hasta el extremo, contestó luego dando órden de que al dia siguiente en la mañana ejecutaran al comandante Valle, sin mas fórmulas.

Con esta comunicacion venia otra para el Sr. R..... que decia:

«Este cuartel general releva al Sr. R..... de todas sus ofertas y compromisos con el erario, pues queda satisfecho con castigar al criminal que dejó escapar al ex-teniente coronel D. Enrique Flores.»

Así pues, para colmo de dolor, la familia del Sr. R..... volvia á recobrar la mitad de su fortuna comprometida para salvar á Flores, á costa de la vida del infeliz Fernando Valle.

El Sr. R ..... escribió al general en gefe, ofreciéndole todo su capital por la vida del desdichado jóven; pero era preciso obtener una suspension de la órden, de ejecutarse á la mañana siguiente, y el comandante se negó á concederla

XXXVI

La Fatalidad.

Eran las diez de la noche y Valle me hizo llamar. Costó trabajo que me permitieran verle, pues lo sucedido con Flores hacia desconfiados á los gefes; pero lo conseguí al fin, y fuí al calabozo del prisionero.

Apenas me vió cuando vino á abrazarme.

—Doctor, me dijo: perdone vd. la molestia de un moribundo; tengo que pedir á vd. otro favor, y me parece que será el último.

Yo no pude responderle, lloraba y se me anudaba la garganta. Aquella desgracia me habia conmovido. El crímen de aquel jóven era la mas sublime generosidad.

—Hombre, continuó, agradezco á vd. esa prueba de afecto, que es la única que habré recibido, pero que vale para mí un mundo. No se aflija vd. por mí, le aseguro que creo una fortuna que me fusilen. Estoy fastidiado de sufrir, la vida me causa tedio, la fatalidad me persigue, y me ha vencido, como era de esperarse. Me agrada que cese una lucha en que desde niño he llevado la peor parte. Voy á contar á vd. algo de mi vida en cuatro palabras, vd. indagará lo demás, y cuando se acuerde de mí procure vd. añadir el estudio de lo que me ha pasado á los demás que haga, procurando descifrar esto que en la tierra llamamos *la mala suerte*. Yo no sé si en buena filosofía estará admitida la influencia de la Fatalidad, yo ignoro esas cosas; pero el hecho es que sin haber hecho nada que me hubiese acarreado el castigo del cielo, que sintiéndome con una alma inclinada á todo lo noble y bueno, he sido muy infeliz y he visto cernerse siempre la tempestad de la desgracia sobre mi humilde cabaña, al mismo tiempo que he visto brillar el cielo con todas sus pompas sobre el palacio del malvado, que se levantaba frente á mí, insolente en medio de su fortuna.

Creo que es la primera vez que uso el estilo figu-

rado, y pido á vd. perdon por él, en gracia de que no volveré á usarle mas.

No hay misterios en mi vida, como todo el mundo ha sospechado, no sé por qué. Soy hijo de una familia rica de Veracruz, avecindada hoy en México; pero el hogar paterno me negó desde niño su proteccion y sus goces, á causa de mis ideas y no de mi conducta.

Mi padre es un hombre honrado, pero muy austero en la observancia de sus principios religiosos y políticos. Es enemigo de las ideas liberales. Mi madre es un ángel de bondad, pero sumisa á la voluntad de mi padre, le obedece ciegamente.

Tengo tres hermanos y tres hermanas. Vd. conocerá á los unos y á las otras, y quedará vd. contento. No piensan como yo los primeros; pero valen mucho, y son un modelo de belleza y de virtud las segundas.

Desde muy pequeño vine á educarme á un colegio de México, mientras que dos de mis hermanos se educaban en Europa y otro mas pequeño permanecia en casa. Yo conocia de religion las prácticas del culto y las ideas de mi tierna madre; y de política habia yo oido á mi padre anatematizar los principios progresistas.

Pero á los tres años de estudiar me encontré un amigo, ¡ay, el único cariño profundo de mi vida solitaria! Era un muchacho pobre, pero de un talento luminoso y de un corazon de leon. El no jugaba, no paseaba, no tenia visitas; en vez de distraerse, pensaba; cuando todos hablaban con sus novias él hablaba con los muertos, como decia Zenon, estudiaba de una manera asombrosa. Así es que el jóven era un sabio, en la época en que todos son regularmente ignorantes.

Pues bien; este amigo me inspiró las ideas liberales, que abracé con delirio. Mi tutor, hombre que opinaba como mi padre, se espantó de este giro que tomaban mis aspiraciones, y me prohibió la amistad de aquel hermano mio. Yo me negué á separarme de él. Primer motivo de disgusto para mi familia. ¿Qué quiere vd.? Cuando uno sacrifica un sentimiento noble como el de la amistad, á las preocupaciones, no merece tener amigos. Yo fuí leal.

Despues me retardé en ir á Veracruz á las vacaciones. Era que la madre de mi amigo se moria, y él estaba solo. Aquella señora pobre que vivia en una casa miserable, carecia de todo, y su hijo sufria espantosamente al verla llena de privaciones. Yo vendí lo que tenia y le ayudé á asistirla; habia

sido para mí una madre, me adoraba..... me quedé, pues, unos dias de Diciembre para acompañarla hasta que murió. Llegué tarde á mi casa, atribuyéronlo á despego mio hácia la familia, y mi padre me trató con severidad. Yo fuí á expiar mi falta á la casa, y los goces de la distraccion y del cariño me fueron negados. Mi adorada madre lloraba é imploraba el fin de mi castigo. Por fin lo obtuvo, pero no volví al colegio. Me dedicaron á aprender un oficio y estuve en una armería un año. Vd. ve que soy débil, los trabajos del armero me fatigaban, y por otra parte, deseaba yo estudiar, tenia sed de saber, y sabia yo con envidia, con noble envidia, que uno de mis hermanos se recibia de ingeniero en Paris y que otro estudiaba medicina en Alemania. Me dirá vd. que por qué eran tan severos conmigo en mi casa y por qué era yo el hijo despreciado? Yo no lo sé. No habia ninguna de esas razones dolorosas que suelen en una familia condenar á un hijo al papel de víctima. No; jamás los celos habian emponzoñado mi hogar; y por otra parte, mi semejanza con mi padre, lejos de hacerme odioso, parece que me hacia acreedor, al menos, á la igualdad en el afecto.

Así, de armero, yo procuraba ganar la ternura

paternal. Me acuerdo de una famosa espada que hice para ofrecerla á mi padre en su cumpleaños. ¡Cómo trabajé en forjarla y en cincelarla!

Llegó el dia, y entre los regalos enviados por mis hermanos de Europa y ofrecidos por mis hermanas, creí que mi espada y mis otros dijes de herrería me alcanzarian una sonrisa, un abrazo y el perdon de mis faltas. No fué así: el carácter de mi padre para mí se ennublecia cada dia mas; apenas vió mis regalos y los arrojó con desden en un rincon. Yo derramé lágrimas en silencio, y no me consolé sino cuando mi madre, á hurtadillas, vino á hacerme una caricia y me dirigió algunas palabras de ternura.

Algunos amigos de mi padre le hicieron reflexionar que era demasiado severo con un muchacho tan endeble y tan enfermizo como yo, y á mocion suya me envió á una casa española de Veracruz para dedicarme al comercio.

Pero el comercio me fastidiaba, estaba yo consumiéndome de tristeza. En esa época llegó el gobierno liberal é hizo de Veracruz su baluarte. A poco el ejército reaccionario vino á poner sitio á la plaza. ¿Qué quiere vd., doctor, el fastidio que me causaba el comercio, las ideas liberales que me en-

tusiasmaban, los toques de guerra que me hacian hervir la sangre, el peligro que me seducia, todo influyó en mí, y despues de escribir una carta muy respetuosa á mi padre, en que le pedia perdon por seguir otros principios que los suyos, me alisté como soldado raso, y desde entonces pertenezco al ejército. Quise comenzar mi carrera desde esa clase. Ascendí á sargento, y luego, cuando triunfamos y fuí á México, he visto frecuentemente á mis hermanos en su carruaje pasar junto á mí, dirigiéndome una sonrisa de lástima.

Intenté una vez ver á mi padre y á mi madre para arrodillarme delante de ellos é implorar su perdon y su gracia, y escribí con tal objeto; pero recibí la órden de no presentarme jamás en casa. Por eso he vivido apartado de mi familia, sin verla ni aun en momentos en que me moria del pecho. Esperé la muerte solitario, mi buen amigo habia muerto tambien de tifo, y yo no tuve mas asistencia que la del hospital militar. Entonces pedí mi licencia, se me concedió y viví trabajando como armero de dia, y estudiando de noche; pero vino la guerra extranjera y volví á presentarme de soldado raso. Por eso muchos creen que he comenzado á servir hace dos años. Concurrí al 5 de Mayo, des-

pues al sitio de Puebla, á las órdenes del general Herrera y Cairo, que hoy está en el interior, y he ganado mis ascensos merced al deseo que he tenido de distinguirme en las armas.

Hé ahí mi historia, historia de dolor, de miseria y de resignacion; jamás me he sublevado contra la dureza de mi suerte, jamás he manchado mi vida con una accion innoble. He sido liberal, hé ahí mi crímen para mi familia, hé ahí el título de gloria para mí. Mi padre sabrá que he sido un soldado oscuro en el ejército republicano, pero jamás un criminal. Conservo su nombre puro, y aun el motivo que me lleva al cadalso es un motivo de que se enorgulleceria cualquiera. He faltado á las leyes militares, pero no á las de la humanidad! Quizás hago un mal á la patria, pero para mí ahorro lágrimas y evito la desventura á un corazon que ama con delirio.

En cuanto al estado de mi corazon, confieso á vd. que nunca he amado antes de llegar á Guadalajara, porque francamente no he sido simpático á las mujeres; y alguna vez que me he inclinado á alguna, pronto su desvío me ha hecho comprender que la molestaba, y tímido por carácter pero altivo en el fondo, me sentia humillado y me retiraba pronto.

En Guadalajara tuve mi primera pasion.

Vd. lo sabe tal vez; esa jóven tan hermosa y buena, que ha estado ayer loca de dolor por Flores, fué la que yo amé. Ella fué la causa; me miraba de una manera que me engañó; creí que podria llegar á quererme, quizás por una originalidad de su carácter, ó quizás porque adivinara que yo tenia un corazon sensible y bueno. Pero fué un error mio, que no conocí sino cuando ya estaba perdido y ciegamente enamorado. Y aun lo estoy, doctor; crea vd. que hacia tiempo que no experimentaba un dolor tan amargo como el que sentí ayer al oirla dirigirme, en su justo sentimiento, palabras que aun me despedazan el corazon.

Deseo que me haga vd. un favor. He escrito esa carta para mi padre. Tenga vd. la bondad de enviársela para que sepa que su pobre hijo ha dejado de existir. Hoy me han traido un libro para leer. Eran los cuentos de Hoffmann. He leido dos; y como un desgraciado busca siempre en lo que lee los pensamientos que están en consonancia con sus penas y sus propias ideas, he copiado en ese papel esos dos; guarde vd. ese papel en su cartera, y cuando le vea, recuérdeme. Me es grato pensar que vd. me recordará. La memoria de una alma compasiva es la mas santa de las tumbas.

Ahora, adios, doctor. Ah! acepte vd. tambien mi caballo como un obsequio humilde; le compré en diez onzas á un criado del Sr. R....., el padre de esa jóven, de esa mujer á quien muero amando. No tengo mas que dejar, pues he dado mis armas á Flores anoche.

Ahora deseo recogerme un instante; tengo que rogar á Dios que me perdone mis faltas, y que fortalecerme con la idea de que en la otra vida no sufriré como aquí.

No ocultaré á vd. que estoy triste; la tristeza es la sombra de la muerte cercana: ¿por qué me habia de escapar de esa ley de la naturaleza? Además, amigo mio, no hubiera yo querido morir así. Yo soñaba con la gloria; yo anhelaba derramar todavía mas mi pobre sangre en los altares de la patria; yo me hacia la ilusion de sucumbir con la muerte de los valientes, á la sombra de mi bandera republicana.

Al decir esto, dos gruesas lágrimas rodaban por las mejillas de Fernando, y sus labios se agitaron un momento en un temblor convulsivo; pero él se apresuró á enjugarse los ojos, y añadió sonriendo:

Pero ¿qué hemos de hacer? «Puesto que es ya tarde para volver al pasado, pidamos á Dios para

nosotros la paciencia y el reposo.» Mañana dormiré para siempre. Adios, amigo mio.

Yo sofocaba mis gemidos. Le estreché en mis brazos y le dije tartamudeando:

Vd. merecia vivir y ser grande.

XXXVII

Bajo las palmas.

Al dia siguiente, al dar las siete de la mañana, una columna de doscientos caballos escoltaba un carruaje que se dirigia hácia ese rumbo pintoresco y hermosísimo de Colima, que se llama la Albarradita, lugar lleno de extensas huertas donde la exuberante vegetacion de la tierra-caliente se muestra con todos sus encantos. Millares de palmeras elevan sus gigantescos penachos sobre las cercas cubiertas con inmensas cortinas de verdura y de flores, y los naranjos, los limoneros, los zapotes dan sombra á los cafetos inclinando sobre las flores de nieve ó los rojos frutos de estos arbustos, sus ramajes recamados de oro.

A esa hora las aves cantaban regocijadas entre los árboles, corria una brisa tibia y cargada con los aromas del azahar y de la magnolia. El cielo estaba azul y limpio, y apenas algunas nubecillas como vellones trasparentes se alejaban para perderse del lado del mar. El volcán elevaba hasta el cielo su punta de nieve en que parecian romperse chispeando los rayos del sol naciente.

La naturaleza toda parecia elevar un himno á Dios, solemne y dulce.

Y en medio de esta alegría del cielo y de la tierra, debajo de este manto infinito de zafiro y de luz, atravesaba aquel cortejo militar silencioso y terrible.

Allí iba un reo de muerte que iba á mezclar sus últimos suspiros á los cantos de fiesta con que la naturaleza saluda al Criador al aparecer el nuevo dia.

La columna atravesó todo lo largo de la hilera de cármenes de la Albarradita, y cerca de un grupo de palmeras que se alzaban solitarias sobre un prado gracioso, y en que el invierno no habia podido tostar el manto de la primavera, el cortejo hizo alto. Allí estaba el cuadro de infantería formado, y un gentío inmenso aguardaba. El carruaje se detuvo

afuera del cuadro, abrióse la portezuela, y Fernando bajó tranquilo, y con paso seguro y firme avanzó entre una doble hilera de soldados, conducido por un oficial.

Llevaba abrochada su levita militar, puestas sus botas fuertes, y su kepí inclinado graciosamente hasta los ojos.

Al tiempo de entrar en el cuadro, otro carruaje llegaba á galope por el lado opuesto, y de él se apeaban apresuradamente tres señoras vestidas de negro cubiertas con largos velos, y un caballero de edad.

Eran Clemencia, su pobre madre que no queria abandonarla, Isabel y el Sr. R..... que no teniendo mas voluntad que la de su hija, se dejaba arrastrar, y entonces lo hacia con toda su voluntad. La apasionada hija de Jalisco, cuyos sentimientos se desbordaban luego de su corazon y no podian permanecer disimulados un momento, habia procurado inútilmente penetrar en la prision de Fernando para pedirle perdon de rodillas y asegurarle que le admiraba hoy, y quizás le amaba ya tanto como el dia anterior le habia ultrajado y aborrecido. Entonces determinó hacerlo á la hora de la ejecucion: ¿ qué importaba esto á aquella jóven que desafiaba

á la sociedad con tanto valor, y que estaba acostumbrada á imponer su voluntad como una ley?

Dirian que era una loca; y bien, sí, tenia esa sublime locura del corazon cuyas extravagancias, la la admiracion popular convierte en leyendas, eterniza en cantos y adora en el santuario de su alma. ¿Acaso Clemencia era la primera mujer que se abrazaba al cadalso de un ser querido? Desde el Gólgota, desde antes, ha habido mujeres santas que han perfumado con sus lágrimas el pié del patíbulo en que han espirado los mártires.

Así, pues, Clemencia se precipitó entre la multitud, impetuosa, palpitante y pugnando por penetrar en el cuadro. Pero el gentío era inmenso y estaba tan compacto, que á no ser una columna, nadie podia atravesarle.

La pobre jóven, seguida de sus acompañantes y arrastrando á Isabel que iba casi desfallecida, rogaba, empujaba, prometia oro, gritaba llorando que la dejasen pasar, que era de la familia del reo, que queria hablarle por última vez, que queria verle.

En vano; la muchedumbre tal vez por compasion le cerraba el paso. Y el cuadro se conmovia, y se escuchaba una voz seca é imperiosa ordenar un mo-

vimiento; ¡gran Dios! Fernando iba á morir y Clemencia ni le veria siquiera.

De repente reinó un silencio mortal.

—Por piedad, gritó Clemencia, paso, yo necesito verle... por el amor de Dios... lo suplico.

La muchedumbre asombrada y triste abrió paso, pero aun quedaba que atravesar la fila de soldados.

Clemencia iba á suplicar á un granadero que la dejara pasar, cuando quedó clavada en el suelo, y muda de horror y de dolor.

Estaba frente á frente de Fernando, aunque á lo lejos. El jóven estaba hermoso, heróicamente hermoso. No habia querido vendarse, se habia quitado su kepí que habia puesto á un lado en el suelo, y pálido, pero con la mirada serena y con una ligera y triste sonrisa, elevando los ojos al cielo, esperaba la muerte.

Los cinco fusileros estaban á dos pasos de él y le apuntaban. Las palmeras á cuya sombra se hallaba, estaban quietas, como pendientes de aquella escena terrible.

Clemencia quiso gritar para atraer siquiera sobre ella la última mirada de Fernando; pero no pudo, la sangre se heló en sus venas, su garganta estaba seca, era el momento terrible... se oyó una descar-

ga, se levantó una ligera humareda que fué á perderse en los anchos abanicos de las palmas, y todo concluyó.

Fernando habia caido muerto con el cráneo hecho pedazos y atravesado el corazon.

Clemencia habia caido tambien desplomada.

—Levanten á esta señora que se ha desmayado, mujeres, gritó el soldado á cuya espalda habia estado Clemencia.

Un grupo de mujeres del pueblo levantó á la jóven, y luego su padre la tomó en brazos y la condujo al carruaje adonde Isabel estaba escondida ya y llena de terror con la madre de su amiga.

Los fusileros se retiraron llorando: ¡era tan valiente aquel jóven oficial!

La tropa se volvió á la ciudad y la gente se dispersó. Solo el carruaje de Clemencia permaneció allí todavía. Unos soldados quedaron junto al cadáver para recogerle; pero esperaban la camilla, y pasó media hora.

De repente Clemencia bajó otra vez de su carruaje, pero su padre la retuvo con fuerza, y ella, abatida y débil, sucumbió, y volvió á entrar en el coche, donde la recibieron desmayada su madre y amiga.

El Sr. R..... llegó junto al cadáver, y pidien-

do permiso sacó de su carterita unas tijeras y cortó un mechon de cabellos de Fernando, que guardó cuidadosamente, despues de lo cual volvió al carruaje que partió despues para la ciudad.

Clemencia volvió de su nuevo desmayo, en su casa, y ya recuperada y mas tranquila,

—Padre mio, dijo: ¿dónde está eso?

—Aquí, hija querida, aquí; pero por Dios que no nos hagas sufrir.

Y le alargó los cabellos que habia cortado.

—¡Ah! dijo Clemencia tomándolos con delirio y besándolos repetidas veces. A tí era á quien deberia haber amado, dijo, y cayó sobre sus almohadas deshecha en llanto.

La familia del Sr. R.... recogió despues el cadáver de Valle, y le dió sepultura con la adoracion que se debe á un mártir.

EPÍLOGO.

Algunos meses despues estábamos derrotados y perdidos en aquel rumbo. Todo el mundo habia defeccionado ó huía. Los franceses eran dueños de Jalisco y de Colima.

Yo vine á Michoacán, como pude; pero despues, las enfermedades que me tenian agonizante me obligaron á venirme á encerrar á México, á mi pesar.

Al dia siguiente de mi llegada era la fiesta de Corpus, y yo sin creer que hacia mal pasé á la casa de la familia de Fernando y entregué al portero la carta que habia traido guardada, encargando que la subiera en el acto.

¡Ah! amigos mios, eso fué atroz. Era el cumpleaños del padre de mi pobre amigo. Se llamaba Manuel.

Estaba la familia en el banquete, que habia concluido, y era la hora de los bríndis. Las hermanas de Fernando con numerosas amigas suyas estaban en el balcon viendo desfilar la columna, pues habia habido gran parada y se hallaban muy divertidas.

Yo me detuve en el zaguan para ver pasar tambien aquella tropa para mí aborrecida. Llegaba frente á nosotros un cuerpo de caballería, y á su frente venia un gallardo coronel que caracoleaba en un soberbio caballo, y veia al balcon con ese aire de Don Juan que acostumbran usar los militares buenos mozos.

Era Enrique Flores, el miserable autor de la muerte de Fernando. Al pasar debajo de los balcones saludó graciosamente, y se quedó mirando un instante á las hermosas. Estas le devolvieron su saludo con una deliciosa coquetería. Pero no bien acabaron de saludar cuando se metieron espantadas.

Era que el viejo aristócrata habia tomado la carta, y al leerla habia dado un gran grito de dolor.

—¿Qué es eso? preguntó la señora.

—¡Han matado á Fernando! pudo apenas gritar el anciano, y se quedó clavado en su silla.

La señora leyó la carta tambien, y se desmayó: las hermanas de Fernando llegaron, y un momento despues, en aquella casa que antes resonaba con las alegrías del festin, no se oían mas que sollozos y gritos de desesperacion.

En cuanto á Clemencia, la hermosa, la coqueta, la *sultana*, la mujer de las grandes pasiones, pudieron vdes. conocerla el año pasado. Era hermana de la Caridad en la Casa Central; allí la visité; pero ¡cuán mudada estaba! Hermosa todavía, pero con una palidez de muerta.

—Poco me falta que sufrir, doctor, me dijo; esto se va acabando.

Y mostrándome un pequeño relicario oculto debajo de su hábito:

—Hé aquí lo que me queda, me dijo: un hábito que me consagra á los que sufren, y esto que me consagra á la muerte..... ¿sabe vd.? son sus cabe-

llos..... espero que él me habrá perdonado desde el cielo.

Y los ojos de la infeliz jóven se llenaron de lágrimas.

Algunos meses hace que partió para Francia.

FIN.

BIBLIOTECA NACIONAL
MEXICO

NOTA.

El menor de los defectos de esta pobre novelita, es que para cuento parece demasiado larga. Pero no hay que tomar formalmente la ficcion de que el doctor relate esto en una noche. Es un artificio literario, como otro cualquiera, pues necesitaba yo que el doctor narrara, como testigo de los hechos, y no creí que debia tener en cuenta el tamaño de la narracion. Además, á pesar de mi pequeñez me amparan, para hacer perdonable lo *largo del cuento*, los ejemplos de Víctor Hugo en *Bug-Jargal*, de Dickens en varios de sus *Cuentos de Navidad*, de Erkmann-Chatrian en sus *Cuentos populares*, de Enrique Zschokke en sus *Cuentos Suizos*, y de Hoffmann en muchos de los suyos. En lo que sí no tengo amparo es en lo demás, y no me queda mas recurso que apelar á la bondad de los lectores.

EL AUTOR.